
Cuando el amor llega tarde
LAURA A. LÓPEZ

Cuando el amor llega tarde

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

IMAGEN: PIXABAY



safecreative

2508262905616

INFO ABOUT RIGHTS

Dedicado a Rose Day (+)

Contenido

Contenido
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Epílogo
Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…
Si te gustó Cuando el amor llega tarde podría gustarte…
Biografía

Capítulo 1

Yorkshire...

Para lady Rosalie Rochester no solo pasaban los días, semanas, meses y años, sino también temporada tras temporada. Con veinticuatro años había perdido todas sus oportunidades de contraer matrimonio. Era un fracaso, aunque su madre intentaba que no se sintiera culpable por no haber sido escogida. Tal vez a la nobleza de Londres no le agradaba que una joven que se acercaba desde los extensos campos de Yorkshire no tuviera la misma educación que ellos.

Lord Torton, el padre de la joven, no era muy asiduo a Londres ni a relacionarse con muchas personas. Era de carácter reservado y taciturno, con las únicas personas con las que se relacionaba era con su familia y los criados. Aunque su padre era bueno y amoroso, en ocasiones se le escapaban los pensamientos y se convertían en palabras que golpeaban a Rosalie. Él siempre había deseado un hijo varón; sin embargo, solo ella había nacido. Durante muchos años sus padres habían intentado que el ansiado heredero llegara a ellos, pero todo había sido en vano.

El conde vivía en una constante zozobra al pensar en una muerte inminente y tener que dejar a una mujer viuda y a una hija solterona.

—¡Rosalie! —llamó su madre a la joven a la que vio salir de la casa bien abrigada.

—Es inútil, milady. Ella solo quiere ir al gallinero a traer un par de huevos —dijo la cocinera y ama de llaves de la casa.

—Es una completa locura salir con un clima tan hostil, no vale la pena. Temo que enferme inútilmente.

—Tus gritos se escuchan desde el despacho, mujer. —Lord Torton se acercó hasta su esposa.

—Tu hija, Torton. No quiero que enferme.

—Querida, a veces pienso que es mejor que nuestra hija deje este mundo antes que nosotros. Sufrirá menos de esa manera. Soltera y sin sus padres no tiene mucho futuro.

—¿Cómo puedes hablar así de ella? Rosalie no es ninguna molestia, solo no ha conseguido casarse en Londres.

—Y aquí tampoco. No se le ven muchos ánimos de hacerlo.

La puerta se abrió y Rosalie entró a la casa con una gran cantidad de nieve en los hombros de su capa. Ella dejó la canasta con huevos sobre la mesa de la cocina.

—¿Por qué todos están amotinados aquí? —cuestionó la joven. Ella se acercó a besar la mejilla de su padre y luego la de su madre.

—Estás helada, jovencita. No salgas cuando hay una ventisca —reprochó su madre.

—Quería hacer un par de cosas con la cocinera. No hay nada que un té caliente y unas deliciosas masas francesas no solucionen.

—Hazle caso a tu madre, Rosalie —mandó su padre antes de regresar al lugar de donde había salido.

Rosalie vio desaparecer a su padre y se entristeció. Sabía que ella era la causante de la agonía constante de su progenitor. En ocasiones, consideraba que lo mejor era irse de la casa, pero después pensaba en que no sabía hacer nada, por eso intentaba aprender los oficios de la casa como una doncella más. Se preparaba para el futuro, ya que no había logrado casarse solo le quedaban dos caminos: ser doncella o institutriz de alguna otra familia rural. Esperaba que en algún momento tal vez una de sus amigas le

pidiera que fuese la institutriz de sus hijas. Todas se habían casado y eran felices, aunque sus retoños todavía eran pequeñas. Confiaba que en dos o tres años más ella podría ser necesaria y de esa manera comenzar su vida laboral. Esa sería una manera en que Rosalie le daría un poco de paz a su padre.

—Mañana tenemos los villancicos de Navidad en la residencia de lady Scarbrough —recordó en voz alta la condesa de Torton.

—Ya tengo apartado un vestido y también la pieza musical que tocaré este año. Debo tener un buen desempeño si quiero que me den trabajo como institutriz o al menos instructora de piano.

—¿Por qué mejor no piensas en un esposo? Hasta un panadero es buena opción en estos tiempos.

—¿Qué yo no pienso en un esposo? No puedo obligarlos a que me elijan. No es tan difícil darse cuenta de que no soy tan bonita. Lo he comprendido y aceptado, solo ustedes deberían aceptar ese hecho.

—Eres bella. Tus ojos son almendrados con precioso color ambarino. Tu cabello es negro como la noche, tus cejas gruesas, una boca grande y una nariz pequeña.

—Muy pequeña para toda mi cara. En fin, seré lo que Dios decida que sea. Si seré doncella, institutriz, esposa... es bienvenido.

La madre de Rosalie no podía hacer nada para hacerla cambiar de opinión. La otra estaba rendida ante lo que el destino había establecido para ella.

—A preparar un rico té, señora Hunter, hay que consentir a mis padres...

La joven se puso manos a la obra. De alguna manera sentía la necesidad de justificar su presencia en esa casa. Sabía que la

amaban, pero la incomodaban con sus dichos en los que, por más que pusieran el alma para que no sonara mal, terminaban hiriéndole.

Otras damas de su posición nunca habían pisado una cocina y menos para cocinar, en cambio, Rosalie lo hacía por gusto y también como una forma de pagarle a sus padres sus esfuerzos y sacrificios. Podía seguir dándose la vida de gran señora, mas eso tarde o temprano acabaría. Tampoco deseaba vivir a expensas de la pensión que le tocaría a su madre al ser viuda. No había nada estipulado para la hija solterona. Nadie quería recibirla en el resto de su familia. La veían como el amuleto de mala suerte, quien la tuviera en su casa tendría a una hija o sobrina sin casar. Era el chasco navideño más conocido de ese tiempo, por eso, ella había decidido asistir a una cena de Navidad en la casa de una de las familias más adineradas de la región. Lord Scarbrough organizaba la mayor cena navideña, pues acostumbraba a pasar esas fechas en su residencia y Rosalie no pensaba perderse tanta diversión. Sería una de las últimas veces en que la invitarían a un acontecimiento así. Después ya bailaría con los criados en los establos.

Capítulo 2

Una tormenta de nieve había mantenido a Christopher Bellamy, duque de Cousin, y a su amigo, lord Jeffrey Holmes, conde de Snowdon, encerrados en sus habitaciones en una humilde posada al paso en su trayecto a Yorkshire para pasar la Navidad en la residencia de la familia materna de su amigo Snowdon.

Los dos estaban aburridos de Londres, entonces aprovecharon una invitación para salir de la monotonía de sus vidas al menos por un par de días, ya que recibirían el Año Nuevo en otro condado.

La puerta de la habitación que ocupaba Christopher se abrió y entró su amigo.

—Mi cochero dice que tal vez mañana en la mañana podamos continuar. La tormenta es muy fuerte y ha hecho desaparecer varios caminos.

—Es probable que no lleguemos a los villancicos —concluyó el duque.

—Es probable que lleguemos con exactitud para ese momento, aunque si no llegamos tampoco sufriremos mucho, deben existir jóvenes con pocas habilidades, ya sabes, es el campo. La nobleza rural es baja, no tienen suficiente categoría para deleitarnos con una excelente interpretación.

—Tienes razón, pero lo divertido es sentarnos a criticar cada mal paso que daban las damas. Son graciosas mostrando todos sus artilugios para conquistarnos. Somos hombres de Londres, excelentes candidatos para estas mujeres sin tanta preparación. Esto podría llegar a ser muy divertido.

—No te excedas en tus diversiones aquí, ya que nunca sabes quién puede tener influencia en la corte de la Reina.

—No iré a morder a nadie en Hertfordshire. Solo sería bueno ser amable con la gente, que no crean que somos engreídos por ser de otro lugar. Las personas que viven por estos rumbos suelen ser agradables y la amabilidad es el rasgo más notable.

—Tienes razón. Además, son solo tres días antes de ir a nuestro próximo destino. Recuerda estar listo para mañana temprano.

—Sí, Jeff. Te comienzas a parecer a la señora Stephen que no me deja vivir en paz en mi propia casa.

Su amigo se quedó para acompañar por más tiempo a Christopher. Esos momentos los ayudaba a rememorar viejos tiempos de adolescencia cuando siempre formaban parte de una gran mesa que con los años había ido perdiendo miembros. Cada Navidad alguien más faltaba hasta el punto de quedarse sin quien compartiera y organizara una gran cena.

En lugar de que la nieve fuese hermosa, comenzaba a ser algo que solo los llevaba a la añoranza de los mejores tiempos del ayer.

Al día siguiente, las nevadas habían cesado, entonces los aristócratas se aventuraron a salir de la posada y continuar con el camino. Estaban cerca de llegar a la casa de los tíos de su amigo en donde se hospedarían.

Por el camino, el paisaje solo les mostraba una pradera cubierta de nieve y de vez en cuando uno que otro venado que corría y saltaba Al escuchar el sonido del carruaje, porque ni siquiera los cascos de los caballos eran capaces se oírse por los centímetros de espesor de aquella alfombra blanca. Esos pobres animales jalaban el coche como podían, el avance era lento, pero ellos esperaban llegar y acomodarse en un lugar cómodo y caliente.

Las rodillas de Christopher estaban heladas y el carbón del carruaje se hacía cenizas, dejándolos cerca de morir de frío. Sin el whisky, ellos dos serían historia.

—Ahí está la casa. ¡Dios, qué alivio! —habló Jeffrey—. No soporto un minuto más estar inmóvil. No siento las piernas.

—Hemos llegado para el almuerzo. Tendremos tiempo de calentarnos para cuando llegue la hora del concierto de villancicos.

Los caballeros fueron recibidos por un ejército de criados que comenzaron a bajar las pertenencias de ellos.

—Mi querido sobrino —saludó la dueña de la casa.

—Tía Beatrice, qué gusto verla, ¿y mi tío?

—Está en su despacho, no tarda en venir. Oh, Christopher querido, tanto tiempo sin verte. Eres un ingrato al no aceptar mis invitaciones. En realidad, los dos son la ingratitud personificada.

Christopher besó el dorso de la mano de la tía de Jeffrey. Ella era una mujer amable que siempre lo invitaba a ir a su casa, pero él prefería quedarse en las bondades de Londres, en ese año decidió hacer algo distinto, ya que nada lo ataba a aquel lugar. Era momento de salir de su círculo.

—Fue un error terrible haber sido tan ingrato, pero este año me tiene aquí para hacer conmigo lo que quiera.

—Soy casamentera, no juegues con mis sueños, jovencito.

Saludaron al conde de Clayton y después compartieron el almuerzo con ellos.

Una vez instalados en la residencia, los recién llegados descansaron antes de que llegara la hora de ir a los villancicos. Christopher no entendía la razón por la que le entusiasmaba algo tan absurdo como eso. Era probable que fuera por lo novedoso que le resultaba estar en un lugar en donde no lo conocían. Tenía la esperanza de que las damas no se arrojarán a sus pies al solo

pronunciar su título. Esperaba un poco de recato por parte de la nobleza rural.

Durmió un par de horas hasta que los criados lo despertaron para prepararlo para ir a divertirse.

Durante el corto trayecto hasta la residencia en la que se llevaría a cabo el encuentro. Cualquiera pensaría que el lugar estaría desierto, pero por más que el frío y la nieve fueran terriblemente incómodos, muchos invitados iban llegando. Christopher estaba sorprendido y a la vez complacido con lo que veía.

—Cuando sepan que hay un duque la mayoría de las jóvenes querrán llamar tu atención —comentó lady Clayton.

—Si pueden mantener eso en secreto sería muy bueno para mí. Estoy cansado de las persecuciones en Londres. Aquí es un lugar de paz.

—Como gustes. Espero que no te cruces con gente muy conocida y si lo haces, ruega por un poco de clemencia para que mantengan tu nombre a buen resguardo —recomendó su amigo.

Al entrar al salón, lo primero que pudieron ver era que muchos lugares estaban llenos y no quedaban demasiados. Si no tomaban uno, en cualquier momento tendrían que ver y escuchar de pie.

—Rosalie, estaremos juntas en el coro. ¿No te emociona que mucha gente nos verá? También me han contado que han venido dos caballeros desde Londres. Se están quedando en la casa de lady Clayton. Yo conozco al sobrino de la mujer, pero no al amigo, ese es un duque, al menos eso creo. Dicen que es un poco arrogante —comentó Lauren Parrish, otra solterona con la que Rosalie había hecho amistad.

—¿Y eso qué nos importa? Ninguno se fijará en nosotras. Aquí lo importante es hacer bien lo que nos corresponde. Es nuestra

oportunidad de que nos observen las familias que tienen hijos. Somos potenciales institutrices.

Capítulo 3

—Todavía no me resigno a ser soltera por siempre. Espero al viejo viudo ansioso por casarse, ya que no tengo oportunidad con los más jóvenes —dijo Lauren.

—Olvida eso, no llegará nadie a salvarnos. Nos ha tomado el polvo por esperar que alguien se fijara en nosotras. Llegó el momento de espabilar y buscar nuestro destino.

—Pero yo no quiero trabajar, Rosalie.

—Ese es otro asunto y uno más grave. Espero de corazón que encuentres al viejo viudo que tanto anhelas.

—Oye, hay que colocarnos cerca del pianoforte para cuando llegue nuestro turno.

La joven cogió la mano de Lauren y ambas fueron corriendo emocionadas hasta que no se dieron cuenta de que un caballero se colocó en el camino de ambas. Rosalie se dio de lleno contra la humanidad de un hombre y golpeó su cabeza contra el codo de aquel.

Con una mano tapando su frente miró hacia la alta figura de ese alguien con quien había chocado y se fijó en él. Era atractivo, de facciones masculinas, cabello castaño hasta los hombros y ojos azules. Nunca había visto a un varón como ese.

—Oh, lo lamento. Estaba distraído —se disculpó Christopher ante las damas—. ¿Le hice daño?

Él observó a las jovencitas bien vestidas, aunque un poco salvajes para ir corriendo en un salón abarrotado de gente. Cuando la joven que cubría su frente retiró su mano, Christopher pudo distinguir a la dama de ojos como si fueran amarillos. Su rostro era

un conjunto de cosas desproporcionadas, pero que juntas hacían algo perfecto.

—No, estamos bien. Disculpe nuestra torpeza. Espero que disfrute de los villancicos —replicó Rosalie.

—Sí, Rosalie y yo interpretaremos un dúo. Espero que lo disfrute.

—A eso he venido a disfrutar de un buen concierto. Me llamo Christopher Bellamy.

—Yo soy Lauren Parrish y ella lady Rosalie Rochester, es hija de lord Torton.

—No hacía falta tanta presentación, soy solo Rosalie. Que la pase estupendamente esta noche, señor. Con permiso...

Rosalie y Lauren siguieron su camino, pero Christopher no había quedado indiferente ante la hija de lord Torton.

—He visto que has conocido a la tromba demente de este condado. Lauren Parrish es un problema para la paz de la zona. Me escondí al ver que chocaste con esas dos damas —comentó Jeffrey.

—¿Qué me puedes decir de la otra?

—Una verdadera solterona. Ha pasado la edad. Desde que tengo memoria es una casadera.

—Pensé que apenas había cumplido la edad para debutar.

—Creo que ese es el problema, se ve demasiado joven para lo que es en realidad. Es pequeña y parece frágil. No tiene la figura suficiente para atraer a nadie.

—A mí me pareció muy hermosa. La abordaré para conocerla mejor.

—Nos quedaremos solo tres días, ¿qué quieres conocer de ella?

—No lo sé, solo me intriga.

El corazón de Rosalie latía con prisa después de alejarse del caballero al que conocieron. Era increíble que existiera alguien así en Yorkshire, sabía que él no pertenecía ahí, tal vez fuese de otro condado.

—¡Era un hombre increíble! —confesó Rosalie exaltada al llegar hasta donde se encontraban las otras jóvenes que cantarían y ejecutarían instrumentos.

—Lo era, Rosalie, ¿te diste cuenta de cómo te miraba? ¡Le has fascinado!

—Qué absurdo. Ni siquiera debería pensar en eso.

—Ya que eres solterona, deberías aprovechar para coquetearle.

—Eso no es algo de una dama decente, Lauren.

—Lo único que nos ha dado la decencia es soledad. La señorita Walton está feliz cambiando de compañero cada cierto tiempo. Tiene un carruaje y muchas joyas, ¿y sabes qué? Es soltera.

—No es un ejemplo que seguir. Es una mujer de faldas ligeras.

—Lo que daría yo por saber lo que es un beso, Rosalie. Si tuviera la oportunidad de encontrar a un hombre que me gustara, me arrojaría a sus brazos para tan solo saber una vez lo que se siente ser querida por alguien. Nos marchitaremos frente a una chimenea de una pequeña cabaña en la pradera, criaremos gallinas y cerdos para vivir... ¿la vida es solo eso?

—Si lo describes de esa manera es horrible, pero no veo nada de malo en criar gallinas. Yo ya he aprendido a matarlas y antes del

invierno fui de cacería con mi padre, solo que no he podido cazar nada aún. La próxima jornada de cacería será espectacular.

Había llegado el turno de las dos jovencitas. Rosalie estaría en el pianoforte, mientras que Lauren haría parte del coro y un solo.

Los ojos de Christopher no perdían de vista a Rosalie. Era tan bella como talentosa. Al oírla en el pianoforte y al escuchar su voz suave como la de un ángel, la halagada y no comprendía cómo alguien como ella podía estar soltera. Todo lo que su amigo había citado como defectos, él lo había visto como hermosas virtudes, desde su pequeño tamaño hasta su extraña belleza.

Rosalie miraba a su público cada vez que se lo permitían las notas. En un vistazo se había dado cuenta de que el caballero de nombre Christopher no dejaba de mirarla. Sentía como si la desnudara con sus ojos escrutadores. Rogaba al cielo para no equivocarse y pasar una gran vergüenza frente a él.

Cuando las dos acabaron su acto, se retiraron conformes para ir a tomar algo de la mesa del tentempié.

—Lo hicimos excelente. Mis felicitaciones, señorita Lauren Parrish —dijo Rosalie, bromeando.

—Para usted también, lady Rosalie Rochester. —Lauren hizo una reverencia para Rosalie mientras caminaban y después ambas se carcajearon por la risa.

Ellas reían y hablaban de lo que habían vivido esa noche, a la vez que cogían una copa de vino.

—Me he divertido mucho y...

—Lamento interrumpirlas —habló Christopher que se acercó a las damas sin vergüenza alguna, interrumpiendo a Rosalie.

La joven miró a Lauren y se sonrojó. Debieron haber hablado del hombre en voz alta. Quizá estaba ofendido y les reclamaría aquella grosería.

—No hay nada que excusar, señor —expresó Rosalie, avergonzada.

—Me tendrán que disculpar, pero mi madre me está haciendo señas, con permiso —se disculpó Lauren, pero Rosalie la cogió de la mano para que no la dejara sola—. En un minuto regreso, Rosalie.

Lauren se soltó y cuando se alejó le sonrió a su amiga al dejarla sola con el caballero.

—Quería decirle que es muy talentosa, milady. No sabía que en Yorkshire pudiera vivir alguien con su encanto.

Capítulo 4

Rosalie creyó que se desvanecería al escuchar tales palabras. Nadie había sido tan explícito y halagador al hablarle y aún más cuando no se conocían.

—Le agradezco tal cumplido, señor. Qué amable. Sabe apreciar la música.

—Sé apreciar muchas cosas. Desde que me invitaron a recorrer algunos condados, consideré este concierto como algo relevante. Me gusta la época de Navidad.

—Cada año me tocan los villancicos. El próximo lo esperaremos aquí de vuelta si desea venir.

—Estaré encantado de regresar si me vuelven a invitar. Me quedaré hasta un día después de Navidad.

—¿Asistirá a la cena de Noche Buena en casa de lord Scarbrough?

—Estoy invitado, ¿y usted?

—Creo que este año será el último al que me inviten.

—¿Por qué lo cree?

—Mmm... Soy una dama soltera y no cualquiera, he sobrepasado el límite para casarme.

—¿Cuál es el límite para eso? La veo demasiado joven para decir que no se casará.

—Señor, no me refiero a la apariencia, más bien a la edad para que alguien de la aristocracia pueda contraer matrimonio.

—Me parece ridículo, en verdad.

—No lo es tanto cuando de eso depende mi futuro. Si usted tiene hijos, espero que pueda considerarme como institutriz o profesora de música para su hija.

—Soy soltero como usted.

Esa confesión hizo que Rosalie se quedara aún más sonrojada. Nunca había tenido tantos sonrojos en una noche y que estos no se debieran al frío de la época.

El duque se fijó en la joven y la notaba siempre con un poco de vergüenza, desviaba sus ojos con mucha frecuencia evitando mirarlo. Ese tipo de acercamiento con una dama no lo había tenido antes. La mayoría eran atrevidas y no mostraban ese recato que notaba en ella. En Londres las mujeres habían perdido ciertos valores con tal de conseguir casarse con alguien, en cambio, Rosalie no se comportaba de esa manera. Quizá pudiera ser como una casadera desesperada al ver una embarcación zarpando, mas su educación no se lo permitía. Era comedida y servicial.

—Ser soltero tiene sus ventajas, ¿no es así, señor? Uno puede hacer lo que guste, siempre y cuando sea un varón, con nosotras todo está mal visto, incluso que yo esté conversando aquí con usted no ayuda a mi reputación. —Rosalie llevó su copa a la boca y bebió un sorbo digno de solo mojar sus labios.

—Es comprensible. Antes de dejarla descansar de mi presencia, me encantaría pedirle que baile conmigo antes de la cena de Noche Buena.

—Por supuesto que sí, señor. Lo veré mañana.

Christopher realizó una reverencia antes de irse y ella correspondió.

Cuando ella lo vio retirarse, sonrió como una tonta. Tendría una aventura en Navidad. En verdad consideraba que era así, pues nadie le había solicitado reservar un baile antes. Ese forastero estaba rompiendo los estereotipos de los caballeros con los que había tratado.

***

De vuelta en su casa, Rosalie no había dejado de pensar en lo que había conversado con el recién llegado a Yorkshire. Le resultaba fascinante la facilidad de él para acercarse. No sabía qué intenciones tenía, pero tampoco le importaban. Lauren no dejó duda en ella en cuanto a lo que dijo sobre la vida y la soledad. Tal vez el caballero fuera un sinvergüenza, aunque uno que a ella le agradaba y con el que quedaría conforme si llegara a darle un beso.

No pudo pegar el ojo en toda la noche, y durante el día la ansiedad la consumía. El tiempo parecía no marchar y la desesperación se apoderaba de ella. Sus expectativas trepaban hasta la punta de los árboles. Bailar con el señor Christopher Bellamy era lo más hermoso que podría acontecerle, y más porque quizá él se atreviera a darle lo que ella esperaba: un beso.

Al llegar la hora del baile, Rosalie se arregló más que nunca, quería verse bella y exquisita, ya que tenía el ánimo de impresionar con la sutileza de su elegancia.

Dentro del cálido salón de lord Scarbrough, Christopher esperaba encontrar a lady Rosalie Rochester para bailar con ella. La anoche anterior lo habían acordado y él no había dejado de pensar en eso.

Al verla llegar y alejarse de sus padres, él la abordó sin mayor preámbulo.

—Buenas noches, milady —saludó con una reverencia, tomando la mano de ella entre las suyas para dejar un beso.

—Señor Bellamy... —correspondió. Sus mejillas volvieron a teñirse de rojo y un calor extraño subió por su cuerpo ante el acercamiento de él.

Sin darse cuenta, algo se gestaba entre ellos. Una sensación vertiginosa de sentirse cerca uno del otro, una atracción inminente que solo el recato y el ojo público podrían atajar. Era inexplicable la sensación de dos extraños que coincidieron en un pequeño lugar del gran destino.

—Hemos llegado temprano, la orquesta aún no ha puesto nada digno de una danza —siguió Christopher.

—Entonces podríamos ir hacia el balcón para mirar la oscuridad. ¿Sabe que cuando cae nieve por la noche todo se ve iluminado?

—No me había fijado en ese detalle. Tiene un buen ojo, pero le agradecería que mostrara pruebas de lo que dice...

Ella comenzó a caminar hacia el destino más abandonado de la noche: el balcón. Mientras Christopher la seguía sin saber qué vendría después, aunque fuese lo que fuese sería bienvenido.

Rosalie abrió la puerta y le enseñó a Christopher el panorama con un gesto de la mano.

—Puede verlo con sus propios ojos...

—Quiero saber cómo ha hecho para notarlo.

—¿No lo sospecha? Muchas navidades sola. La esperanza de muchas damas es el balcón. En mis tiempos decían que atraían a un buen candidato.

Una ceja de Christopher se alzó como si entendiera lo que ella con palabras sutiles deseaba decirle. Su mente esa noche era hábil y comprensiva, tanto, que se ofrecería como tributo si hiciera falta.

—De donde yo vengo, dicen que solo los sinvergüenzas corren tras una dama hasta el balcón con la terrible intención de darle un beso.

—Nunca fui víctima de esas malas intenciones...

—Ni usted ni yo hemos experimentado algo semejante. Le propongo un juego inocente, con la intención más que inocente.

—Si dice inocente confío en que lo será y mi libre albedrío se dará cuenta de eso. ¿Qué propone?

—Un beso por Navidad...

—Un obsequio de Navidad. Si me lo da, seré muy feliz, porque Lauren tiene razón. Mi recato tampoco me ha traído nada bueno. Usted no es de Yorkshire y se irá pronto. Quizá el destino quiso algo semejante para mí.

—Puedo ser enteramente suyo los días que me queden aquí.

Ambos se perdieron en propuestas que rozaban lo indecente, pero que prometían mucha diversión y gratos recuerdos.

—Acepto su ofrecimiento de ser mío por el tiempo que le quede. Espero que no piense mal de mí —habló Rosalie.

—Me da más miedo que piense mal de mí que yo de usted. —Christopher cerró la puerta que los separaba del salón y se quitó el saco para colocárselo a Rosalie sobre los hombros. El frío en el lugar en donde estaban era intenso, no debían permanecer mucho tiempo, por lo que debían aprovechar el momento.

Con una sonrisa, Rosalie agradeció el caballeroso gesto de Christopher. Después él se colocó frente a ella y cogió su mentón para dejar un beso en sus labios.

La joven había tocado el cielo con las manos. Era el mejor trato que había hecho en su vida. Por supuesto que nunca olvidaría esa aventura de invierno y aquel beso como su único presente de Navidad para siempre.

Capítulo 5

Sus labios eran suaves y la besaban con relativa ternura. La calma en medio de aquel resquicio de suerte para ella era lo mejor que le había pasado. Rosalie no había conocido el cielo, pero el señor Bellamy le hacía conocerlo con ese gesto. ¿Por qué él la había encontrado hermosa en comparación con todos los caballeros con los que había tratado durante tantos años? ¿Y si ese hombre tenía problemas de visión y creía que ella era una dama preciosa? No importaba, esa experiencia no se la arrebataría ni un error de juicio.

Christopher debía mantenerse sereno o terminaría arrinconando a la joven contra la pared para besarla con verdadera pasión. Por la dulce torpeza con que lo besaba, entendía que nunca había probado los besos de nadie, era una solterona, no tenía mucho que ofrecer para los caballeros según la regla. La mujer que permanecía soltera era solo por ser pobre o no ser lo suficientemente bella; sin embargo, él no encontraba una verdadera razón para que ella continuara soltera. Era tan seductora con su inocencia e inteligente al hablar con ella. Tenía un acento que le resultaba atractivo de escuchar, no era como el de Londres y eso le daba puntos adicionales para considerarla alguien excéntrica.

Su control era excepcional en aquella oportunidad, esa mujer era demasiado preciada para ser una simple solterona. Mientras seguía pegado a sus labios, su mente viajaba a los escenarios más alarmantes posibles. En el futuro ella sería una amante ideal, sin compromiso ni reputación que manchar. A estas alturas nadie la consideraba como alguien demasiado relevante, probablemente ni siquiera su propia familia le diera tanta importancia por algo que escapaba a su control. Su encanto era evidente y para él no hacía nada malo, aunque eso no significaba que consiguiese esposo, esta joven estaba condenada a la soltería y lamentaba pensar lo que quizás más de uno pensaran.

Cuando cortaron el beso, Rosalie suspiró y sonrió, mas sentía vergüenza por lo que había ocurrido. Volteó su rostro para que no viese su sonrojo, pero después sintió que Christopher colocaba sus manos alrededor de la cintura de ella para que no se alejara tanto.

—¿Me permite preguntarle algo indiscreto? —curioseó Christopher con una sonrisa lobuna.

—Las cosas indiscretas no pueden ser conversadas con damas, pero podría hacer una excepción por usted...

—Me siento apreciado por el gesto. Si me permite le pregunto, ¿cuál es la razón por la que no se ha casado? ¿No tiene dote o ha sido mancillada?

Ella le sonrió con tristeza.

—Ninguna de las dos. Es solo infortunio. Quizá un ojo más grande que el otro, mi nariz pequeña o mi boca. No lo sé. Fui educada como cualquier otra joven, pero no soy rival para la belleza de Londres. Créame, mis padres lo intentaron por años. Hace dos años que nos hemos rendido, porque solo cuatro son recomendados, el resto puede ser exposición innecesaria. Mi amiga, Lauren, y yo esperamos a algún viudo o una propuesta de trabajo como institutrices.

—Me resulta triste e inquietante que alguien de su educación y presencia alegre tenga que pasar por estas cosas y tener que esperar migajas del destino.

—Sí, son migajas, pero bien recibidas. A veces el manjar no es para todas.

—¿Qué piensa de las damas solteras que deciden abrir su mente a otras expectativas?

—¿Qué significa para usted «otras expectativas»?

—¿Cómo preguntar sin que parezca que deseo ofender a alguien?

—Solo haga la pregunta, señor Bellamy, ha dicho que sería indiscreto. Nadie nos escucha aquí, ni siquiera piensan que pueda pasar algo entre nosotros. Supongo que las personas al ver que nadie me hace caso piensan que soy repulsiva. No saben que usted me ha dado un beso. Debe saber que nadie me ofende y si alguien lo hiciese, me daría igual, no tengo nada que perder.

—Hay damas solteras un poco más liberales...

—Ajá. Entiendo que se refiere a las mujeres que cobran por compañía sin ser consideradas suripantas, aunque están muy cerca, según las buenas costumbres.

—Sí, es eso.

—Parece ser una vida tentadora, pero asusta. Entiendo la razón por la cual muchas lo hacen. Es por la zozobra al pensar en que no tenemos futuro ni nadie que nos mantenga después de nuestros padres. Esa es mi realidad hoy en día, no lo busqué, pero es lo que tengo.

—¿Su plan de respaldo es un viudo o un puesto de institutriz?

—Sí. No estoy segura de desear vivir de mi cuerpo y más aún cuando nadie ha querido casarse conmigo, ¿no cree?

—Tiene cierto grado de razón, pero considero que se ha cruzado con demasiados idiotas en estos años.

Una risa musical escapó de la boca de Rosalie y Christopher quedó deslumbrado con su encanto. Era una locura que alguien con su carisma fuese rechazada. ¿Qué defecto podía tener? Era incomprensible.

—Regresemos al salón para bailar. Lauren no puede quedarse sola mucho tiempo, envejeceremos juntas.

—Eso no suena muy alentador. Creo que tiene potencial, milady.

—Mmm… puede que mi defecto sea bailar y eso espantó a tantos candidatos, quizá los pisé sin darme cuenta.

Él rio y le ofreció el brazo para que pudiesen regresar adentro.

Los murmullos no se hicieron esperar al ver a Rosalie, conocida solterona del pueblo, junto a un hombre tan atractivo, vaticinaban otro desastre, uno más a la lista de caballeros que se le escurría entre los dedos.

A Rosalie le daba igual lo que la gente dijera, después de llorar cada final de temporada se había quedado sin lágrimas y solo le quedaba mostrar resiliencia ante la adversidad que significaba ser una solterona.

El duque y ella cogieron una copa cada uno y continuaron su conversación. Ambos observaban al amigo de aquel bailando con las damas con la diversión reflejada en sus ojos. No paraba de sonreír con coquetería cada vez que pasaba de brazo en brazo con otras damas durante la danza.

—Falta poco para que a su amigo se le baje el calzón, señor Bellamy… —comentó con picardía.

Christopher escupió su bebida debido a lo que había dicho la joven, eso le resultó creativo.

Capítulo 6

—Qué ingeniosa revelación, milady. Nunca lo hubiese podido decir mejor que usted. Ciertamente, mi amigo no conoce la compostura, cree que todas están ilusionadas con él.

—No veo razones para que eso no sea acertado. Su acompañante es un caballero que es capaz de arrastrar a un par de damas hacia situaciones estrambóticas o decisiones que pondrían en riesgo su reputación. Todas esas jóvenes que le sonríen están en edad casadera, dígale que tenga cuidado, son astutas como serpientes.

—¿No ha intentado obtener un marido mediante alguna trampa?

—No, porque quiero pasar mi vida junto a alguien que me aprecie y valore, no con alguien que me odie por obligarlo a casarse conmigo. Además, ¿quién en su sano juicio se pondría en una situación escandalosa conmigo?

—Yo lo hice…

—Debo confesarle que me he cuestionado un par de cosas sobre usted. ¿No tiene problemas de la vista? ¿Qué tan ligero es su calzón para querer besar a una solterona?

—¡Por el amor de Dios! Usted me escandaliza —alegó Christopher sonrojado.

—No tengo nada que perder y por eso puedo ser deslenguada. Nunca se me ocurriría preguntar esto siendo una mujer en edad casadera, pero como no lo soy, el ánimo de quedar bien se pierde por el camino hasta llegar a esto.

—Pese a que me ha sorprendido su pregunta, le respondo que no, no tengo problemas de vista y que, si bien soy un hombre ligero

de calzón, no me parece que sea desesperado, escojo a las mujeres que me agradan y usted cumple con todas mis expectativas de agrado.

—¿Estará poco tiempo aquí?

—Sí, solo dos días más.

—Es una pena que quizá no podamos vernos después. Como le dije, no suelen invitarme con mucha frecuencia como antes y tampoco a Lauren, pronto la gente nos recordará solo como las solteronas.

—Pues ese no es un problema para mí. Iré a su casa a tomar el té. Si le gusta cabalgar por la nieve podríamos hacerlo…

—Eso me encantaría. Usted es lo más cercano que tendré a la mejor experiencia de mi triste vida.

Ante esas palabras, Christopher miró con más interés a Rosalie. Era soltera, si nadie los veía podría darle hasta el mejor sexo, para no decir la única intimidad que conocería e irse. Ninguno de los dos buscaba ningún compromiso. Él sabía que en algún momento necesitaría un heredero, pero a sus veintiocho años suponía que eso podría esperar un poco más, quizá unos diez años más para atarse con alguien, pero eso no significaba que no pudiese divertirse un poco más con Rosalie, a lo mejor la visitaba cada año. Ella estaba convencida que no encontraría a nadie para casarse y el duque se había convencido de lo mismo al oírla. Era una dama infortunada.

—Ahora ha llegado nuestro turno de bailar —anunció Christopher que vio a los que se despedían de la pista caminando hacia ellos.

—Espero que sea una pieza que nos permita mucha diversión. Puede que vea a una experta moviéndose por este salón —dijo ella llena de orgullo. Muchos años hicieron que ella se moviese con

mucha soltura en los bailes. Le encantaba hacerlo. Alguna vez soñó con ser una gran anfitriona, algo que no pasaría.

Para la buena fortuna de Rosalie, la pieza que bailarían era una sobria, aunque los obligaba a convivir con los toques físicos por más tiempo. Era más de la suerte que había creído tener alguna vez. No podía creer que al conocer a ese hombre su vida cambiase tanto en un momento. Era lo más cercano a la felicidad que había conocido en mucho tiempo. No podía decir que su vida era poco satisfactoria, tenía sus libros, sus pinturas, sus gallinas y a sus amados padres, a los que había decepcionado sin intención, daría todo lo que pudiese por alegrar la vida de ellos.

El duque y Rosalie inclinaron la cabeza para empezar la danza. Sus manos se entrelazaban y sus miradas se cruzaban como si de cierta forma se estuviesen desafiando a algo que estaba lejos de ser algo malo, sino que era un destello de sensualidad de ambas partes. Ese no era un baile común, más bien parecía una danza de seducción, en donde los dos buscaban activamente seducir al otro. Rosalie no entendía mucho de eso, pero era algo primitivo en ambos sexos.

Jeffrey observaba a su amigo que estaba haciendo un trabajo excepcional con una de las solteronas más jóvenes, porque existían otras un poco más longevas en el condado, pero él había escogido a una con una belleza extraña, no era una beldad, aunque tampoco un adefesio, tenía algo que la hacía hermosa por más que no supiese lo que era. No había visto a Christopher tan feliz en una danza, de hecho, se aburría pronto, pero en ese instante irradiaba felicidad.

Cuando terminaron de bailar, regresaron a buscar bebidas y un poco de comida de la mesa del tentempié.

—Rosalie, me tienes abandonada —acusó Lauren que se acercó a ella y le susurró aquello en el oído para que el hombre que la acompañara no la oyera.

—Lo siento, Lauren. Sé que estoy siendo un poco egoísta, pero es porque estoy bien acompañada. —Rosalie le sonrió a Christopher mientras le respondía a su amiga con picardía y notó que él levantaba su copa hacia ella.

—Este caballero te está coqueteando demasiado. Ten cuidado.

—¿Y qué voy a cuidar? No tengo nada que alguien pueda querer por eso estoy soltera y libre.

—Libre de cometer errores...

—Mmm... No serán malos errores, son solo malos cuando dañan a alguien. Después te contaré algo importante que ha pasado.

—Oh, no, ni se te ocurra dejarme con esta incertidumbre.

—Tendrás que esperar, ahora déjame y ve a perseguir al amigo del señor Bellamy.

—Él no quiere saber de mí, pero de todas maneras me iré, solo promete que no te irás sin decirme lo que quiero escuchar.

Lauren se alejó con una venia hacia Christopher y regresó a lo suyo. Ambas vivían al máximo su triste soltería.

Capítulo 7

—Su amiga también es bastante carismática... —comentó el duque que fue ignorado por la joven por un periodo de tiempo corto.

—Sí, solo tiene un defecto: es demasiado entusiasta. Ella es luz en la vida, ¿sabe? Dentro de lo malo que nos ocurre, Lauren se mantiene entusiasta. Creo que encontrará a un viudo, no es de las damas que quiere trabajar, pero sí quiere un hogar y sé que lo hará increíblemente bien si llegara a conseguir formar una familia.

—Es la primera vez que me siento con ánimos de ayudar y no tengo forma de hacerlo. Al parecer, este condado empieza a tocar una fibra sensible en mi mente...

—Es probable que sí.

—Hay gente agradable aquí. Se siente la calidez de las personas, no como en Londres, en donde es difícil encajar.

—Considero que no encaja porque no tiene un título nobiliario. Los años que asistí me hicieron ver que los burgueses no tienen mucho que hacer entre la aristocracia. De hecho, por ser alguien de la nobleza rural, me han tratado con cierto desprecio y una condescendencia nunca vista. Fue el tiempo más humillante de mi vida. Podría decir que estaría mejor siendo solterona que pertenecer a alguna de esas familias.

Por un segundo Christopher se sintió identificado como alguien que podía ser igual a lo que ella describía. Gracias a Dios le dijo que él solo era un señor para cuidar su humanidad de Rosalie.

—Admito que existen personas desagradables, pero considero que eso ocurre en todas partes, ¿o no?

—Sí, lo es.

—Oye, Christopher —interrumpió Jeffrey, sonriente—. ¿Todavía sigues ocupado? Buenas noches, milady —dijo saludando a la dama antes de quedar como el hombre más maleducado del condado.

—Buenas noches... —Ella hizo una venia educada.

—No, no he terminado... —confesó sin discreción—. Te buscaré después. Escucha, milady tiene una amiga...

—Sí, he visto, es Lauren Parrish, todos la conocen, es tan...

—Entusiasta —intervino Christopher antes de que su amigo echara a perder cualquier posibilidad de volver a ver a Rosalie. Le dio un fuerte toque en el hombro para que entendiera que debía alejarse.

—Sí, eso mismo, entusiasta... Si la veo le invitaré una pieza. Te veo después, amigo. Con permiso, milady.

Aquel los dejó solos para que continuaran conversando. Ellos se sumergieron en conversaciones cada vez más osadas y profundas. Rosalie se había liberado de los convencionalismos sociales que la ataban a buenas costumbres que no le aportaban nada. Fue perfecta por años, pero como mucho había logrado pescar un resfriado. Ese hombre que estaba junto a ella y la había besado, era lo más cerca que llegaría a vivir en el cielo. Atractivo, inteligente, osado y perfecto, eran las características que la joven usaba para describirlo. No estaba interesada en saber de lo apropiado o inapropiado al estar cerca de él, solo quería permanecer ahí.

Con el pasar de las horas los cuchicheos no cesaban sobre ella y Cristopher. El forastero que se entretenía con el adefesio al que nadie podía desposar por cuestiones desconocidas.

Avanzada la noche, los padres de Rosalie se habían acordado de ella. Para ellos, la joven no representaba un peligro para nadie, por lo que la dejaban ser libre como una paloma en cualquier ambiente, aunque cuando la encontraron estaba en compañía de un hombre

que se acercaba demasiado a ella de una manera poco sutil. Su madre comenzaba a escandalizarse, pero su esposo la detuvo.

—No pienses mal, querida —musitó el conde.

—Querido, está coqueteando con ella.

—¿Y qué crees que pasará? No lo volveremos a ver como a los otros. No es para ilusionarse.

—Pero su reputación...

—Oh, cariño, su reputación de solterona es inmaculada, está a punto de volverse religiosa puede ser nombrada como Santa.

—Eso no significa que ese hombre tenga su lengua rodeando casi toda su oreja, querido. Es momento de que te pares ahí y defiendas a nuestra hija.

Él suspiró y se acercó a ellos.

—Buenas noches... —saludó el conde, sonriente.

—Padre... —pronunció Rosalie, sorprendida.

Christopher miró al hombre e hizo una inclinación de cabeza.

—Debemos irnos. Al parecer, algunos conocedores del clima dicen que la nieve empeorará y será difícil regresar a casa.

—Sí, padre. Antes de despedirme, le presento al señor Bellamy. Es de Londres.

Al padre de Rosalie le gustaba cómo se veía el señor Bellamy, era alto, rubio, de facciones aristocráticas para ser solo un simple burgués. Lo más probable fuese algún parentesco con algún noble.

—Es un placer, señor Bellamy.

—El placer es mío. ¿Le molestaría si voy a su casa para tomar el té con milady?

Eso sí dejó sorprendido a lord Torton.

—Oh, sí, por supuesto, señor. Lo estaremos esperando —respondió con alegría.

—Señor Bellamy, lo veré mañana —se despidió la joven extendiendo la mano para que él dejara un beso en ella.

—Hasta mañana...

Él vio cuando Rosalie se perdía en compañía de su padre, suspiró y después sonrió con picardía. Por supuesto que iría a tomar el té, era su oportunidad de divertirse un poco más antes de continuar el camino.

—Al fin te has liberado. ¿Tu curiosidad ha sido saciada con ella? —preguntó su amigo, Jeffrey.

—No, he quedado más intrigado con lo que puedo sacar de aquí —respondió.

—Nos queda poco tiempo.

—¿Y eso qué importa? Lo mejor es estar cerca de esta mujer. Es tan extraño mantener una conversación con una dama. Podría quedarme horas escuchando su voz que es como el canto más adorable que nunca había escuchado.

—Oye, es una solterona. ¿No crees que quiera tomarte como esposo?

—No, no lo creo. Está resignada a ser solterona. Además, de ser una joven que quisiera llevarme al altar, hubiese agitado las pestañas como si fuesen abanicos, pero no lo hizo en ningún

momento, tampoco gritó para llamar la atención de alguien cuando la besé.

—¿La besaste? ¿Estás demente? Pudo haberte atrapado con eso. ¡Oh, Dios! ¡Estuviste tan cerca del fin!

—Hay cosas peores, como, por ejemplo: mañana iré a tomar el té con ella y su familia.

Capítulo 8

—Perdiste la razón, Christopher. Ninguna mujer ha podido lograr esto contigo, al menos no alguien ajena a tu madre con todas las candidatas que te ha presentado a lo largo de los años.

—Es que, te lo digo, lady Rosalie es alguien que me intriga demasiado y me atrae como insecto a la luz. Todo en ella es cautivador.

—¿Cuánto bebiste? ¿Te acabaste el opio que trajimos?

—No, Jeffrey. He bebido, pero estoy en plena conciencia de lo que digo. Iré a tomar el té con una dama a la que conocí más que a cualquiera y con la que crucé más palabras que nunca.

—A este paso terminarás quedándote aquí. Sabes que no puedes hacerlo.

—Sé lo que esto significa, es una cana más al aire, Jeff. Una aventura diferente.

—Espero que así sea, porque hay compromisos que cumplir en otro condado.

—Lo sé. Esto es temporal, lo sé, tú lo sabes, lo sabemos...

Christopher estaba seguro de que era un asunto del momento, que al terminar los tres días su vida sería igual que siempre.

***

Rosalie sabía que su vida había tomado un giro inesperado esa noche. Su primer y único beso le fue otorgado por el nombre más perfecto que había conocido. No podía dejar de lado la emoción que sentía al saberse deseada por él. El señor Bellamy cumplía con todas las expectativas para ser el hombre de su vida; sin embargo, sabía

que alguien como aquel no se fijaría en ella para el matrimonio. Debía agradecer que alguien le hubiese hecho el favor de besarla y de querer beber un té con una solterona aburrida de la que nadie quiso saber nunca.

—¿De dónde ha salido ese hombre que se interesó en ti? —curioseó la condesa.

—De Londres, están de paso. Es un caballero alegre.

—¿Qué tan alegre? —indagó su padre.

—Pantalones ligeros, padre.

—¡Jovencita! ¡Qué palabras son esas! —exclamó su madre escandalizada.

—Rosalie, es alguien peligroso —dijo lord Torton con preocupación en su voz.

—No hay peligro alguno. Es una persona amable, sabe que soy solterona.

—Ese es el peligro, cariño. No seas inocente —la alertó su madre—. Te veo como una dama fácil y desesperada por atención. Estos se aprovechan de las mujeres y...

—Madre, estoy esperando que se aproveche un poco de mí. No es malo desear cosas que nunca tendré, ¿o sí? No me casaré, mi tiempo ha pasado, ¿a quién le hago daño si vivo a mis anchas?

—¡Por el amor de Dios! ¡Torton, haz algo!

—Querida, para una dama la reputación lo es todo. Sin eso, no eres nadie. Debes entender que, cuando muera, necesitarás un buen nombre para apelar a la compasión de mi heredero que es un primo de unos cuarenta años al que no quiero conocer más a fondo por obvias razones. Es un buitre esperando a que fallezca para

devorarme y expulsarlas de la casa. Ama la carroña. Debes buscar buenas relaciones para que no pases hambre. Si bien estoy guardando dinero en un lugar para ti, me temo que si se entera termine quitándote eso. Tu madre estará segura porque tendrá su pensión, pero tú, Rosalie, no tienes nada más.

—Me tengo a mí. Puedo vivir con mi madre y trabajar para que nunca tenga que compartir su dinero conmigo.

—¿Y si ella muere? Perderás el techo, porque Morgan Cottage está vinculada al título y es de uso exclusivo para las viudas de los condes.

—Tendré que arreglármelas sola, padre. ¿Qué más puedo hacer? He nacido mujer y solo puedo esperar lo peor en caso de ser soltera. Por eso, quiero ser feliz, aunque sea por estos tres días que dure la estadía del señor Bellamy. Es gracioso y encantador. Tal vez al próximo hombre que conozca sea el padre de alguna niña a la que cuidaré o educaré. Merezco esta buena compañía.

—Considera los riesgos, querida. Son importantes, tu futuro aún no está asegurado.

—Lo sé, padre, pero no puedo andar de puntillas creyendo que debo cuidar algo en lo que nadie se fija. No le importo a la gente, si les importara, me hubiesen conseguido esposo. —Rosalie se encogió de hombros y miró por la ventanilla del carruaje en el que solo veía un espeso negro a su alrededor y en el cielo el gris de la tormenta de nieve que se acercaba.

Al llegar a su casa, la señora Hunter se acercó a ella y a su familia para ayudarlos con los abrigos.

—¿Cómo le fue esta noche, milady? —inquirió con cariño.

—Muy bien, señora Hunter. Conocí a un caballero interesante que vendrá mañana a tomar el té. Debe preparar lo mejor que tenemos para impresionado.

—¿Es un candidato? ¡No puedo creerlo! Por supuesto que haré todo lo posible por impresionarlo. Me amará cuando pruebe mis postres.

—Ya lo creo, señora Hunter, pero no se ilusione demasiado, es solo un invitado agradable —declaró la madre de Rosalie para hacer estallar la burbuja de tonterías de su hija.

—Sí, milady. La acompaño a cambiarse... —habló la mujer que se apresuró a dejar los abrigos en el perchero.

La joven subió las escaleras sin mucho apuro. Mientras lo hacía se quitaba los guantes y sopesaba su buena fortuna de la noche. Una sonrisa satisfecha se dibujó en su rostro. Su osadía era algo que nunca había usado fuera de su casa, pero en esta ocasión le había servido para algo bueno. No podía evitar pensar en que, si hubiese utilizado alguna técnica similar en el pasado, a estas alturas estaría cuidando de una familia, mas siempre se había preocupado por ser recatada, digna y de Buenos modales, pero no había conseguido mucho. Una vez, Lauren dijo: «¿por qué le hacemos caso a una solterona que nos habla de cómo tener un esposo si ella no lo tiene? Es pura palabrería barata. Si termino soltera será por su causa, porque más bien es experta en soledad que en compañía». No podía quitarles razón a esas palabras. Su amiga era disparatada, pero en ocasiones, razonable.

Capítulo 9

Al día siguiente, Rosalie se levantó de la cama para observar cómo había quedado todo después de la nieve que cayó durante la noche. Para su suerte, era poca y no representaba un peligro para que la visitara Christopher. Se sintió aliviada al saber que él no quedaría atrapado en medio de una ventisca o algo similar.

Estaba entusiasmada por lo que ocurriría ese día. Llevaba años sin recibir la visita de alguien ajeno a su familia. En su mente sabía que no debía entusiasmarse tanto, porque no existía nada entre ellos ni existiría, puesto que él se iría pronto. Lo importante era compartir un poco de la diversión que tenían para ofrecerse mutuamente.

Durante el día estuvo indecisa sobre qué vestido usar. Quería que él la viese como algo único en el mundo por más común que fuese. Tenía un guardarropa amplio que su padre, con optimismo reprimido, le compraba cada temporada. No tenía futuro, no había nada, pero él parecía esperanzado de que cayera alguien para poder dejarla protegida.

Nadie sabía que ella, en ocasiones, había llorado sin consuelo por no ser correspondida y por causarle dolor a sus progenitores. Se culpaba por ser un verdadero fracaso. ¿Cómo podía ser posible que nadie la quisiera? Era un misterio, porque ella no pensaba que fuese feo y aburrida.

Durante el día, sus padres la miraban con cierta compasión. Ella no quería mostrarse ilusionada por la visita, pero su sonrisa la delataba, aparte de la preocupación de que cayera más nieve. Solo quería que llegase la hora en la que Christopher cruzara el umbral de la puerta. En sus pensamientos intrusivos, imaginaba que una vez que entrara, le pondría seguro a la apertura y lo dejaría atrapado ahí para que nunca se fuera; sin embargo, eso parecía demasiado

retorcido para cualquiera, incluso para la misma Rosalie por más que fuese una idea surgida de su cabecita.

Por la tarde, Christopher llegó en un carruaje, pues había acordado con Jeffrey que aquel podía usar un caballo para cortas distancias, mientras que él debía ir un poco más lejos y para no sufrir por el frío y la nieve era mejor que se moviera seguro.

Él alzó la mirada hacia la sencilla residencia de dos plantas de la familia. No tenía la opulencia de cualquiera de sus residencias solariegas, pero notaba lo que era: un hogar. La percepción de las telas cubriendo lo que en primavera sería un rosal, lo dejó sorprendido. Esa idea le resultaba interesante, de hecho, no sabía cómo algunas plantas sobrevivían a la crudeza del invierno.

La nieve caía con tranquilidad, era una típica tarde inglesa en la que una chimenea hacía la diferencia. Esa tarde, pese a que no estaría a solas con la joven, le parecía prometedora. Siempre quedaban resquicios de tiempo para compartir un poco más de lo debido. Golpeó la puerta y una mujer de aspecto regordeta y amable le abrió.

—Buenas tardes, he venido a tomar el té con milady y sus padres... —anunció.

La señora Hunter tenía los ojos brillantes al ver a ese hombre ahí. Percibía algo determinante en él, como si fuese que era una persona que nunca se iría de esa casa.

—Por favor, pase, señor Bellamy. Milady ha informado sobre su visita. Lo acompaño al salón antes de ir a buscarla.

—¿Y el conde?

—Revisando papeles en el despacho. Ese caballero no puede estar sin tocarlos, se desmayaría si tuviese que dejar su tan preciado lugar.

—Así somos los caballeros, señora...

—Señora Hunter, por favor. Puede pedirme lo que guste. Ahora iré a por milady.

La condesa de Torton vio a ese hombre entrar a su casa. Cuando la señora Hunter lo dejó solo, este miraba la casa y las decoraciones con interés, entonces ella se acercó.

—A mi esposo le gustan los perros, verá muchos de ellos retratados por toda la casa. Hay más canes pintados a su lado en la cacería que su esposa e hija a su lado —comentó la mujer.

—Buenas tardes —saludó Christopher al ser sorprendido por la presencia de la dama—. La noche anterior la vi de lejos. La iluminación del salón no le hizo justicia a su belleza.

—Oh, qué halagador de su parte, señor Bellamy. Cuénteme un poco de usted, a qué se dedica...

Mientras que la madre de Rosalie estiraba la lengua del duque para matar el tiempo, ella toda la estaba indecisa con entre un chal y otro.

—¡Milady! ¡Ha llegado! Me enfadaré con usted por no haberme dicho que era un hombre tan atractivo. No he visto a uno así desde que tenía unos veinte años y de eso ha pasado demasiado tiempo —dijo la señora Hunter.

—¿Ya está aquí? —Rosalie comenzó a dar vueltas por la habitación. Sentía que no había hecho lo suficiente para arreglarse. Parecía estar en medio de una crisis existencial. Se le juntaron las decisiones.

—Es lo que le dije, milady. No lo haga esperar mucho. Preparé las mejores masas como pidió y la mantequilla está recién hecha.

—No puedo escoger entre dos chales. ¿Me ayuda?

—Usted siempre ha escogido todo sola. Este hombre la tiene nerviosa, milady, y comprendo, puesto que es alguien de buen ver.

—No es solo de buen ver, señora Hunter, todo lo que cualquier dama podría desear en un caballero, solo que a mí ya no se me permite aspirar a alguien así por varios motivos, uno de ellos es que se va pronto y el otro es que soy una solterona. No hay mejor repelente que ese para asustar a cualquiera.

—Por algo ha venido...

—Supongo que vino con malas intenciones, es lo que mi institutriz denominaba como: libertino. Cuya definición consistía en: caballero de moral inexistente, con habilidades especiales para esquivar balas y trepar rejas, de hábitos relajados y de calzón ligero. Ella era buena con las definiciones prácticas, aunque no me ayudó a conseguir ningún esposo. Considero que ha sido el dinero peor gastado por mi padre, tantos años pagados para absolutamente nada.

Capítulo 10

Rosalie fue hacia el salón en compañía de la señora Hunter. A fin de cuentas, la mujer escogió un chal de lana para que estuviese cómoda, pese a que las chimeneas de la casa estaban encendidas a todo lo que daban para mantener caliente la residencia.

Al ver al duque sentado en compañía de su madre asintiendo con interés, ella sonrió, después él levantó la mirada hacia Rosalie y se puso de pie para recibirla.

La condesa también hizo lo mismo que el caballero y se acercó a su hija.

—Estaba conversando con el señor Bellamy sobre a lo que se dedica, es un caballero realmente interesante —comentó la mujer cogiendo a Rosalie por el antebrazo para ayudarla a llegar más rápido junto al hombre.

—Estoy segura de que todo lo que dice el señor Bellamy es interesante, madre. Es alguien de mundo y solo vino a esta parte del país para distraerse un poco de sus negocios que lo agobiaban. Considero que para él será más animoso conversar sobre plantas y animales, ¿no es así, señor Bellamy? —curioseó Rosalie en tono juguetón.

—Por supuesto, aunque las preguntas de su madre han sido bastante interesantes para responder. —Christopher cogió su mano enguantada y la besó más tiempo del necesario—. Se ve hermosa esta tarde…

—Gracias, señor Bellamy, por favor, siéntese —pidió señalándole su asiento.

—Si me disculpan, iré a buscar a mi esposo para que nos acompañe. Es importante que los caballeros conversen sobre cosas

de varones… —alegó la condesa que los dejó.

—Su madre es una mujer amable e inteligente. Intuyo que su padre no la escucha como merece —afirmó Christopher sentándose.

—Tal vez nos ignore un poco, pero no se le puede pedir demasiada atención a un hombre que ama más sus papeles que a su familia, al menos algunos creen que es así, no encuentro ninguna competencia.

—Tiene una casa hermosa y acogedora. Tengo muchos años visitando residencias que parecen más mausoleos que viviendas. Este lugar está cuidado con lo necesario para que se sepa que aquí vive gente de buenos valores.

—No se equivoca, tiene buen ojo para las cosas. Espero que más tarde pueda enseñarle el invernadero. El jardín es parte del entretenimiento de mi madre y ese lugar es uno de mis favoritos en toda la casa.

—Eso suena a que podríamos robarle un poco de tiempo a la compañía de sus padres. ¿Le apetece un acercamiento tanto como a mí?

—Sabía que su idea de venir no era del todo limpia. Sus pensamientos libidinosos tal vez se comuniquen con los míos, señor Bellamy. Cada minuto que pasa es igual a menos tiempo juntos…

—Si lo pone así, comienzo a desesperarme. Seré amable con sus progenitores, solo espero que no sean tan habladores que terminen cautivándome con algún tema trivial.

—Eso es lo que le ocurrirá, póngale la firma a eso.

La madre de Rosalie llegó al despacho de su esposa y entró sin tocar.

—Querido, ha llegado el señor Bellamy. He conversado un poco con él, es un hombre interesante y rico. Estoy pensando en encerrarlo con Rosalie para que sea un verdadero escándalo para que se casen —dijo la mujer, entusiasmada.

El conde de Torton bajó su monóculo y miró a su esposa con incredulidad.

—Cada día sale un disparate nuevo, querida. Deberías dormir mejor —alegó lord Torton que se levantó de su silla.

—¿Por qué te parece un disparate? Parece demasiado interesado en Rosalie.

—Está de paso. Un hombre así no nos sirve para que se case. Lo único que busca es una aventura de paso. Cualquier caballero buscaría hacerlo y más aún con una mujer que parece desesperada como una solterona, por ejemplo. Nuestra hija es como un huevo para una comadreja como esa.

—Es una comadreja adinerada, cariño. Podrías ser un poco más educado con tus calificativos.

—Sigue siendo un animal rastrero, querida, pero no me negaré a conversar con alguien. Este lugar lleno de mujeres es un infierno sin otro hombre. Si tan solo Rosalie hubiese sido Robert…

—Seguimos intentando, Torton. Quizá en algún momento llegue nuestro Robert.

—Con la suerte que tengo, lo más probable es que tengamos una Mary.

Ella rio y tomó a su esposo del brazo para que fueran al salón. Cuando llegaron ahí observaron la interacción de los jóvenes. Los veían sonreír sin saber sobre qué tema conversaban, solo podían entender que parecía algo interesante.

—Buenas tardes, señor Bellamy —saludó lord Torton con amabilidad.

—Buenas tardes, lord Torton. Es un placer estar en su casa. A ambas damas les he comentado lo agradable que me resulta su residencia. Es un lugar acogedor como pocos que conozco.

—Esta casa es nuestro hogar permanente. No me gusta Londres y prefiero vivir aquí con mi familia. Este condado es un verdadero paraíso.

—Es una pena que tanta nieve no me deje ver más. Espero que no vuelva a nevar demasiado. Milady me ha contado que tienen un invernadero…

—¡Oh, sí! Mi invernadero, señor Bellamy, es mi orgullo. En aquel lugar nacen las flores para mi jardín —afirmó orgullosa la condesa.

—Sí, ella quedó en mostrarme eso en cualquier momento, tal vez después de que terminemos el té…

—Claro, él té. Pasemos al salón para que podamos comenzar —alegó la dama que estaba entusiasmada al ser anfitriona de una tarde del té.

Fueron hasta ese lugar y a Christopher le sorprendió el aroma de lavanda fresca en el sitio. El invierno no existía en esa residencia. La chimenea era acogedora al igual que todos los muebles que los rodeaban.

La señora Hunter entró detrás de ellos con las tasas y una tetera humeante. Después de unos minutos la misma mujer regresó al salón del té con una cantidad casi exorbitante de masas caseras que tenían un aroma espectacular.

—Esto es un verdadero festín —musitó el duque relamiéndose los labios. No había querido parecer hambriento, pero eso que veía

lo hacía olvidarse de muchas cosas y pronto una de ellas serían sus buenos modales.

—Cuéntenos las razones que lo han traído aquí, señor Bellamy… —pidió el conde que cogió su taza que su esposa le sirvió.

—Diversión. Muchos de ustedes deben conocer a mi buen amigo, Jeffrey. Vamos camino al otro condado en casa de sus parientes.

Mientras que su padre bombardeaba a Christopher con preguntas, Rosalie se concentraba en tomar el té sin interrupciones y observar con cierto descaro al hombre que los acompañaba. Dentro de ella latía la locura de la anticipación. Ambos habían quedado de acuerdo en algo: debían quedarse solos en algún momento y revivir la aventura de un beso.

Capítulo 11

El interrogatorio interminable apenas había dejado comer a los caballeros, mientras que Rosalie y su madre solo los escuchaban. Primero, la curiosidad de su padre por todas las actividades de Christopher le resultaba cómica. Parecía estar averiguando cosas sobre algún enemigo suyo. Por supuesto, su progenitor era un tanto protector, aunque no mucho, aunque una vez que comenzó a citar el nombre de su más de treinta perros que tuvo a lo largo de su vida, supo que esa conversación se fue por las ramas, tan lejos que nadie podía alcanzar el nivel de elevación de las añoranzas ajenas.

Christopher era paciente. Escuchar la cháchara interminable de su madre por su comportamiento y la falta de una esposa a su edad lo habían hecho inmune a cualquier tipo de conversación, comentario o cotilleo, solo alcanzaba a preocuparse si alguien quería retarlo a un duelo.

Cuando él creyó que satisfizo todas las necesidades de conocimiento de lord Torton, lo vio levantándose.

—Rosalie, muéstrale al señor Bellamy el invernadero... —dijo el hombre—. Tu madre y yo estaremos en el despacho. Necesito que me ayude a ordenar algunos papeles, sabes cómo le gusta eso.

La condesa quería negar con la cabeza, pero entendió que su esposo quería que su hija se encargara de la visita.

—Sí, querida. Además, recuerda que el clima es inestable y el señor Bellamy debe irse pronto —habló la dama para seguir la misma línea que su esposo.

—Sí, madre.

Los condes se despidieron de Christopher y él por fin se sintió aliviado de haber acabado con lo que consideraba un trámite

imposible de esquivar. Había sobrevivido con éxito a una tarde de té.

Rosalie vio que Christopher parecía más feliz después de que sus padres se retiraran.

—Acompáñeme, señor Bellamy... —pidió ella que le mostró el camino para ir a buscar su abrigo, puesto que el invernadero podría ser un poco fresco para ellos.

Una vez que lo hicieron, él le entregó su brazo para que pudiesen tener mayor contacto mientras iban a ese lugar.

—Su familia es agradable. Lord Torton es un hombre que conoce mucho sobre lo que es su herencia... —comentó Christian.

—Sí, es una pena que no fuese un varón para poder continuar con su buen nombre y sus enseñanzas.

—¡El Diablo no permita que usted fuese hombre! Eso sería un verdadero desperdicio. Considero que los varones nos hemos convertido en algo común, pero necesario para algunos.

—Sí, solo que para esta casa no es común. Tal vez en su familia nazcan varones, pero debe entender que he acabado con un legado completo. El título irá a parar a manos de un primo de que ni siquiera le cae bien a mi padre. Nos visita una vez al año y cuando lo hace mira todo con mucho interés.

—¿Cuántos años tiene?

—Quizá unos cuarenta o un poco más. Nunca me ha importado mucho porque desaparecía durante sus visitas, me incomodaba.

A Christopher no le olía bien el primo del padre de ella. En su mente, lo imaginaba como un ser perverso y oscuro que la acechaba con las peores intenciones. Aquel esperaba como un ave de carroña a que lord Torton muriera para poder quedarse no solo con el título, sino con la mujer que no había podido salir de ahí que era Rosalie,

tal vez la usara como algún tipo de amante y ella no tuviese la oportunidad de escapar. Le daba escalofrío pensar en eso al ver a Rosalie, tan bella, frágil y con gran sentido del humor. Esperaba que el conde durara muchos años hasta que la joven consiguiera algo a lo que aferrarse.

—Cuídese de él...—advirtió Christopher.

Rosalie abrió los ojos con sorpresa. Él tenía la misma sensación que ella y ni siquiera había visto al hombre.

—Es lo que hago cada vez que viene. Al menos hay una alternativa a tener que vivir con él si algo llegara a ocurrirle a mi padre. En Francia hay muchos conventos. No me molestaría dejar de ser anglicana.

—¿Y desperdiciarse de esa manera?

—¿Por qué todo le parece un desperdicio?

—No lo sé. Es tan hermosa como para resignarse detrás de un hábito.

—La cara bonita no me ha servido para mucho, señor Bellamy.

—Ha servido para atraerme.

Ella le sonrió y continuaron su camino hacia el invernadero. Su rostro claramente rojo por el cumplido de ese hombre delataba que se sentía en otra dimensión. Además, la anticipación por estar en un lugar a solas, no la dejaba indiferente.

Al llegar al sitio, ella abrió la puerta y lo invitó a pasar. El aroma de tantas flores distintas golpeó a Christopher. No era desagradable, sino que le parecía una mezcla extraña.

—Qué aroma tan peculiar...

—Mi madre es muy dedicada y a mí me gusta venir aquí a ayudarla de vez en cuando.

—La mía tiene un jardinero, adora las flores, pero no es capaz de dedicarles tiempo. Prefiere salir a tardes de té con sus amigas.

—Su madre tiene una vida activa. La mía, si bien tiene amistades, no se juntan con mucha frecuencia, pues la mayoría de los que viven a los alrededores son personas que solo visitan este lugar en verano.

—Imagino que tiene un gran vínculo con ella.

—Sí, un poco. Nunca he pensado en ser una amiga de mi madre, existe una línea de respeto que soy incapaz de cruzar.

—¿A ella le molestaría perder alguna flor?

—Dudo que las cuente, aunque puede que, como pasa tanto tiempo con mi padre, es probable que tenga un inventario hasta de las hojas caídas.

—Usted es tan... No tengo palabras, milady. —Christopher cogió una de las flores de color rosa que están junto a él y la cortó para después colocarla en su cabello—. Tan delicada como una flor...

Al terminar de decir esas palabras, él se acercó a los labios de ella y la besó con pasión calmada. Su calzón ardía con locura, pero su mente le pedía que no perdiera el control, porque era la oportunidad perfecta para tenerla a su merced.

Capítulo 12

Ella se dejó llevar completamente por ese beso de Christopher, no quería que se detuviese nunca. No dudó en aferrarse a él como si pudiese evaporarse en unos instantes más. Cuando sintió que una de las manos de aquel caballero tocó su cintura y la pegó a su cuerpo haciéndole sentir la dureza de su hombría. Rosalie gimió ante ese espíritu primitivo que la embargaba, su cuerpo parecía saber lo que debía hacer. No podía dejar de corresponder, también hizo que sus manos recorrieran su cuerpo con inquietud, buscando saciarse de algo desconocido.

Christopher estaba perdiendo el buen juicio, porque su pantalón estaba a punto de romperse. Su miembro estaba en estado independiente y no le dejaba considerar ningún tipo de riesgo. Sus manos cada vez más inquietas le habían alzado la falda a Rosalie. No sabía cómo ser un hombre dulce con una mujer virgen como ella, lo único que sabía era sentir y vibrar cuando yacía con alguien. Ese lugar ni siquiera era cómodo para intimar, pero no podía seguir obviando la atracción desde la primera vez que vio a Rosalie enloquecería si no podía llevársela a la cama; sin embargo, podría arrebatarle oportunidades si se acostaban, porque le arrebataría lo único valioso.

—Milady, no puedo seguir, porque si lo hago, habrá destruido su futuro —dijo Christopher que necesitaba que ella entrara en razón si él no lo hacía.

—¿A qué se refiere? —preguntó aferrándose a su pecho sin dejar de buscar sus ojos. Su respiración agitada dejaba al descubierto cuanto disfrutaba lo que estaba ocurriendo.

—Significa que experimentará algo que está reservado para el matrimonio en el caso de las damas. Se perderá su virtud si usted y yo...

—¿Le preocupa algo que a nadie le importó? Quiero vivir esta aventura. Es lo que me llevaré a la tumba. No me casaré con nadie, mi tiempo ha pasado y lo único que espero es guardar esta experiencia en mi mente. Un recuerdo feliz es algo que nadie podrá arrebatarme jamás.

—No está pensando con claridad al igual que yo.

—No lo atraparé, no se quedará aquí, ¿le teme a algo más?

—Me preocupo por usted...

—Para preocuparme por mí estoy yo.

Ellos continuaron con sus besos apasionados. Christopher la apretó contra la pared del invernadero y procedió a acariciar cada centímetro del cuerpo de Rosalie. Liberó los tiernos melones de la joven y se engolosinó con ellos. Le faltaban manos y una boca más para disfrutar de todo lo que ella le ofrecía. Cada gemido de sorpresa y placer que escapaba de su garganta era como combustible para su deseo. Deseaba desnudarse ante la joven y que esta también lo hiciera para que sus cuerpos pudiesen conocerse; no obstante, las cosas debían hacerse rápido, puesto que estaban en un lugar peligroso. Entonces, él la ayudó a recostarse en el suelo, colocando su abrigo para que ella no se golpeara la espalda o la cabeza.

Rosalie se acostó en el suelo con el corazón en la boca. Nunca había vivido una experiencia similar. Ella no parecía ser la misma de siempre, sino que un ser que deseaba eso que él le ofrecía. Cuando lo vio bajar su pantalón, logró ver su espada de batalla, erguida como para matar a un enemigo. Por un segundo sintió temor, pero existía una promesa de disfrute detrás de eso y eso le hacía desear correr el riesgo. Al colocarse sobre ella y dar una leve embestida, casi gritó con tanta fuerza, pero con una de sus manos se tapó la boca. Christopher siguió con sus embestidas como si quisiera matarla. A medida que el dolor inicial se disipaba, se precipitaba

ante Rosalie la sensación más intensa de su vida. Su grito era tan inminente como los jadeos del señor Bellamy. El éxtasis los invadió y los calambres de aquella pasión desvergonzada viajaba por sus cuerpos dándoles ese placer que habían perseguido.

Él se derramó dentro de ella antes de retirarse. Las sensaciones con Rosalie fueron las más intensas de su vida. No sabía si se debía a la situación de apuro o vigilia, pero fue el mejor momento de su existencia. Se acostó en el suelo junto a la joven.

—Por favor, perdóneme si he sido brusco con usted, pero no he podido contener mi emoción —confesó.

—Ahora lamento mucho no estar casada si esto es lo que hacen los esposos cuando están solos... —alegó Rosalie buscando la compañía de Christopher.

—Este será un gran recuerdo para ambos.

—Puede hacerme el favor de visitarme con frecuencia...

El duque rio al pensar en eso y no estaba indiferente a esa idea. Por supuesto que deseaba algo semejante.

—Estoy muy abierto a considerarlo, aunque no quiero que tenga el pésimo título de amante.

—¿Le gusta más acompañante?

—Es más adecuado, quizá.

—Debemos alistarnos por si mi madre escapa de los papeles de mi padre. Ella es insistente y si nos encuentra así, puede que muera de un susto.

El caballero alzó su pantalón y se levantó, mientras que Rosalie acomodaba su falda que estaba un poco arrugada. Al estar de pie sentía que algo se escurría por su entrepierna y se pegaba a sus

medias de lana. Era incómodo, pero después solucionaría el inconveniente.

Trataron de fingir que veían flores, mientras que de reojo cada uno recordaba lo que había visto del otro. No había incomodidad, solo reconocimiento de un instante compartido.

—Rosalie... —Su madre vio a su hija en compañía del señor Bellamy, mientras aquellos caminaban por el invernadero observando las plantas—. Te has distraído mucho con el señor, ahora hay una gran tormenta de nieve y no podrá irse. Te has vuelto egoísta, querida.

—¿Una tormenta? —preguntó Rosalie con incredulidad. Eso significaba que él tendría que quedarse y ella podría estar más tiempo a su lado.

—¿No me crees? Ven a mirar por la ventana. La temperatura ha descendido aún más y los sirvientes están colocando más leña en las chimeneas.

—Esa es la razón por la que se siente más frío aquí —comentó Christopher que sí se había percatado del cambio de temperatura una vez que el calor del momento pasó.

Capítulo 13

Salieron del invernadero y fueron hacia el salón. Christopher miró a través de los cristales empañados y, sí, la nieve había subido unos centímetros y caía con violencia, lo que dificultaría su viaje hasta la residencia de la tía de Jeffrey.

—Esperaré un poco. Tal vez la tormenta se detenga en unas horas...

—¡Ni hablar, señor Bellamy! —exclamó la condesa—. Haré que enciendan la chimenea del cuarto de invitados. No podemos arriesgarnos a que le ocurra algo. Los inviernos suelen ser duros aquí...

Rosalie sonrió por lo bajo ante la propuesta de su madre. Por supuesto que estaba de acuerdo con esa idea. Su mente comenzaba a hacer un par de planes para que ella y Christopher pudiesen encontrarse más veces. Después de ese momento tan gratificante en el invernadero, estaba segura de que quería más cosas y cada segundo que tuviese disponible debían aprovecharlo.

Christopher también quería sonreír, pero no podía demostrar tanta emoción por la invitación de la condesa. Su mirada se cruzó con la de Rosalie y supo que volverían a encontrarse a solas y eso sería por la noche.

—Espero no ser una molestia para ustedes.

—Si no le molesta cenar un buen pescado, no me preocupo —dijo la madre de Rosalie que miró a su hija y le hizo un guiño.

La condesa no era tan tonta, aunque no sabía que su hija había traspasado ciertos límites, tenía la esperanza de que, si dejaba a ese hombre en la casa por más tiempo, este podría pedirle matrimonio en cualquier momento. Rosalie tenía muchas virtudes y sabía que

sería una buena esposa. Siempre cuestionaba la razón por la que nadie había pedido su mano, puesto que no carecía de fortuna o belleza, su conversación era excelente y sus modales bien cuidados. Esta era la última oportunidad y debían aprovecharla antes de que fuese tarde y no alcanzara a casarse antes de que su padre falleciera. Por más que llevaban años intentando otro hijo después de Rosalie, Dios se ensañó con ellos negándole una garantía para el futuro de ella. Anhelaba que pudiese casarse alguna vez, merecía una gran vida.

Los sirvientes prepararon la habitación para Christopher y le ofrecieron abrigos del conde para que estuviese más cómodo a medida que pasaban las horas hasta llegar a la cena. Rosalie lo acompañó para que se acomodara.

—Espero que no le incomode pasar la noche en nuestra humilde morada, señor Bellamy.

—Este es un lugar encantador con personas igual de encantadoras, en especial, usted, milady.

—Lo dejaré descansar... —musitó con suavidad.

Antes de que ella se fuese, él la cogió de la muñeca con suavidad.

—Milady, no he tenido la oportunidad de decirle que quedé fascinado con usted. Espero que volvamos a estar a solas más tarde.

—Fue la experiencia más excitante de mi vida, señor Bellamy. Le estaré eternamente agradecida por esto. Usted ha hecho mucho por mí.

—Le juro que puedo ser mejor en una cama suave. La trataré como se debe, en el apuro fui más brusco de lo debido, le pido que me excuse por mi falta.

—Señor Bellamy, no debe preocuparse por mí. Estoy bien, gracias por preocuparse. Lo llamaremos para el almuerzo.

Rosalie le entregó una sonrisa dulce y cerró la puerta. Christopher se agarró de la cabeza y comenzó a pensar en lo que había pasado. Deshonró a una mujer en su propia casa. Ese no debería ser un problema para él; sin embargo, Rosalie era como una flor tan frágil que, imaginarla siendo utilizada para el placer de otros le carcomía el alma.

Se sentó al borde de la cama antes de acostarse y mirar al techo de la cama con dosel. Se sentía culpable, pero a la vez tan satisfecho con ella. Recordar ese encuentro una y otra vez podría convertirse en su eterno vicio. Fue la experiencia más gratificante que había tenido. Pese a no ser su primera mujer, había disfrutado del sexo más que nunca, quizá porque Rosalie le inspiraba muchas cosas que desconocía. No había tenido un interés genuino en nadie desde hacía años, por esta joven se preocupaba y la pensaba como si fuese lo único importante en el mundo. Le parecía que podía ser alguien con quien podría pasar el resto de su vida, pero todavía se consideraba demasiado joven para pensar en la idea de casarse.

Mientras tanto, Rosalie fue a su habitación y con un paño húmedo comenzó a higienizarse la entrepierna y las piernas, puesto que la sensación de que algo se escurría por ahí era muy incómoda. De hecho, había preferido cambiarse la enagua y medias. Cuando se sentó en su cama para hacerlo, sintió unas molestias en su zona íntima debido a su encuentro con Christopher en el invernadero. Con una sonrisa se cambió de ropa, aunque eso desapareció al notar la sangre, lo que significaba que su pureza se había ido y, definitivamente, nunca se casaría. Para ella no había mucha diferencia, de hecho, estaba feliz con su primera y única experiencia con eso podría ser capaz de soportar lo que viniera en el futuro, ya que este era incierto una vez que su padre falleciera.

Se sentía un poco exhausta, así que durmió hasta la hora de la cena.

Cuando llegó el momento, la señora Hunter entró a la habitación de Rosalie y la movió un poco. Ella abrió los ojos. Su habitación estaba en penumbras.

—Pronto se servirá la cena. Ya he despertado al invitado que estaba tan dormido como usted. El invierno al parecer quiere que todos pasemos muchas horas en la cama.

Ella bostezó y se desperezó con tranquilidad.

—Gracias por despertarme, señora Hunter, de lo contrario, hubiese dormido al menos dos días, me siento cansada.

—Debe ser porque nunca ha tenido tantas actividades como ahora con este hombre. Es amable y atractivo, un candidato que no puede dejar ir.

—Daría mi vida por retenerlo aquí, pero debe volver a Londres pronto y creo que mañana se va o dependerá del clima. No hay esperanzas con él, señora Hunter. Es una verdadera lástima.

Capítulo 14

Rosalie se arregló y después fue hasta la puerta de Christopher y dio unos golpes suaves. Él abrió con seriedad, pero al verla, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Vine a buscarlo para que no se pierda en la penumbra de los pasillos. Los escondrijos pueden ser peligrosos a veces... —dijo Rosalie con suavidad.

—Sí, me temo que sin usted me perdería. Podría quedar atrapado en su habitación...

—La sutileza puede que sea su fuerte, señor Bellamy. Lo extrañaré cuando tenga que irse.

—Es una verdadera lástima que deba dejar este lugar maravilloso con una persona tan agradable como usted.

—Puede quedarse si lo desea, mis padres no se molestarán si acepta quedarse aquí un tiempo...

—He adquirido este compromiso con anticipación. Quizá regrese en unas semanas, al menos de paso antes de ir a Londres.

—¿Ha considerado la idea de regresar al menos una vez al año? Al menos hasta que se case, ya que usted quizá lo haga más adelante.

Él quería esquivar el tema del matrimonio, pero ella iba de frente.

—Es probable que algún día lo haga, pero créame que no será pronto. Lo más probable es que pase a visitarla muchos años...

De cierta forma a Christopher le convenía que la joven permaneciera soltera, puesto que no desaprovecharía el tiempo para

estar con ella. Ese condado era su favorito en toda Inglaterra porque en sus tierras vivía alguien de nombre Rosalie.

Fueron hasta el comedor y se encontraron con sus padres a punto de tomar asiento.

—La nieve no ha parado, señor Bellamy —anunció lord Torton para iniciar la conversación una vez que se sentaron a la mesa.

—No pensé que caería tanta. Ha sido algo sorprendente y también un tanto imprudente de mi parte al venir en pésimas condiciones. No quería incomodar a nadie.

—No diga esas cosas, señor Bellamy, nos hará pensar que no somos lo suficientemente hospitalarios con usted —dijo la condesa.

—En esta casa he recibido un trato ejemplar. Agradezco haber conocido a milady en un accidente el día de los villancicos. Iba como una tromba en compañía de su amiga.

Rosalie se sonrojó al oírlo decir esas palabras. Atropellarlo fue algo torpe, pero afortunado. Su vida sería la misma rutina miserable si no fuese por el apuro de esa noche.

—Oh, sí. Lauren Parrish. Ellas son bastante conocidas en la región, aunque Rosalie no tiene tanta fama como su amiga —comentó la madre de Rosalie.

—Sí, mi amigo me previno sobre ella, aunque olvidó hablarme de milady y de sus talentos...

El halago que él le hizo puso una sonrisa de satisfacción y suficiencia en el rostro de la madre de la joven. Rosalie trataba de ocultarlo bajo la fachada del recato, pero faltaba poco para que su progenitora los cogiese de la cabeza y los acercara para que se besaran. Ella era entusiasta y lo notaba en su mirada. La esperanza de que su única hija consiguiera un esposo se desbordaba por cada poro de su ser, aunque eso estaba lejos de ser posible.

—Rosalie puede tocar el pianoforte y cantar para nosotros esta noche. Sus habilidades para el entretenimiento nunca serán desperdiciadas —intervino el conde—. Debemos aprovechar cuando tenemos visitas, puesto que ella no lo hace todos los días.

—Haré eso para divertirnos. Debemos agradecer que estemos aquí en una casa caliente y en buena compañía. Salud por la visita del señor Bellamy... —Rosalie alzó la copa para brindar con ellos y todos le siguieron el ritmo.

Christopher estaba feliz al darse cuenta de la soltura con la que hablaba Rosalie frente a los demás, le resultaba impresionante ese comportamiento para una dama soltera. La confianza con la que hablaba nada tenía que ver con la inocencia de cualquier damisela de su edad, al menos las debutantes no tenían ese coraje. Quizá Rosalie había perdido el miedo a las burlas o no ser aceptada. También, podía ser posible que estuviesen en un estado superior de confidencialidad que le permitía mostrar no solo que podría ser una buena anfitriona, pianista y acompañante.

Al terminar la cena, se levantaron y fueron hasta donde se encontraba el pianoforte. La señora Hunter les servía a los varones copas de brandi y a las damas de jerez.

La joven miró a Christopher antes de darle la espalda para sentarse frente a las teclas del pianoforte. Él se concentró en ella y los sonidos que escapaban de sus hábiles dedos. Se la notaba apasionada por ese arte y al verla de esa manera, recordaba su rostro cuando la poseía en medio de aquel invernadero. De inmediato, sintió que su entrepierna se endurecía y, por ende, debía ocultar su vergüenza, pero su miembro latente se negaba a quedarse quieto.

Sus ojos no se despegaban de ella por más que luchara contra sus impulsos. Rosalie tenía la magia de seducirlo con el pianoforte, cuando antes, cualquier mujer lo hubiese asustado con ese arte. Ella

se había ganado cada rincón de su mente, que hasta la música estaba ligada a la joven.

Mientras tanto, Rosalie se inspiraba en la presencia de Christopher. Sentía su mirada traspasando su nuca y no le incomodaba, sino que la hacía pensar en muchas cosas que podrían ocurrir esa noche. Las oportunidades parecían infinitas con una tormenta de nieve afuera. Lo que antes hicieron fue por no saber que tendrían oportunidades. Sabía a la perfección los horarios de sus padres. Su padre, en particular, tenía un horario exquisito para seguir aventurándose en lo desconocido y esperaba que pronto sus progenitores comenzaran a bostezar y seguir sus rutinas. Pronto comenzarían a alejarse como abejas cerca de humo, solo era cuestión de tener paciencia.

Nunca había creído que se convertiría en una criatura inescrupulosa, pero necesitaba vivir esta experiencia única e irrepetible. Por una vez en su vida era correspondida en alguna medida. Ella no pidió la atención de Christopher, él se la había otorgado por voluntad propia. Tenían otro nivel de entendimiento que la mayoría no comprendería o quizá solo fuese digno de personas casadas.

Capítulo 15

Una hora después de estar sentados en el salón distrayéndose primero con música y después con las cartas, el conde mostraba los primeros signos de agotamiento, bostezó sin querer y frotó sus ojos con la mano.

—Considero que deberíamos irnos a dormir. Señor Bellamy, entenderá que no puedo dejarlo a cargo de mi hija. Espero que usted también prefiera un buen descanso.

—Por supuesto, milord, comprendo. Estoy de acuerdo con que todos vayamos a descansar.

Todos asintieron convencidos con la idea del descanso, al menos eso demostraban Rosalie y Christopher; sin embargo, ellos tenían planes adicionales al descanso. Conocerse más era algo que todavía querían hacer, puesto que ya habían descansado horas atrás antes de la cena.

Todos fueron a sus habitaciones y, una vez que la señora Hunter se ocupó de ponerle el camisón a Rosalie, la joven se sentó a esperar unos minutos, para que todo se fundiera en el silencio de una casa con muchos durmientes dentro.

Una vez que no escuchó nada más, salió de su habitación a hurtadillas. Nadie podría escucharla si era cuidadosa, puesto que las puertas chirriaban con frecuencia al abrirse y cerrarse como si fuesen gritos de gente torturada.

Cuando llegó frente a la de Christopher, tocó el picaporte con cuidado y cerró los ojos con la esperanza de que hubiesen aceitado los mecanismos como el de la mayoría, puesto que no solían recibir a muchas personas con frecuencia.

Christopher que tenía puesto un camisón de lord Torton, notó que la puerta se abría. Sonrió al darse cuenta de que una figura femenina se acercaba. Al verla cerrar, extendió su mano para que Rosalie fuera hacia él. Caminó con cuidado, mientras su prenda de algodón ondeaba con cada movimiento.

—La señora Hunter ha sido muy amable al conseguirme un libro para que pudiese dejarme la lámpara. Estaba dispuesta a obligarme a dormir...

—La señora Hunter puede ser sobreprotectora, señor Bellamy —dijo caminando de rodillas sobre la cama para llegar hasta él.

Christopher la tomó de la cintura para acostarla a su lado. Se recostó sobre su codo para observar a Rosalie a los ojos.

—¿Ya conoce los riesgos de venir a la habitación de un caballero?

—Sí, y también sé que no debo gritar.

—La cama será más generosa con su espalda, milady...

Después de decir aquello, él descendió sobre ella para besarla con tranquilidad. Tenían toda la noche para que ese encuentro fuese realmente especial.

Una vez que recorrió su cuello, procedió a desnudarla y desnudarse para que ambos pudiesen observar sus figuras sin pudor.

A ella le daba mucha vergüenza ser vista por completo, pero Christopher la halagaba con cada mirada, como si estuviese conforme con lo que veía.

Él aún no podía creer que esa mujer no tuviese un hombre en su vida. Era tan perfecta que la injusticia de su soledad de daba mucha rabia. Sentía que estaba robándole algo valioso a alguien, aunque la culpa era mesurada y le dejaba disfrutar de ese instante.

Durante toda la noche estuvo haciendo el amor con Rosalie como nunca lo había hecho con otra mujer. La intensidad de su atracción no lo dejaba tranquilo. Cada vez que pensaba que había terminado con la hazaña, su cuerpo le decía que esa sería la última vez que estaría con ella y por eso debía aprovecharse hasta quedar muerto. Mientras tanto, Rosalie apenas podía abrir las piernas porque su cuerpo le dolía por más que disfrutara de las poses extrañas en que la ponía. Ese caballero era insaciable y, pese a sentirse halagada por la atención, deseaba descansar en sus brazos sin que quisiera intimidad con ella un rato.

—Debo irme en un par de horas, milady, y me siento culpable por haberme aprovechado de su inocencia. Si algún día necesita algo, por favor, no dude en buscarme en Londres. Le prometo recibirla de cualquier manera. Sería mi forma de afrontar mis culpas.

—Señor Bellamy, le agradezco su generosidad. Después de haber conocido las bondades de las que me perdía, para mí solo existe agradecimiento por darme algo que nunca experimentaría. El matrimonio no se hizo para algunos y no porque no lo quisieran, la persona ideal no apareció.

—Lo sé. Tal vez tenga que pasar por lo mismo, salvo que mi situación es más sencilla porque puedo escoger y no ser escogido. Puedo señalar a una mujer y tenerla para mí.

—Lamento ser una decepción para mis padres, doblemente decepción, puesto que no he sido varón y no he podido casarme. Esta culpa irá conmigo siempre. He roto el legado de mi padre. Somos una familia desgraciada.

—Lo dudo, milady. Con usted solo veo a alguien que no escogió esta vida, pero le toca vivirla.

Luego de una charla extensa, ella se durmió en los brazos de Christopher, exhausta debido a tanta estimulación desconocida.

A la mañana siguiente, ni él ni ella despertaron por sí solos. La señora Hunter fue a la habitación de la joven y encontró la cama como si nadie hubiese dormido en esta. Primero pensó en correr hacia la condesa, pero después pensó que Rosalie podría estar en otro lugar. Abrió la puerta de los aposentos del visitante y ahí vio a su joven ama, recostada en el pecho desnudo de ese hombre. Aquella también estaba desnuda.

Soportó el ánimo de gritar y fue hacia Rosalie, le tocó el hombro varias veces hasta que abrió los ojos, al verla ahí dio un saltó que despertó a su compañero.

—Milady, ¿qué hace aquí? No puedo creer que este caballero se aprovechara de usted...

—Señora Hunter, cálmese. El señor Bellamy no me obligó a nada. Solo me enseñó algo que nunca conocería. ¿Podría guardar silencio? No me casaré, las cosas no han cambiado. Solo le pido esta pequeña lealtad por mi reputación y por el nombre de este hombre.

Christopher todavía no sabía si estaba despierto o estaba teniendo una pesadilla con ser descubiertos. Esa desorientación duró poco cuando vio que Rosalie se vestía con lo poco que había llevado.

—Usted también, vístase, sinvergüenza —masculló la mujer que cogió del codo a la joven para llevarla hacia su habitación.

Capítulo 16

La señora Hunter estaba enfadada. Cuando llevó a la joven a su habitación, cruzó los brazos con molestia.

—¿Cree que lo que ha hecho es correcto, milady? Caer en los brazos de un aprovechado no es algo de lo que deba sentirse orgullosa.

—Señora Hunter, este hombre es la oportunidad que nunca tendré en esta vida de conocer los misterios de la vida de casada. No les diga a mis padres, nada puede pasar después de esto. Ha sido una aventura inofensiva, que no le hará daño a nadie, más bien me hizo feliz como no lo he sido en años. Solo quiero vivir este momento con intensidad para después resignarme a lo que venga. Cuando mi padre muera no sé cómo acabaré y sé que seré infeliz, por eso me permito este instante de felicidad.

—Entiendo, milady, pero si alguna vez tuvo alguna oportunidad de algo, ahora ya no la tiene. ¿Cómo le respondería a un futuro esposo?

—No existe un futuro esposo para mí y eso fue antes de que el señor Bellamy apareciera en mi vida. El matrimonio no es para todos. Incluso estoy lista para cambiar de religión e ir a un convento en Francia para darle paz a mi padre. La zozobra de no saber qué puede ocurrir conmigo lo matará de preocupación y usted lo ve cada vez que se encierra en su despacho y hace lo posible por desviar sus propios fondos para que a mí no me falte nada. No soy feliz sabiendo que soy la causante de tanta desdicha para él. Es mi persona favorita en el mundo, por más que parezca frío conmigo. Lo amo como a nadie y quiero que siempre me acompañe.

—No haga que sienta pena por usted después de lo que ha hecho. Asuma su culpa. Sabe que no es correcto lo que hizo con ese

hombre.

—No estoy diciendo que fuese correcto, señora Hunter, solo dije que me hace feliz y que es una oportunidad de conocer algo de lo que me estaba privando. Es cierto que no es lo conveniente, por supuesto que asumo esa culpa, pero no me arrepiento de mis actos porque será un bello recuerdo de vida. Guarde el secreto y no le haga daño a mi familia con esto, ya tienen suficiente con una hija soltera.

—Me hace sentir culpable cuando usted es la que debería quemarse en el fuego del infierno, milady, pero por el bien de sus padres no diré nada, solo no se convierta en una mujer de faldas ligeras después de haber probado lo que no le corresponde a una dama soltera.

—No lo haré. Solo este hombre ha logrado atraerme de tal forma a perder la cordura.

La mujer ayudó a la joven a cambiarse y arreglarse para presentarse al desayuno. También tocaría la puerta del sinvergüenza para que fuese al comedor a tratar de poner cara de buen samaritano.

Cuando Christopher abrió la puerta y vio a la señora Hunter ahí, bajó la mirada, avergonzado.

—Debería morir de vergüenza al traicionar la buena voluntad de lord Torton.

—Le pido disculpas por la grosería que he cometido, pero no tengo arrepentimiento alguno por estar en compañía de lady Rosalie. Este es el último día en el que estaré aquí y que la veré por mis compromisos.

—Para usted es fácil irse sin consecuencias, mientras quizá milady termine enamorada de un descarado y libertino que acostumbra a hacer esto con cualquiera.

—Créame que no acostumbro a hacer esto con cualquiera, señora Hunter. Respeto mucho a milady y le he dicho que si alguna vez necesita ayuda, que no dude en acudir a mí.

—Lo más probable es que termine convirtiéndola en su amante de turno. No se puede esperar nada bueno de caballeros con moral ligera.

Aquella se desquitó y se retiró con altanería. Era el primer lugar en donde veía que la servidumbre tenía poder de algo, puesto que en su casa eso sería imposible. Su madre jamás permitiría el levantamiento de alguno de ellos en contra de su familia por más razón que tuviesen.

Fue al comedor y ahí vio a Rosalie antes de que sus padres llegaran.

—No fue el despertar que imaginaba —confesó Christopher con una sonrisa.

—Tampoco yo, pero he convencido a la señora Hunter de que no me delatara.

—Aunque fue a desquitarse conmigo. Le faltó poco para escupirme en la cara.

—Perdónela, es una mujer apasionada cuando se trata de defender lo que cree correcto.

—Comprendo, milady.

—Buen día, querida —saludó la condesa con un beso en la mejilla de su hija—. Buen día, señor Bellamy, ¿la habitación ha sido cómoda para usted?

—Buen día, madre. —La joven sonrió ante la muestra de afecto de su progenitora.

—Buen día, milady. Sí, ha sido confortable. La temperatura fue ideal para un buen descanso.

—Me alegra saber que no ha pasado frío. El invierno suele ser cruel, usted sabe...

El conde se presentó unos minutos después de haber mirado por la ventana si todavía seguía cayendo nieve. Para su buena fortuna, ya no, y sus sirvientes habían aprovechado para limpiar el camino para que su visitante pudiese regresar.

—Buen día... —saludó el conde de forma general—. Ha dejado de nevar, señor Bellamy. Mis sirvientes han limpiado el camino para su comodidad.

—Que no se malentienda que lo está echando, padre —alegó Rosalie con las mejillas rojas. Su progenitor parecía ansioso por deshacerse de la visita.

—No se trata de eso, Rosalie. Si milord no sale hoy de este condado, puede olvidarse de llegar para Navidad en su próximo destino —declaró el conde con tranquilidad.

—Es cierto, lord Torton. Debo recoger a mi amigo para continuar el viaje en un par de horas. Él debe estar preguntándose qué ocurrió conmigo.

—Entonces siéntense a desayunar para que el señor Bellamy pueda cumplir con sus compromisos.

Los cuatro se sentaron a la mesa rodeados por los sirvientes de la cocina y el ama de llaves. La señora Hunter no despegaba su mirada del invitado. Solo esperaba que pronto se levantara y se fuera.

Capítulo 17

Al abandonar la mesa del desayuno, Christopher procedió a despedirse de todos en la casa. Agradeció con gracia la hospitalidad de la familia y Rosalie se ofreció a acompañarlo hasta la puerta de su carruaje. Se cubrió con un chal y de cierta manera se abrazó a su cuerpo al ver que su aventura de dos días terminaba para siempre.

Christopher sentía el corazón pesado y no solo porque se iba, sino porque había mentido en su título, mas eso hizo que él se diera cuenta de que ella no estuvo con él esperando ser la duquesa de Cousin. Rosalie merecía saber la verdad en esta despedida.

—Gracias por el tiempo tan maravilloso que me ha brindado, milady. —Él cogió la mano de ella para dejar un beso.

—Quizá para mañana esto no signifique nada para usted, pero para mí ha resultado ser el mundo entero. Gracias por su atención, señor Bellamy.

—Milady... No soy el señor Bellamy. Ciertamente, soy Christopher Bellamy, pero soy el duque de Cousin. Si me necesita, búsqueme así. Lamento haber mentido; sin embargo, lo hice porque me sentía agobiado por las damas empeñadas en conquistarme. Como el señor Bellamy nadie se me acercaría, salvo usted que me ha visto de otra manera y no como el hombre rico que todas quisieran conquistar.

Rosalie quedó sorprendida con esa información, pero nada cambio en su percepción sobre él, solo que debía ser más educada.

—Fue un placer, excelencia. —Ella hizo una reverencia y él correspondió con un gesto de cabeza antes de subir al carruaje.

Cuando la portezuela se cerró, Rosalie supo que cualquier anhelo debía desvanecerse y que los recuerdos deberían ser

suficientes para afrontar el futuro de soledad que le esperaba.

Christopher trató de no pensar en nada más, pero mientras el carruaje se alejaba de la propiedad de lord Torton, la presencia de Rosalie en su mente se hacía incesante. Era algo que no había atravesado en su vida. La sensación de soledad y vacío era desconocida, porque estaba acostumbrado a llenar los espacios con mujeres, amigos y alcohol; no obstante, conoció a alguien que hizo una diferencia en su cabeza, en su percepción de las personas y de las cosas.

Cuando llegó a la residencia de la tía de Jeffrey, su amigo estaba desayunando.

—Vaya, pensé que te moriste —espetó Jeffrey al verlo—. Te imaginaba sepultado bajo varios centímetros de nieve.

—Para mi buena fortuna estoy con vida porque lord Torton dejó que me quedara a dormir en su propiedad.

—Eso es algo que no consigue cualquiera, qué hombre tan hospitalario, ¿cómo le agradeciste?

—Acostándome con su hija en su invernadero y mi habitación —contó con tranquilidad antes de sentarse.

Jeffrey dejó que su tenedor cayera sobre el plato.

—¿Te atreviste a tocar a una mujer soltera de una familia de la nobleza? Eso es arriesgado, es como dispararse en el pie. Estás demente, Christopher. Esto puede ser un gran problema si ella llegara a acusarte, te llevaría al altar y eso es terrible.

—No es tan terrible si es con lady Rosalie. Ella es el cielo y el infierno a la vez. Cuando estoy cerca siento que me quemo y que con sus manos calma mi calor.

—Dios, estás totalmente perdido. Debemos partir en un rato más. Descansa y nos vamos. El objetivo es recuperar al viejo Christopher, ese que está viviendo una vida que no es suya. Que el señor Bellamy no te absorba por completo, vivir una vida como un señor siempre es más tranquilo que buscar un heredero para un título antiguo para que continúe en la familia.

Por un lado, Jeffrey tenía razón, pero cómo él todavía seguía fiel a las mieles de sus encuentros, no podía pensar con suficiente claridad.

Horas después partieron de ese pueblo para ir al siguiente, en donde pasarían las fiestas y se quedarían un par de semanas más.

***

Dos meses después...

El duque estaba en compañía de su amigo y ambos iban camino a Londres para regresar a sus vidas normales, pero Christopher no podía irse sin ver a Rosalie. Lejos de olvidarla, se clavó como una estaca en su corazón. Quería verla y compartir un par de besos más antes de continuar el viaje. También consideraba que visitaría ese condado cada año para verla, ya que no podía sacarla de su cabeza.

Cuando llegó a la posada para descansar, pidió que le dieran un caballo para ir a la propiedad de lord Torton.

Cabalgaba con la plena esperanza de ver a Rosalie y poder contarle sus vivencias y la cantidad de mujeres que había rechazado en su estancia en el otro pueblo. Esperaba que se sintiera orgullosa por no haber manchado el recuerdo que compartían en sus cuerpos, era como una extraña forma de fidelidad.

Al llegar cerca de la entrada, vio a un jardinero que cuidaba aquel jardín que meses atrás estaba lleno de nieve. El lugar era más hermoso de lo que había creído.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó el sirviente que dejó lo que estaba haciendo para prestarle atención.

—He venido a ver a lady Rosalie.

—Eso no será posible, caballero. Lord Torton se mudó con su familia a otro condado. Apenas supieron que la condesa por fin estaba embarazada de nuevo, partieron para vivir en una propiedad más grande recién adquirida por el conde.

El alma de Christopher cayó al suelo de una manera en que no podía expresar su frustración y tristeza. Lo único bueno era que, al parecer, lord Torton había cumplido con su cometido. Esperaba que esta vez tuviese un varón que asegurara la vida de Rosalie.

—Le agradecería que me dijera a qué condado se han ido.

—Creo que, a Durham, no lo recuerdo con exactitud.

—Gracias...

Por primera vez en mucho tiempo, su cabeza pensaba más rápido que de costumbre. Él no podía dejar de saber en donde se encontraba Rosalie. Debía encontrarla de alguna manera, deseaba volver a verla y si no lo hacía, podría asegurar que se volvería loco en poco tiempo. Cómo duque, extendería su influencia para encontrarla, ella no podría esconderse de él.

Capítulo 18

Dos años después…

La duquesa, madre de Christopher entró al despacho de él con una sonrisa.

—Estás muy ocupado con toda esta correspondencia, cariño, puedes dejarlo para otro momento. Tu prometida está aquí, ha venido a tomar el té conmigo, pero quiero que estés con nosotros.

Christopher ni siquiera le dedicó una mirada a su madre.

—No es mi prometida, no le he pedido matrimonio, ni se lo voy a pedir, madre. Es su candidata, pero no la mía.

—Esa mujer a la que has estado buscando por tanto tiempo desapareció, Christopher. Te quedarás solo si sigues así.

—No pierdo la esperanza de hallarla. He buscado mucho, pero no me rindo. Tengo a varias personas buscándola y lo conseguiré.

—Creo que lo fundamental es que te propongas un tiempo límite. Si en tres meses más no aparece, aceptarás a esta buena joven que tiene un excelente perfil para duquesa. Si la escogí yo es porque en verdad merece ser mi sucesora.

—No lo dudo, madre, pero por favor, le pido que me excuse con la joven. Dígale que tengo papeles importantes que requieren mi atención inmediata.

—Estás siendo tonto, pero lo haré esta vez.

Su madre le dio un beso en la frente y después se retiró.

Christopher pudo respirar una vez que su progenitora se fue. ¿Por cuánto tiempo más podría soportar la insistencia de su madre

para que se casara con lady Isabella Cavendish? Era de excelente familia, hermosa y talentosa, pero él no había podido dejar de pensar en Rosalie desde que la dejó en aquel condado hacía dos años atrás. Desde ahí se había dedicado a buscarla pagando a muchas personas que le dieran información sobre lord Torton, aunque la tierra parecía haberse tragado su nombre y a toda su familia.

Cada correspondencia que recibía lo golpeaba al no tener noticias de esa mujer que lo dejó tan perturbado.

Cuando vio una carta que era de uno de sus enviados, supo que no era nada. Casi la pasó por alto, pero al abrirla, entendió que ahí había algo.

Su excelencia.

Ha llegado el momento de transmitirle buenas noticias. Lady Rosalie Rochester ha regresado a su hogar en Yorkshire hace aproximadamente una semana y lo ha hecho con sus padres y su hermano pequeño.

Me alegra poder ser quien le diera las buenas nuevas.

Atentamente.

Chester.

El duque dejó lo que estaba haciendo para caminar como un demente por su despacho. La había encontrado y no podía creerlo. Sin dudar salió a largas zancadas, cruzando el jardín con rumbo a las caballerizas. Ni siquiera se dio cuenta de que había atravesado el lugar en donde su madre e Isabella se encontraban.

Al llegar a las caballerizas, miró a su capataz y le sonrió.

—Ha llegado el día. Preparen mi carruaje para partir a Yorkshire. Tienen una hora para alistarse. Dile al cochero.

—Sí, excelencia.

Él regresó y pasó cerca de las damas, ignorándolas. Al entrar en la casa, llamó a su sirviente, Arthur, para que se acercara.

—Diga, excelencia…

—Prepara mis baúles y los tuyos, nos vamos a Yorkshire.

—¿Yorkshire? ¿No le parece que es una decisión apresurada, excelencia?

—No, no es apresurada. Milady está ahí y necesito abordarla antes de que vuelva a irse.

—Oh… —Arthur estaba sorprendido de que la paciencia de ese hombre diese frutos. Nunca lo vio tan obsesionado con algo como con encontrar a esa mujer que lo tenía muy mal desde que la conoció. No había vuelto a tocar a ninguna otra, puesto que no se sentía atraído por nadie más. Solo ella permanecía en su mente.

—Tendré lo que quiero, es mi momento.

—¿Y si se ha casado?

—Chester dijo que solo estaba con su hermano pequeño y sus padres, no habló de esposo.

—Entonces no hay mucho que perder, excelencia.

—Iré ahí y le pediré que se case conmigo, no puedo estar otro día más sin ella.

—Lo acompañaré para que esté seguro. Esta vez no irá con su amigo.

—No quiero distraerlo de sus conquistas para ir conmigo a ningún lugar. Esto debo hacerlo solo.

***

Yorkshire…

Rosalie había regresado a su condado, a su casa y a sus recuerdos. Cuando pisó su residencia otra vez después de dos años de ausencia, a su mente acudieron sus últimos días ahí. El duque de Cousin era lo primero que aparecía con su gran altura y elegancia, sus ojos azules y el cabello rubio. Mataría por volver a verlo y agradecerle de nuevo todas las bendiciones que habían llegado a su vida de la mano de él.

—Esta será la habitación de Robert —dijo la condesa refiriéndose a la antigua habitación de invitados en el que se había quedado el duque.

—Sí, me parece apropiado, es la más amplia, madre.

La condesa la abrazó con tanta fuerza que casi la dejó sin aliento.

—Oh, Rosalie…

—No diga nada, madre. Sé que está muy emocionada por tener a este niño. Es lo que todos esperábamos.

—Fueron tantos meses de incertidumbre y pérdidas.

—No se acuerde de eso o se le romperá el corazón como a mí. Lo importante es que Robert ya está aquí entre nosotros. Mi padre lo está malcriando, mostrándole a un pequeño de dos años lo que hará cuando sea grande.

—Es que no quiere perder más años. Su hijo ha llegado y le está enseñando lo que puede, es tiempo para dejarlo hacer lo que quiera.

—No lo he visto tan feliz en toda mi vida, madre.

—Es que tiene muchas razones para estarlo. Esperemos que nos dure muchos años más.

Para la hora de la tarde, Lauren, había ido a visitarla para mostrarle su anillo de compromiso. Habían mantenido correspondencia durante esos años de ausencia de Rosalie.

—Mi futuro esposo me hace tan feliz, Rosalie —comentó Lauren.

—Sí, me imagino que te da ilusión de que muera de un infarto para ser una codiciada viuda.

—Para ser una codiciada viuda, primero tengo que casarme. Además, no es tan viejo. Archibald es un hombre de negocios de poco menos de cincuenta años. Es más, de lo que puedo pedir. Me casaré y es lo que importa. Nadie quiere a un caballero joven que no sabe lo que quiere. Mi prometido me necesita y yo a él. No hay nada que una almohada en un futuro no solucione si las cosas salen mal.

Capítulo 19

—Qué afortunada eres. Tienes un prometido, yo solo tengo a Robert que es solo un niño insoportable en ocasiones, pero sirve para mantenerme. Tendré que vivir con él por el resto de mi vida. No se oye mal, tengo asegurado mi futuro con un hermano.

—Es cierto. No hace falta que te cases, pero ¿no quieres que te presente a algún amigo de mi prometido? Es para que no pases sola tantas noches.

—Entiendo lo que quieres decir y lo agradezco, pero ahora no me apetece. Tal vez me siente a esperar que el duque de Cousin regrese a este condado en el futuro. Es alguien que me agradó mucho.

—Él ya debe estar casado, alguien de su estatus no puede quedarse sin esposa por mucho tiempo. Debió haber encontrado a una dama.

—Sí, es lo más probable, pero como dijo que en un par de años no lo planeaba, me hizo tener esperanzas. Dos años lejos de aquí han sido amargos pensando en que pudo haber venido a buscarme. Puede sonar optimista, pero sentí cosas increíbles en esos días a su lado que todavía no desaparecen.

—Pues debió ser tan maravilloso. También muero por tener a mi esposo en la cama. Espero que sea un caballero interesante ahí, puesto que gracias a ti mis expectativas pueden ser poco realistas para alguien de su edad.

—Ten fe de que sabrá corresponder a tu deseo. Ve con eso hacia el altar.

—Por supuesto que sí. Sabes que en un mes estaré casada. Parezco recluida en una celda, porque paso los días contando con

decirles a todos que seré la esposa de alguien, que esta solterona lo ha logrado y no importan mis métodos, solo el resultado.

—Tú sí que sabes cómo hacer para casarte, Lauren.

—Lo importante no es alcanzar el nido más alto, sino el que más rápido quite el hambre. Esto es supervivencia femenina.

A Rosalie no le salían palabras para replicar ante el ingenio de Lauren. Esta joven había probado todas las tácticas conocidas para conquistar, mas le enseñó algo que ninguna institutriz podría, al menos no con tanta claridad: no buscó al mejor candidato, más bien, se centró en aquellos a los que nadie quería, teniendo un gran número de pretendientes ahí, hasta tuvo la bendición de poder escoger al que sería su compañero. La veía feliz, por lo que consideraba que su amiga tomó la mejor decisión posible. Sería una mujer casada, rica y tendría a sus hijos. A su edad eso no era algo convencional y era digno de admirar.

A veces envidiaba la suerte de Lauren, porque no tenía prometido, ni siquiera un buitre sobrevolando su cabeza. Era un poco triste, pero ya había vivido lo que deseaba y en ese instante tenía otras responsabilidades, como ocuparse de que Robert no muriera a causa de cualquier objeto. Era un niño demasiado curioso y travieso, que no medía las implicancias de lo que hacía.

Desde hacía tiempo era como su niñera. Amaba estar a su lado, darle postres franceses con un poco de té. Ambos tenían los mismos gustos y hasta gestos al comerlos.

Una vez que Lauren se fue, Rosalie entró a la residencia y ahí vio a su padre llevando a Robert en sus brazos. Aquel se había quedado dormido.

—Mira a este pequeño demonio. No ha podido resistir su propio genio. Es un niño tan inteligente y perspicaz... —comentó entregándolo en los brazos de ella.

Rosalie le dio un beso en la frente a su hermano y después acarició sus cejas oscuras.

—Lo llevaré a su habitación y después cenaremos, padre. Si despierta más tarde le diré que mañana iremos a buscar bayas al bosque, eso le encanta.

—Este niño es goloso... —El conde tocó el cabello de Robert y lo miró con emoción contenida, aquel era su mayor orgullo.

Ella fue escaleras arriba tarareando una canción para que el niño siguiera dormido para que ellos pudiesen cenar tranquilos más tarde. Su niñera se encargaría de él si despertara fuera del horario convenido, cosa que solía hacer si tenía hambre o estaba enfermo. Cuando lo dejó en la cuna, siguió haciendo lo mismo, ya que se estaba inquietando un poco y solo su voz lograba calmarlo. Una vez que dejó de moverse como un pequeño gusano, Rosalie pudo ir a la planta baja para leer un libro. No tenía mucho que hacer en ese horario. Era más bien para prepararse para la gula y juegos con sus padres. Siempre lo hacían, por más que los años pasaran. Después del nacimiento de Robert, aseguraron que los cuatro estarían siempre juntos. Él había llevado tranquilidad a esa casa, puesto que nadie podría despojarla de su hogar, ya que su hermano era el heredero y el señor Rochester no podía hacer mucho por apropiarse de nada, se quedaría con las ganas de hincarle los dientes al título.

—Creo que iré al pueblo a comprar vestidos en estos días. Los que tengo están raídos por mis paseos —comentó la joven, sonriente.

—Aprovecharé para ir contigo, querida —dijo la condesa—. Nos falta renovar nuestro guardarropa después de un par de años.

—Menos mal ya tenemos a alguien que sostendrá todos estos gastos en el futuro y cuidará de usted. Todas mis preocupaciones se han desvanecido y en cualquier momento puedo morir en absoluta paz.

—No diga eso, padre. Los gusanos no querrán escuchar sus quejas —alegó Rosalie que bebió una copa de vino.

—He sido demasiado duro contigo, Rosalie, pero sabes que me arrepiento y te pedí perdón a mi manera.

—Sí, a su manera. Para mí es suficiente. Lo conozco demasiado bien para saber cuándo es sincero, padre. Mi corazón jamás le guardaría rencor por su preocupación mal dirigida, solo fue su desesperación por mi futuro incierto lo que hablaba por usted. Robert hizo que mejorara mucho como padre, nunca ha sido malo, pero sí crítico y con pensamientos demasiado fuertes para que cualquiera que tenga un corazón sensible los escuche.

—Torton, no busques que tomen ventaja de ti en tu propio juego —se regodeó la condesa burlándose de su esposo que siempre quería ganar.

Capítulo 20

A la mañana después de que la condesa y Rosalie hubiesen querido salir, la lluvia de la noche aguó sus planes. Estos habían quedado para el día siguiente. No era bueno arriesgarse a salir durante las copiosas lluvias o durante la nieve.

A Rosalie no le quedó más que quedarse a leer cerca de una lámpara, ya que el día era tan gris que la casa había perdido ese brillo primaveral que solía destacarla.

—Las bayas... —pronunció Robert que estaba en el acto de decapitar a su segundo caballo de madera mientras lo golpeaba contra el suelo.

Bajó su libro por un segundo para prestarle atención al niño.

—Hoy no saldremos. El día está gris. ¿No tienes miedo de que el caballo venga a arrancarte la cabeza mientras duermes? Le encantan los días lluviosos para castigar a los niños destructores como tú —musitó con cierta burla en sus palabras.

—Rosalie... —gruñó su madre que estaba bordando—. Es un niño, déjalo que haga lo que quiera. Es nuestro tesoro.

—Madre, ¿no teme a que algún día se vuelva un tirano con nosotros y quiera arrancarnos la cabeza de un mordisco? A los niños caprichosos se los come el caballo malo.

Robert corrió hacia los brazos de la condesa para refugiarse.

—Oh, querido. No le hagas caso a Rosalie, solo le preocupa que destruyas otro caballo. Te compraremos otro animal de madera, ¿qué te parece un faisán con las alas abiertas?

—¡Sí! ¡Faisán!

El niño saltaba con alegría por el salón por más que, dos segundos antes hubiese estado a punto de orinarse los pantaloncillos por el miedo.

—Bien, hay que premiar su mal comportamiento, eso es lo que hacen los padres negligentes.

La joven volvió a su lectura, tendría un día entero para poder devorar ese libro. Por la tarde no tenía mucho más que hacer que quizá bordar algunas cosas y preparar otras para dar a la caridad. Su vida parecía estar enfocada hacia ayudar a los demás. Lauren había dejado de hacerlo porque consiguió un prometido y ya no necesitaba salir de su casa con tanta frecuencia. Le parecía algo frívolo, pero entendible. Ambas pasaron años en la misma situación, entonces se comprendían casi a la perfección.

Su vida se basaba en una rutina que tenía mucho que ver con paseos, música, juegos de mesa, costura, alimentar a las gallinas, leer, comer y dormir. No había mucho más en su diario vivir. Esporádicamente iban al pueblo o a cualquier otro lugar. No tenían familiares cerca, por lo que no aparecían muchas personas por el sitio. Era muy solitario. Solo Lauren y la señora Hunter eran sus confidentes, cada una en diferente forma.

Para el día siguiente el clima había mejorado y el sol radiante amenazaba con tostar su piel. En compañía de su madre subieron al carruaje para partir hacia el pueblo. Llevaban sombreros y sombrillas. Gastar dinero las ponía de buen humor, mientras dejaban a lord Torton en compañía de Robert, la niñera y la señora Hunter.

Ella y su madre llevaban años sin comprar vestidos de Londres porque habían dejado de ir después de una cuarta temporada triste y desabrida para Rosalie. En el pueblo llegan un poco tarde las tendencias de la gran ciudad, pero ellas estaban felices con lo que obtendrían. Las expectativas después de un buen tiempo sin comprar eran grandes.

—¿Cree que debería cambiar a tonos más oscuros, madre? Ya no soy una dama joven... —dijo la joven observando telas y vestidos confeccionados previamente.

—Eres una dama soltera, deberías vestir los colores de siempre. Te harán ver más joven.

—¿Más de lo que ya me veo?

—Ese es un defecto y no podemos hacer nada. Debes resignarte con lo que tienes.

Su madre aún seguía tratándola como una debutante, pese a haber desperdiciado tiempo y recursos en ella. No importaba, estar cerca de su progenitora era un gran consuelo.

Pasaron horas en la tienda. Llevaron un par de vestidos confeccionados y se quitaron medidas para que la modista hiciera otros más sencillos para prendas de casa y paseo por el monte. También cogieron zapatos, guantes y listones como si no hubiese mañana.

Las dos salían felices del lugar, mientras el pobre cochero trataba de ubicar las compras en el carruaje. Cuando Rosalie iba a subir, perdió el pie y casi cayó en la vereda, pero unos brazos cálidos la acogieron.

—Lady Rosalie... —dijo Christopher que llevaba unas horas recorriendo el pueblo pensando en qué podía llevar para aparecer por la propiedad de lord Torton, pero no tuvo que hacer mucho para hallarla. Su mente parecía atraerla.

Cuando ella miró a su salvador, se quedó de piedra y los nervios la consumieron. Su respiración se aceleró y unas terribles ganas de llorar la invadieron.

—Su excelencia... —Pudo articular con dificultad.

La condesa abrió su abanico con una extraña desesperación al ver a ese hombre.

—Me enteré de que ha regresado, lady Rosalie. Debo confesar que he estado buscándola durante estos dos años. Supo esconderse bien...

Él no dejaba de mirarla. Ella no había cambiado en nada, tal vez estaba más delgada, pero no más que eso. Seguía siendo esa misma mujer que recordaba.

Rosalie tuvo que calmarse para poder hablar y ser esa misma mujer desenvuelta que antes lo había atraído, aunque el impacto de verlo era demasiado para recuperarse tan pronto. Se incorporó de los brazos de él y extendió su mano para que la besara.

—Tuvimos que irnos a una propiedad más lejana que mi padre adquirió y queríamos convertirla en un hogar... —comentó fingiendo tranquilidad.

—Una carta no le hubiese hecho daño, milady...

El carraspeo incómodo de la condesa interrumpió aquella conversación que la excluía.

—Oh, disculpe, lady Torton. Es un placer verla.

—Vaya, no sabía que era un duque, señor Bellamy.

Su hija agachó la cabeza al oírla decir eso. No había contado nada porque lo mejor era mantener la identidad del duque en secreto.

—Se lo confesé a milady el día en que me fui. No creo que esa información cambiara la percepción de alguien, ¿o sí?

Capítulo 21

—Por supuesto que no. De hecho, le hubiésemos atendido mejor y nos hubiésemos disculpado por nuestras creencias.

—Eso era exactamente lo que quería evitar ocultándome de la gente. Ustedes fueron hospitalarios sin saber nada. Quería felicitarla por su hijo. Ha llegado hasta mí el rumor de que ha podido concebir al heredero de lord Torton.

Rosalie se sentía desvanecer con lo que decía. ¿Cómo sabía tantas cosas de ellos?

—Sí, nuestro pequeño Robert. Es una gran bendición y la solución a los problemas de soltería de Rosalie. No tendrá que preocuparse por nadie que quiera sacarla de su casa. Vivirá bajo el ala de su hermano —replicó la condesa, abanicándose el rostro—. Querida, debemos irnos...

Pese a que estaba nerviosa por la presencia del duque y porque su madre se había enterado del título del hombre, quería quedarse más tiempo para conversar, pero dudaba mucho que su progenitora la dejara a solas con él.

—¿Se irán tan rápido? —preguntó Christopher, apresurado.

—Al parecer, sí... —confesó Rosalie en desacuerdo con su madre.

—No es que parezca, lo haremos. Sube —ordenó su madre.

—Qué grosera, madre. Hasta pronto, excelencia...

—Iré a su casa mañana para saludar a su padre y conocer a su hermano, milady. Llevaré un lechón para quedarme al menos por

ese día. Disculpen que me tome ciertas libertades, pero quisiera entablar una comunicación más fluida con ustedes.

Lady Torton estaba pálida como un papel. Tenerlo en su casa de nuevo no era algo que su esposo y ella pudiesen festejar. Era una locura meterlo bajo su techo en una segunda ocasión, pero como no podía ser grosera, sonrió y asintió.

—Por supuesto, excelencia... Vamos, Rosalie.

Christopher estaba un poco confundido con la actitud de la condesa, puesto que antes había sido muy amable y en ese instante se mostraba esquiva y demandante con Rosalie. A ella también la notaba extraña, ya que parecía nerviosa al cruzarse con él. Esperaba que le sonriera o algo similar. Cuando las vio subir al carruaje e irse, una idea terrible cruzó su mente: ¿y si estaba comprometida y no sabía cómo decirle? Por un segundo su estómago completamente revuelto. No había esperado dos años buscándola sin descanso para perderla. Debía hacer algo para que quien estuviese interviniendo entre ellos se hiciese a un lado y no dudaba en que pondría ese condado de cabeza para destrozar a quien osara tocar a Rosalie.

Dentro del carruaje, la condesa sacó su pañuelo y comenzó a secarse la frente, mientras Rosalie se mantenía en silencio.

—Estás en un gran lío, jovencita —espetó su madre con tono rígido.

—Lo sé, no he dado detalles sobre él.

—¡Era un duque! ¡Un duque y no un simple caballero! ¡Cómo pudiste ocultarnos algo así!

—No tenía sentido si no volvería a verlo, madre. ¿Por qué tendría tanta importancia? Él quiso ocultarlo y yo le concedí eso.

—¡Torton se morirá y si eso pasa será tu culpa!

—Madre, ese ni siquiera es el problema ahora mismo. ¿Qué haremos cuando vaya a casa?

—Actuar normal, ¿qué más podríamos hacer?

—¿Y Robert?

—Robert no molestará a nadie, tiene a su niñera. No hace falta que el duque lo conozca, no se perderá de nada, es un simple niño.

Los nervios de Rosalie no podían ocultarse con la simpleza de los pensamientos rápidos de su madre para solucionar problemas. Esperaba que su padre no quedara impresionado ni exagerara con el asunto del duque por su título.

Las dos mujeres olvidaron su buen rato de compras. Iban en silencio, con los rostros serios, ninguna quería encender la llama de la locura.

Al llegar a la propiedad, la condesa de Torton no tardó en bajar del carruaje e ir a buscar a su esposo. Lo que tenía que decir no podía esperar demasiado. Mientras tanto, Rosalie suspiraba con cansancio al darse cuenta de que tendría una tarde difícil en esa casa.

—¡Rosalie! —llamó lord Torton desde el pasillo.

Ella se sobresaltó al darse cuenta de que no solo pasaría mal la tarde, sino que también parte de la noche y un poco más.

—Padre... —pronunció con temor.

—¿Por qué no dijiste nada? —increpó molesto.

—No iba a volver a verlo, padre. ¿De qué serviría decirle algo? ¿Hubiese cambiado lo que pasó?

—No solo deshonraste tu hogar, también ocultas que ese hombre era importante. ¿No dimensionas el problema?

Rosalie tomó valor para enfrentar a su padre.

—No. No hay problema, he visto soluciones por todas partes tal como ustedes. Todo resultó ser conveniente para nosotros. Su reputación está a salvo y la mía también, padre. Aquí salimos ganando y no perdiendo.

—Torton... —interrumpió su esposa—. Temo lo que pueda pasar de aquí en adelante. ¿Por qué ha regresado ese hombre? ¿Por qué ha estado buscando a Rosalie?

—No quiero saber de eso. Si viene aquí, ¿qué haremos?

—Como ha dicho mi madre en el carruaje, actuar normal. No tratarlo diferente, déjenme solucionar el asunto. Tal vez el duque solo quiera revivir lo que tuvimos tiempo atrás.

—No podríamos dejarlo en confianza contigo, si hay algo que perdimos contigo fue la ingenuidad de creer que por estar soltera te comportarías —reprochó su padre.

—Solo quiere verme, dejen que me encargue. ¿Cuánto tiempo creen que se quedará? No caeré en la tentación dos veces. He aprendido la lección...

Sus padres no confiaban en la fortaleza de su hija, pues sabían todo lo que ella había confesado años atrás, entre sus confesiones se encontraban las que hablaban de sentimientos por el duque, unos que, evidentemente no habían podido desaparecer con estos años. Temían que la felicidad que vivían se viese truncada por la aparición de ese hombre.

Durante el resto de la jornada, Rosalie se sintió como un fantasma caminando por la casa sin poder concentrarse en nada. Salir a caminar no había despejado su mente. El regreso de Christopher la había convertido en un verdadero espectro pensante. Por un lado, estaba feliz y, por el otro, se sentía temerosa de lo que

podría ocurrir. ¿Por qué había regresado? ¿Era posible que quisiera revivir algo o tenía otras razones ocultas?

Capítulo 22

Christopher estaba hospedado en la misma posada que años atrás. Todo ese lugar le recordaba a su aventura con Rosalie. Ese día fue al pueblo y compró un lechón para llevarlo como si fuese una ofrenda silenciosa para contentar a los dioses del mal genio. La noche anterior estuvo considerando que, Rosalie debió decirles lo ocurrido o la señora Hunter la delató apenas se fue y lo veían como un potencial enemigo y no como antes. Lamentaba que la imagen que habían tenido de él se echara a perder, pero suponía que, pidiendo la mano de su hija todo se solucionaría.

Partió en su carruaje con blasón, ya no tenía razones para ocultarse. Había ido a ese sitio para conseguir algo y lo haría sin importar nada más. Trataba de mantener la calma durante el trayecto a la propiedad de lord Torton y no pensar en todos los escenarios que tenía en su cabeza, desde un pretendiente para Rosalie hasta el odio justificado de sus padres por arrebatarle la virginidad a su hija. Tanto nerviosismo solo podía deberse a alguna cosa extraña.

Al llegar a aquel paisaje familiar, el duque se remontaba a un momento feliz de su vida, que era haberse quedado una noche en casa de lord Torton. Esperaba que Rosalie le diera otro paseo por el invernadero en algún momento, quizá pedirlo al llegar no fuese lo ideal.

Chester iba en compañía del cochero, a ese hombre lo tendría en su propiedad, era alguien útil e inteligente.

Cuando llegaban, vio que un hombre salía de la casa a caballo. Era evidente que se trataba de la persona que llevaba la correspondencia al conde. Christopher bajó del carruaje y, antes de que la señora Hunter cerrara la puerta, él se acercó.

—Buen día, señora Hunter... —Christopher hizo una seña a Chester para que se acercara con el lechón.

La señora Hunter casi se desmayó al ver ahí a ese hombre. Retrocedió y permaneció pasmada.

—¿Chester puede llevar esto a su cocina, señora Hunter? Quería darles una pequeña sorpresa y veo que ha resultado. ¿Puede anunciarme con lord Torton? Primero lo saludaré, ya que ayer vi a milady y a lady Torton en el pueblo.

La mujer no podía reponerse con premura de lo que veía. No sabía qué hacer. Nadie le había dicho que lo habían encontrado en algún lugar.

—Yo... Pase... —La señora Hunter se hizo a un lado.

El duque entró a la casa y tan solo al poner un pie en ella, el aroma a lavanda lo golpeó con suaves oleadas de recuerdos. El tiempo con Rosalie fue corto, pero demasiado intenso para dejarlo pasar.

—Usted, pase por este pasillo y dígale a la doncella que se encargue —ordenó la señora a Chester—. Iré a por el conde. Siéntese, por favor.

No se sentó, comenzó a recorrer ese salón y le encantaba ver que nada había cambiado, salvo que pisó algo extraño. Al levantar el pie vio una cabeza de caballo hecha de madera. Se agachó y cogió aquello para mirarlo más de cerca. Poco tiempo después oyó pasos, pero no eran de lord Torton, sino que eran de Rosalie.

—Buen día, excelencia —saludó con una reverencia.

Él acortó distancia con presteza y cogió su mano con una familiaridad que podía desarmar a Rosalie.

—Buen día, milady —replicó sonriente—. Es un placer volver a verla y regresar a este lugar.

Rosalie se estrujó las manos con nerviosismo al ver lo que él tenía en la mano.

—Encontré esto. Es curioso que alguien odiara tanto a un caballo para decapitarlo. Quien lo hizo es un ser malvado —afirmó burlón al ver que ella miraba lo que tenía en una de sus manos—. Supongo que fue su hermano menor. Si es como usted, debe ser un niño encantador. Considero que sus padres solo pueden traer perfección a este mundo.

El color rojo subió hasta las mejillas de Rosalie y sintió el ardor inmediato que auguraba una gran vergüenza por ese halago.

—Excelencia...

—¿Me creerá si le digo que he venido porque no he podido más con su ausencia, lady Rosalie? Quiero conversar con su padre sobre un asunto muy importante para todos. Tengo una curiosidad, ¿ha pensado en mí en estos años?

«Cada maldito día» pensó, pero no podía decirle algo así.

—Sí, lo hice, solo que no esperaba que cumpliera con sus planes de regresar, tal vez ya lo imaginaba casado con alguien después de tanto tiempo.

—Mi madre ha buscado a una prometida para mí, es una Cavendish, pertenece a una familia importante...

El corazón de Rosalie estaba junto a sus pies. Sintió como este se había bajado hasta ahí por la impresión.

—Comprendo, excelencia —musitó bajando la cabeza con resignación.

—Pero no la he aceptado, porque quería verla a usted. ¿Su jardinero no le dijo que volví aquí unas semanas después de irme? Me dijo que fueron hacia Durham o algo así, no lo sabía con claridad.

Los ojos de Rosalie se abrieron con sorpresa al darse cuenta de que él la había buscado otra vez.

—¿Por qué regresó?

—Porque...

—Duque de Cousin, ¿eh? —interrumpió lord Torton al ver a Christopher conversando con su hija a solas.

—Lord Torton. —Christopher hizo una reverencia—. Lamento haber ocultado ese detalle insignificante.

—Ajá, insignificante... —repitió el conde.

—Así es, milord. No le presto importancia al título cuando me importan las personas.

—Pues al momento de deshonrar a mi hija le pareció conveniente callarlo.

—Quisiera conversar sobre eso... —afirmó el duque, nervioso por la mirada escrutadora que le dirigía el hombre.

—Primero leeré la carta que me ha dado la señora Hunter y después hablaré con usted.

El conde se sentó en uno de los sillones y rompió el sello que se le hacía demasiado conocido, era de su primo, el señor Rochester.

Estimado lord Torton.

Es un placer saludarlo después de mucho tiempo. Lo hago porque ha llegado a mí la feliz noticia de que ha concebido al heredero de su fortuna. Para mí es un

gran alivio no estar al pendiente de esta herencia, por lo que no puedo más que ofrecerle a usted y a su esposa mis más sinceras felicitaciones después de veintiséis años. Fue un verdadero milagro de Dios.

Tenga a bien saludar a su querida hija a la que no he visto en varios años. Quedará bien cuidado por su hermano. Si necesita algo de mí, si quiere que lo ayude en caso de necesitarlo, no dude en acudir a mí. Será un placer prestarle mi ayuda.

Con respeto.

Señor Rochester.

Capítulo 23

El conde quedó verdaderamente desconcertado al terminar la carta, puesto que se había hecho una idea distinta del señor Rochester.

—¿Son malas noticias, padre? —preguntó Rosalie acercándose a él con preocupación al ver su rostro serio.

—Pues no sé cómo tomarla, es del señor Rochester.

Rosalie se tensó.

—¿Qué dijo ese hombre, padre?

—Solo quiso felicitarnos por el nacimiento de Robert y decir que estaba aliviado de no ser el heredero del título. Te ha enviado sus saludos...

—Pensé que estaría indignado.

—Al parecer, no.

—Un hijo siempre trae alguna bendición escondida, lord Torton. ¿En dónde está el futuro conde? Si no tiene un padrino para él, yo puedo serlo. Los caminos se abren con facilidad con mi influencia —declaró Christopher.

—Sí, al parecer abre muchas cosas con facilidad —gruñó el conde con hostilidad.

—Padre... —masculló Rosalie, avergonzada.

—Venga, excelencia, no podemos hablar con una dama presente. Las cosas de los hombres se hablan solo entre ellos.

Ella los vio retirarse y tomó asiento en el sillón. Su madre entró al salón con un ramo de flores recién cortadas de su jardín lateral.

—¿Por qué tienes esa cara, querida? —curioseó su madre que buscaba con la mirada un jarrón para colocar aquellas flores que refrescarían la casa.

—El duque está con mi padre en su despacho. Mi cabeza no deja de preguntar la razón por la que está aquí...

—Esperemos que no quiera proponerle a tu padre que sean amantes. Sería una grosería de su parte pretender algo así. Ahora que sabe que sabemos lo que ha hecho en el pasado, no dudo que, siendo quien es quiera algo distinto. Debimos desconfiar de él en el pasado.

—No es momento de arrepentirse, madre. Yo no lo hago, solo que me preocupa su regreso porque no pensé que cumpliría. No quería pecar al ser ilusionada por alguien que, evidentemente, deseaba una cosa de mí y, pese a que era algo malo, fui feliz. Gracias a eso nuestra vida ha cambiado.

La condesa acomodó las flores y guardó silencio por un instante.

—Solo no vuelvas a hacerlo. Una vez pudimos limpiar tu nombre, pero no podremos hacerlo por segunda vez. Casarte no es una opción y terminar embarazada siendo soltera mucho menos. Trata de ser una mujer decente y cuidada. No caigas otra vez.

—Prometo ser amable y no más que eso.

—Es una pena que no puedas casarte. Lauren ha encontrado a un caballero que la trata como si ella fuese una flor delicada, sabiendo que es cabeza hueca. Qué suerte tienen algunas.

—Siempre tuvo potencial. Era divertida como pocas y lo sigue siendo. No me sorprende que alguien quiera escucharla hablar cada

día. Nuestra idea de vivir juntas ha terminado estrepitosamente.

—Robert siempre estará para ti, no debes sentirte sola. Su padre está mucho más feliz desde que nació y ya no se preocupa tanto por ti, puesto que cuando muera tiene a alguien que te cuidará. Si bien, él es un niño, es el heredero y, por eso, tendrá a alguien que le enseñe lo necesario para llevar el título.

—Tampoco me preocupo por el futuro en este punto. La presencia de ese pequeño es lo mejor que me ha pasado. Es todo lo que está bien en este mundo.

***

En el despacho, el duque se sentó en un sillón frente al escritorio del conde. Aquel no se había sentado aún. Caminaba detrás de su silla sin amagar sentarse en ella.

—¿Por qué ha venido después de dos años? ¿Qué interés puede tener en nosotros? Supongo que pasaba por aquí y ha querido saludar.

—Se equivoca, lord Torton. Tengo que decirle que mi presencia aquí no es una coincidencia. Se fueron hace tiempo y yo estuve buscando a milady por todos los lugares que pude. Nadie me dio información, fueron dos años completos en que la busqué desde que dejaron este lugar al poco tiempo que me fui al condado vecino a continuar nuestro recorrido con mi amigo. No estoy en este lugar porque quiera un asilo o algo similar, vine porque quiero a lady Rosalie y mi propuesta es sencilla: quiero casarme con ella.

Lord Torton quedó sorprendido con lo que escuchaba. No había imaginado algo similar, pensó en otra cosa.

—¿Casarse con Rosalie?

—Sí. Desde que me fui de esta casa, nunca he podido olvidarla. Además, quiero pagar mi pecado de haberla tocado. He sido el

culpable de su caída y soy responsable de su futuro. No pido su mano solo por responsabilidad, sino por un sentimiento que me consume día a día con su ausencia.

El conde se sentó con pesadez en su sillón. Colocó una mano sobre su boca tratando de encontrar una explicación racional para lo que ocurría.

Christopher esperaba alguna respuesta del hombre, pero este parecía ensimismado, pensando, cavilando sobre lo que ocurría. Para él no era complicado lo que proponía. De hecho, creía que lo mejor para ese caballero era entregar a su hija a un duque.

—He traído un lechón con la intención de festejar que me dará el sí. Sé que es un abuso de confianza de mi parte, pero supuse que no se negaría.

—Primero debo hablar con Rosalie.

—¿Cree que ella no querría hacerlo?

—No lo sé. ¿Puede esperar en el salón? Dígale que venga.

El duque se puso de pie y salió del despacho. Pensaba en la razón por la que ese hombre no le había dado la mano de una vez. ¿Qué pasaba en esa casa? La sensación de que algo no estaba bien no salía de su cabeza. En el salón, vio a la joven sentada con la mirada dirigida a una de las ventanas.

—Milord quiere hablar con usted —anunció sentándose junto a ella.

Rosalie no se asustó, solo se giró hacia él al sentir que se sentó a su lado.

—¿Qué le dijo?

—Nada malo. ¿Puede ir?

—Está bien...

La joven se dispuso a cumplir con el pedido de su padre y fue hasta su despacho. Al verla entrar, el conde le hizo un gesto para que cerrara la puerta.

—Su excelencia dijo que quería hablar conmigo, padre.

—Sí. Él me habló de algo importante.

Capítulo 24

—¿Y qué es? —curioseó la joven sin tomar asiento.

—Quiere casarse contigo.

El silencio y la perplejidad invadieron a Rosalie. ¿Casarse? Esa idea ni siquiera había estado en su mente en los últimos años de su vida.

—¿Está seguro de que le dijo eso? ¿No habrá oído mal?

—Cariño, estoy viejo y no sordo. Quiere casarse contigo y yo no supe decirle nada. No sé qué es lo que tú deseas. Escucha, no tienes urgencia por casarte, de hecho, no lo necesitas, tienes la protección de Robert. Dime, ¿qué deseas tú?

Dejó de estar paralizada y comenzó a caminar de un lado al otro haciéndose la misma pregunta que hizo su padre. ¿Quería estar con ese hombre? ¡Por supuesto que sí! Claro que deseaba estar con él y formar su propia familia; sin embargo, temía lo que podría pasar más adelante.

—Durante estos años lo que deseaba era volver a verlo. Él me confesó que me estaba buscando, pero como nos fuimos lejos no pudo hallarme, si eso hubiese ocurrido hace tiempo, tal vez...

—Nos fuimos por el embarazo, por la paz, para evitar habladurías de la gente malintencionada. Gracias a eso estuvimos tranquilos.

—Lo sé. Padre, espero no decepcionarlo, pero quiero casarme con él. —Ella le sonrió a su padre con la emoción surcando sus ojos. Las lágrimas se acumulaban sin salir.

—Rosalie... —murmuró su padre con el corazón estrujado.

—A veces el amor llega tarde. Tardó muchos años en llegar. No fue en mis inicios, fue cuando ya no existía esperanza y todo estaba perdido. Sabe que no puedo dejar de sentir esto por él, porque nos une más que este sentimiento que tengo en el pecho y que me hace respirar con su recuerdo cada mañana.

—No puedo hacer nada más que darte mi bendición y desear que seas feliz. No sé cómo tomará tu madre esta noticia.

Se acercó para darle un abrazo a su padre para tranquilizarlo, no quería que se sintiera desconsolado.

—Seré feliz, padre. Debe sentir paz porque no tendrá que preocuparse por mí. Sé que estaba tranquilo desde que la comadrona dijo que era un niño, pero ahora Robert no tendrá ninguna carga en sus hombros. Puede ser libre.

—Me había hecho a la idea de que jamás te irías y ahora debo pensar diferente porque estás enamorada. No soporto a este tipo.

Ella sonrió y colocó su mano en el rostro barbudo de su padre.

—No lo odie, ha sido lo mejor que nos ha pasado, no lo olvide... —Rosalie se dispuso a retirarse del despacho.

—Oye, dile que debemos conversar sobre dinero —dijo el conde. Su hija asintió y se fue.

Lord Torton evitaba que una lágrima cayera de sus ojos. Lo que estaba ocurriendo ese día era algo excepcional que le hacía darse cuenta de que las cosas cambiaban en un minuto. Todavía no podía creer que lo que esos dos sentían fuese tan fuerte, capaz de sobrevivir a una separación. Llevaban más tiempo separados que conviviendo y esa era la razón que lo enloquecía al saber que su hija entraría a la boca del lobo por segunda vez, pero esta vez con el título de duquesa. Esto último hizo que se diese cuenta del paso que daría su hija, después de ser la solterona fracasada, las cosas terminaron diferente.

Cuando Rosalie regresó al salón, distinguió al duque de pie junto al jarrón de flores frescas. A él parecían gustarle esas cosas.

—Su excelencia... —lo interrumpió.

—Estas flores huelen a usted...

—Aquí las flores siempre son las protagonistas. Le comento que mi padre dice que deben hablar de dinero.

—¿Entonces dijo que sí a mi propuesta? Se la hice a su padre por absoluto respeto, aunque es a usted a quién debo pedirle eso.

—Acepté, pero hablaremos de eso después de que converse con él. No tarde mucho, es inquieto cuando lo hacen esperar.

Christopher se acercó a ella y le tocó el brazo. Ese contacto hizo que Rosalie se estremeciera, después fue hacia donde se encontraba el conde.

Mientras que Christopher desaparecía por el pasillo, ella se apresuró a ir al invernadero, en donde su madre estaba atendiendo sus plantas.

—¡Madre! —llamó con agitación.

—¿Pasa algo, querida? No me digas que tu padre prefirió matarlo a escuchar. Si es así, no me sorprende.

—No, madre. Me casaré con el duque de Cousin...

La mujer dejó caer la regadera que tenía en su mano. No podía creer lo que oía.

—¿Qué estás diciendo? ¿Casarte? No juegues con las emociones de tu madre.

—El duque le pidió mi mano a mi padre y yo acepté. Vino a eso, madre. En estos años no ha podido olvidarme al igual que yo.

—¿Te vas a casar con un duque? ¡Pellízcame para saber si esto no es un sueño!

—Se lo estoy diciendo, madre. Tampoco puedo creerlo. Hasta esta mañana mi vida se centraba en vivir de Robert para siempre, pero ahora tengo la oportunidad de hacer lo que siempre debí.

La condesa se acercó y abrazó a su hija.

—No puedo creer que la fortuna tardara tanto en encontrarte, querida. Lauren quedará con la quijada en el suelo cuando lo sepa.

—Cuando el duque se retire iré a visitarla para contarle la buena nueva. Se alegrará conmigo tanto como yo con ella.

—¿Irás a vivir con él a Londres?

—Iré a donde mi esposo me lleve, ese es mi lugar, a su lado...

—¿Por qué no le pides que se quede aquí y te quedas cerca de nosotros? Robert necesita de ti.

—Robert los tiene a ustedes, madre. El pobre no sabía que me tenía como una carga a su lado. Su vida será más fácil sin mí.

—Rosalie, las cosas no son tan fáciles. ¿Hablarás con el duque de estos dos años?

—Sí. Sabrá lo necesario, no queremos que exista algún inconveniente. Todo será mejor a partir de ahora y lo siento. Todavía me cuesta creer que mis anhelos se hayan hecho realidad.

—Entonces cuida mucho esto.

Capítulo 25

Después de que Christopher se encerrara a conversar con el conde sobre números, más bien la dote de Rosalie. El duque le dijo al hombre que no era necesario que se la entregara, pero lord Torton se negó haciéndole saber que no tenían problemas económicos y que podía pagar lo estipulado para su hija.

Salieron para la hora del almuerzo cuando la señora Hunter avisó que el lechón del duque había sido colocado en diferentes platillos.

—Querida, vamos a celebrar... —dijo el conde con un tono cansado. La negociación con el duque no fue dura, el hombre le pareció demasiado complaciente, prácticamente se negaba a recibir la dote y una propiedad, pero eso no estaba en discusión para él.

—Me lo ha dicho Rosalie, querido. Excelencia... —La condesa hizo una reverencia para saludar a Christopher y este le correspondió con una inclinación de cabeza—. Rosalie, ve junto a tu prometido.

Ella obedeció y se colocó junto a él antes de que se sentaran a la mesa. El duque la miró a los ojos antes de que tomaran asiento.

—¿Y el niño no comerá con nosotros? —preguntó Christopher con curiosidad.

—Robert come antes que nosotros. Tiene horarios diferentes. Ahora debe estar en su siesta —respondió la condesa.

—Quiero conocer a mi cuñado. Es pequeño, pero no por eso deja de ser familia. Tengo un par de sobrinos por parte de mis primas, mis parientes son un poco extensos.

—Por supuesto que lo conocerá apenas despierte de la siesta... —afirmó Rosalie. Observó a sus padres que la miraban con fijeza.

Comenzaron a comer, mientras discutían los asuntos del matrimonio. Rosalie participaba con ánimo comedido. No quería demostrar que estallaba de emoción por lo que era su futuro. Christopher la miraba a cada segundo dando sus opciones de fecha. Él quería hacerlo a la brevedad, como mucho en dos meses para hacer correr las amonestaciones y que ella pudiese conocer a su círculo más cercano en Londres, lo que significaría que la familia Rochester debía viajar.

Al acabar el almuerzo, Christopher había decidido quedarse hasta la hora del té. Deseaba hablar con Rosalie a solas. Los padres de ella, dándose cuenta de que ya no había nada más que proteger, fueron a distraerse en sus pasatiempos, dejando a ambos en el salón principal.

El duque no perdió el tiempo para coger la mano de Rosalie. De su bolsillo sacó un anillo con un gran diamante y zafiros incrustados. Se la colocó en uno de sus dedos sin pedir permiso.

—Es curioso, este anillo nunca fue cortado, le ha quedado bien a todas sus portadoras, lo que significa que usted es la mujer ideal. Esto fue desde mi tatarabuela hasta mi madre. Ahora es la portadora de una gran responsabilidad que cumplirá a mi lado.

Los ojos de Rosalie se dirigieron al hermoso diamante. Ese anillo en su dedo significaba que ese día era real y no un sueño. Ella también necesitaba que alguien la pellizcara.

—Todavía no puedo creer que esto esté pasando. Pensé que visitarme alguna vez solo era una mentira para mantenerme contenta después de haberle dado todo de mí.

—No, no fue así. Lamenté mi decisión de irme apenas me subí ese carruaje para partir, supe que había cometido un error al dejarla.

Durante semanas viví perturbado por eso y regresé. Cuando lo hice solo encontré a un sirviente que me dijo que se fueron a Durham. Desde ese día la estuve buscando por toda Inglaterra. Chester fue quien dio con su regreso aquí.

—Todos extrañábamos esta casa, es nuestro verdadero hogar y queríamos que Robert también lo sintiera como suyo. Estuvimos en una propiedad que mi padre compró y es la que dijo que le daría como parte de mi dote. Por un lado, es un lugar especial.

—Su padre insiste en que acepte dinero y la propiedad.

—Hágalo, no le haga pensar que su hija ya no vale nada. Él es una persona que, dentro de su seriedad, es bastante sensible. Debe verlo con Robert, es otro hombre, se parece al padre que me crio los primeros años de mi vida, al menos hasta que cada temporada se perdía y su esperanza de que me casara se extinguiera.

La niñera bajó con el niño de dos años en brazos. Este tenía la cabeza recostada por el hombro de la mujer. Había despertado de su siesta y todavía necesitaba un poco más de tiempo para resucitar por completo.

—Al ver el cabello oscuro del niño sintió curiosidad.

—Déjelo, Margaret, conmigo estará bien —dijo Rosalie que se levantó del sillón para cogerlo en sus brazos.

Robert no dudó en aferrarse a ella al notar a un extraño. Se escondió en su pecho con presteza.

—Es un poco tímido con los extraños —alegó Rosalie.

—¿Usted es el dueño de esta cabeza de caballo? —preguntó el duque que todavía la tenía con él—. ¿Este caballo se ha portado mal?

El niño prestó atención a Christopher y lo miró sin dilación a los ojos, asintiendo.

—*Muede*... —respondió con una vocecita angelical.

—Qué malvado. Necesitaba un mejor entrenador. ¿Qué te parece si entrenamos a uno nuevo? Me encantan los caballos y paso tiempo cuidándolos.

El pequeño volvió a asentir, esta vez con una sonrisa entusiasta. Se removió en los brazos de Rosalie hasta que esta lo bajó y fue corriendo hacia un baúl, en aquel lugar se guardaba cada cosa que hacía el niño. Sacó otro caballo de madera y fue corriendo hacia Christopher.

—*Entenalo* —ordenó Robert que aún no podía pronunciarse algunas letras correctamente.

Christopher miró a Rosalie buscando aprobación y esta asintió sentándose en el sillón de vuelta. Él pasó al menos un tercio de hora mostrándole a Robert cómo hacer para que su caballo de madera lo obedeciera, incluso le pidió un pedazo de cuerda al niño para que este lo consiguiera y pudiera hacerle unas riendas para su animal desobediente.

Los padres de Rosalie se acercaron a observar la interacción y tragaron saliva al ver que Robert era tan inteligente cuando alguien le indicaba lo que debía hacer.

Capítulo 26

Cuando llegó la hora de que el duque se fuera después de que terminaran el té, antes de despedirse, dijo que rentaría una propiedad cerca para que su madre pudiese venir, no quería abusar de la generosidad de la tía de su amigo Jeffrey, pero lord Torton se negó y, como la primera vez, ofreció su casa para que se hospedaran ahí. Aquel hombre parecía no haber aprendido de sus errores pasados.

—Le escribiré a mi madre. Una vez que esté aquí, vendré con ella por unos días. No quiero que su padre me mire de la misma manera que antes —dijo Christopher tomando la mano de ella para dejar un beso.

—Mi padre se comportará mucho mejor, lo prometo. No mirará a nadie más con rencor. Debe disculparlo por eso y olvidar. El pobre siempre está bajo mucha presión y más al saber lo que su hija estuvo haciendo con la visita.

—Espero que no le diera muchos detalles.

—Lo suficiente para que me mirara mal por mucho tiempo...

Los dos sonrieron y antes de que él subiera al carruaje, Robert se acercó para despedirse. Lo hizo con el caballo que tenía puesta su rienda.

—Cuídelo mucho, milord. Tiene que darle órdenes para que sea el caballo más obediente del condado. Es el compañero de un futuro conde, debe comportarse como lo que es. —Christopher acarició el cabello del niño y después subió a su carruaje.

Chester subió junto al cochero y partieron hacia la posada en la que se encontraban.

Rosalie cogió a Robert en brazos y besó su mejilla antes de entrar a la casa. Le pidió a la señora Hunter que preparara el carruaje. Esta noticia de su futuro matrimonio no podía esperar demasiado para que Lauren fuese partícipe.

No esperó mucho para ir junto a su amiga, no vivía tan lejos, por lo que un trayecto de un par de millas ni siquiera lo notaría estando tan emocionada.

Cuando llegó a la residencia de Lauren, esta miró a Rosalie con verdadera sorpresa. La abrazó como siempre lo hacía y después se alejó para empezar con sus preguntas.

—No esperaba tu visita, esto es algo que me sorprende —musitó Lauren.

Rosalie solo pudo levantar su mano para mostrarle el anillo y le sonrió.

Los ojos de Lauren salieron de sus cuencas y cogió su dedo para mirar de cerca la joya.

—¿Se lo robaste a alguien? —preguntó con incredulidad.

—¡No! Fue el duque de Cousin. Ha vuelto al condado y lo ha hecho para pedirme matrimonio. Está enamorado de mí tal como yo lo estoy de él. ¡No puedo creerlo, Lauren!

—¡Soy yo quien no puede creer la maldita suerte que tienes, Rosalie! En lo único que puedo pensar ahora es en que dejaremos de ser solteronas y seremos mujeres casadas, ¡casadas! Nuestra reputación será inmaculada y lo mejor de todo es que tú serás duquesa y me ayudarás a ascender socialmente, no solo a mí, también a mi esposo.

—Prometo hacer lo que esté a mi alcance para que podamos crecer juntas, Lauren. Has sido mi incondicional durante toda la vida. En lo que pueda sabes que cuentas conmigo.

—Y tú conmigo. ¡Estoy tan emocionada por nuestras bodas! Imagina la cara de todas esas mujeres que creían que se nos llenaría la entrepierna de telarañas. ¡Ja! Ahora sabrán quienes tendrán hijos como conejos...

La joven rio a carcajadas de lo que decía Lauren. Compartía esos pensamientos desquiciados hacia las personas que las habían juzgado durante tantos años en lugar de ayudarlas a conseguir esposo. Este se había convertido en el mejor año para ellas, puesto que ambas consiguieron lo que siempre persiguieron: el matrimonio.

Durante los días que siguieron el duque seguía visitando la casa, esperando noticias de su madre. Esperaba que pronto fuese hasta su posada para que juntos pudieran ir a hospedarse en casa del conde de Torton.

Por más que Christopher se comportaba como un caballero, lord Torton no lo dejaba seguir profanando su hogar. Siempre estaba presente y si él no podía, dejaba al pequeño Robert clavado como un mojón al suelo. No le molestaba que el niño se quedara cerca, le parecía amoroso, inteligente y algo peculiar. En ocasiones, sentía ganas de querer llevárselo para jugar, pero en otras, lo mejor era dejarlo abandonado a merced de algún lobo.

Unos días después de la carta, la duquesa apareció en el condado con el rostro más jovial que podía tener al saber que su hijo contraería matrimonio con la mujer que quería. No conocía a la joven, pero ese era el momento en que lo haría. Descansó por un par de horas en la habitación de su hijo antes de que cancelaran la cuenta y prepararan los baúles de Christopher.

—La joven debe ser demasiado importante para ti para haberla esperado tanto tiempo, Christopher. Cuando llegaste de tu viaje diciendo que esperarías a por ella, no creí que fuese real, más bien creí que se trataba de una excusa para no casarte. Un supuesto amor podía mantenerte fiel por un tiempo.

—Lo sé, madre, pero nunca estuve jugando con esto. Escogí a esta dama y estoy emocionado por lo que ocurre. Casarme con ella es el sueño de mi vida, no solo porque la quiera, sino porque soy responsable por haberme acostado con ella. Busco una excusa que me permita estar cerca de ella de cualquier manera.

—Pues muero de ganas por conocerla.

Una vez que el carruaje quedó frente a la residencia de lord Torton, la condesa observó todo con mucho interés. La familia entera salió a recibirlos.

Christopher ayudó a su madre a bajar del coche y ella observó la casa con interés y después fijó sus ojos en la familia. Su rostro palideció al verlos y el duque frunció el ceño al ver algo desconocido en la cara de su madre.

—¿Está todo bien, madre? Venga, saludemos a los Rochester... —Christopher la cogió del antebrazo con cariño, pero ella no podía dejar de mirar al niño en los brazos de lord Torton.

Capítulo 27

La duquesa saludó a la familia y puso especial interés en la que sería su futura nuera.

—Sea bienvenida, excelencia —saludó Rosalie con una reverencia bien hecha.

—Mi hijo no ha dejado de hablar de usted desde que estuvo aquí años atrás. No la ha olvidado e incluso ha rechazado a buenas candidatas por esperarla. ¿Por qué se fue tanto tiempo? ¿Dos años?

—Sí. Fueron dos años. Mi padre compró una propiedad y quisimos convertirla en un hogar...

—¿Y este pequeño niño tan hermoso?

—Es mi hermano, Robert. Es el heredero de mi padre, su mayor orgullo —dijo con tranquilidad.

La gran dama miró a los condes de Torton buscando algo en ellos, pero no encontró nada que gritara directamente lo que su mente no quería callar.

—Los varones siempre son un orgullo para las madres. El viaje ha sido cansador... —insinuó la duquesa para que pudiesen mostrarle su habitación.

La señora Hunter se puso en marcha para mostrarle a la duquesa y a su doncella el lugar en el que podrían dejar sus cosas.

Arthur, con ayuda de otros sirvientes llevó las pertenencias del duque y de su madre. Cuando terminó de hacerlo, la duquesa cerró la puerta antes de que aquel se fuese.

—Arthur, dime que no estoy enloqueciendo —musitó la dama que se acercó a la ventana.

—Depende de lo que quiera decir...

—Esta familia es extraña. ¿Cuántos años tiene lady Rosalie?

—Cerca de treinta.

—¿Y sus padres?

—El conde quizá unos sesenta años y la condesa alrededor de cincuenta.

—Ajá. ¿Cómo explicas que un bebé naciera después de casi treinta años?

—No lo sé, excelencia. Quizá lord Torton sea muy inquieto.

—Si así fuese tendrían al menos veinte hijos, Arthur. Lo que digo es que ese niño no es hijo de los condes, es de mi hijo con esta mujer. ¿No recuerdas los retratos de Christopher cuando era niño? Es idéntico a él. No sé cómo podrían ocultar el parecido en el futuro. ¿Desde cuándo un niño podría parecerse a su cuñado?

El sirviente comprendió lo que la mujer quería decir. Era cierto. Se había fijado en el niño y recordaba el retrato del duque. No quería unir las piezas, pero la duquesa era perspicaz y jamás podría pasarle algo por encima de la nariz.

—Tiene razón, excelencia. ¿Usted cree que el duque lo sospeche?

—No, no lo creo. Es un tonto enamorado que no es capaz de contar números con claridad cuando se trata de esta mujer. Hace tiempo que no confío en su buen juicio, tal vez nunca lo tuvo, pero por seguridad, hablaré con él. De hecho, dile que venga aquí, hablaré con él y le abriré los ojos.

Arthur asintió antes de salir e ir a la habitación del duque. Al entrar no encontró al hombre. Aquel debía estar arrastrándose como

una serpiente detrás de la joven que vivía en esa casa. El pobre no podía más con sus sentimientos y era evidente que estaba demasiado emocionado con su futuro matrimonio que no notaba el problema.

Como lo predijo el sirviente, Christopher estaba anclado a la falda de Rosalie, mientras caminaban por la propiedad, alejándose lentamente de la casa.

—Estaba pensando en tocar el pianoforte para agasajar a su madre, excelencia. Es una mujer refinada y espero impresionarla por las razones correctas. No quiero que piense que porque he crecido en el campo no me han educado como se debe.

—Mi madre es una persona sencilla dentro de lo que puede ser una duquesa. No he visto que rechace a nadie sin importar su estatus. Es respetuosa con todos, hasta con los sirvientes. Es la persona que me ha equilibrado mucho, puesto que mi padre era lo contrario, la clase y la cuna eran las cualidades más importantes con las que debía contar una persona.

—Considero que a muchos nos han educado así, excelencia. No sé cómo se ha fijado en mí... —Ella recordó la noche de los villancicos y sonrió.

—Es algo inexplicable. Recuerdo que cuando la vi me sentí atraído inmediatamente por su aura. Su personalidad me inquietaba y no dude en utilizar mis artimañas para llevarla hasta donde quería.

La joven se sonrojó al recordar aquel lugar al que la había llevado: el placer.

—Después del matrimonio tendremos mucho tiempo de sobra para regresar a ese lugar... —comentó Rosalie con complicidad.

Esa frase parecía enceguecer aún más a Christopher. La cogió de su listón para que no siguiera caminando.

—¿Y se me da un beso ahora? Solo uno. ¿Cuál es el pecado de desearlo? —curioseó con una sonrisa lobuna.

—Que una cosa lleva a la otra y no podemos arriesgarnos... —replicó con las dos manos puestas en el rostro del duque.

—¿Podemos hacer una excepción? Han sido años sin mi elixir que son sus labios.

—Vivió veintiocho años sin el elixir, puede aguantar dos meses.

Ella rio después de decir eso y continuó su caminata. Pese a que la joven hacía que casi rogara por atención, no dejó de divertirse pensando en que cuando la tuviese tomaría venganza y sabía cómo hacerlo.

Cuando se alejaron más de la casa, con valentía, Rosalie se giró hacia el duque y sin mediar palabras se arrojó a besarlo, dejándolo desprevenido, aunque eso duró poco tiempo, pues al instante él estaba listo para corresponder a lo que fuese.

—Pensé que me estaba castigando —habló Christopher sobre los labios ardientes de Rosalie.

—No, me estaba castigando a mí misma por mi cobardía, porque debí buscarlo hace años... —afirmó tragando saliva al respirar con dificultad.

—Tal vez no era nuestro tiempo, nuestro momento es ahora, sabiendo con exactitud lo que deseamos. No tuve dudas de que quería estar a su lado para siempre, solo su juego del escondite ha sido difícil de superar.

—Agradezco a Dios todos los días que no bajara los brazos para casarse con la hija de los Cavendish.

—Si hay algo que entendí después de creer que todas las mujeres eran iguales, es darme cuenta de que cuando una mujer se

clava como una estaca en el corazón, no hay forma de que otra pueda clavar la suya sin matar primero. Me he mantenido célibe durante dos años porque para mí era repulsivo pensar en contaminarme con otra sabiendo que yo solo la deseaba a usted. Me hubiese torturado queriendo sacarme la vida al poco tiempo de tocar otra piel.

Capítulo 28

Rosalie se sentía halagada. Christopher siempre sabía qué decir para congraciarse con ella de una manera en que jamás nadie pudiese alcanzarlo.

—De mis dos años no puedo decirle mucho, porque apenas se fue tuve que confesar nuestra aventura.

—¿Fue la señora Hunter?

—Sí, ella me delató y mi padre no lo tomó nada bien. Por más que no me casara, él quería que permaneciera pura. Decía que una mujer sin su virginidad podría convertirse en meretriz.

—No está lejos de la verdad, pero a usted no le falta nada. Veo a su padre como un verdadero proveedor preocupado por su familia.

—Lo es, siempre lo ha sido. Para mi buena fortuna ahora me encuentro en el peldaño más alto de la opinión de mis padres, ya comienzan a respetarme como lo que seré.

—Me alegro de que vaya acomodándose como lo que es, mi duquesa, mi Rosalie...

Al oír su nombre salir con tanta naturalidad de los labios del duque, ella sintió la necesidad de corresponder como él. Notaba que su lenguaje de amor era muy demostrativo, en cambio, Rosalie era más reservada, por lo que se complementaban bien en ese aspecto.

—La duquesa de Christopher...

—Quiero que me llame Christopher todo el tiempo, no deseo más «su excelencia aquí, su excelencia allá», me hace sentir importante.

—Es un hombre importante, ¿por qué está mal tratarlo así?

—Porque parece frío, monótono y demasiado zalamero para mi gusto y más viniendo desde la persona que dormirá conmigo cada noche. Dormir es un decir, porque lo más probable es que me comporte como un ser infernal que no conoce de descansos.

Los dos rieron y acordaron tutearse y tratarse de manera más íntima.

Después de que regresaran a la casa, Christopher fue a su habitación y ahí lo esperaba Arthur, su ayuda de cámara.

—Ha regresado, excelencia. Quería darle un mensaje de su madre... —dijo Arthur abandonando la silla en la que estaba.

—¿Cuál es?

—Que pase a su dormitorio, necesita hablar con usted con presteza.

Christopher pensaba que su madre podría desear hablarle de su primera impresión sobre la familia de Rosalie. No creía que tuviese algo malo que decir sobre ellos, pues eran educados y ricos.

Golpeó la puerta un par de veces antes de entrar. La doncella estaba ordenando los vestidos de su madre en el armario de la habitación y se fijó en los detalles del lugar. Lo primero que resultaba era el aroma a lavanda que perfumaba esa casa como si fuese un aroma embriagador.

—¿No le gusta el perfume de lavanda, madre? —indagó con picardía.

—Me resulta refrescante, cariño. Katherine, retírate —ordenó a su doncella. Cuando la vio irse, sus ojos azules se dirigieron a su hijo.

—¿De qué quiere hablarme, madre? ¿Rosalie no le parece adecuada?

—Lo que quiero saber es si entiendes lo que ocurre en esta casa.

—¿A qué se refiere? —inquirió con verdadero desconcierto.

—Te acostaste con lady Rosalie, ¿no es cierto?

—Sí, lo es. Se lo he dicho con sutileza muchas veces, ahora es directa con eso.

—Entonces comprenderás que la desaparición de esta familia de su arraigo no ha sido por una propiedad recién comprada, se fueron por un posible escándalo...

El duque frunció el ceño sin entender lo que su madre quería decirle.

—Vaya al asunto, madre. ¿Qué es lo que quiere decir?

—Te diré lo evidente, lo que no puedes ver porque estás cegado por tu amor hacia lady Rosalie. Ese niño no es su hermano y mucho menos es tu cuñado, es tu hijo.

El rostro de Christopher se puso pálido de un momento a otro y su corazón comenzó a latir descontrolado.

—¿Por qué dice eso?

—Porque tienes un retrato a esa misma edad y él es idéntico a ti. No es hijo de los condes, esto es un verdadero fraude, ese niño es mi nieto, un pequeño bastardo sin su verdadero apellido, tratando de heredar algo que no le corresponde. Piénsalo, todo coincide con el coito, la desaparición y el regreso después de un par de años con un bebé a quien denominan el futuro conde.

En ese instante, Christopher sintió el peso de todo en sus hombros. Necesitaba ver a ese niño otra vez y fijarse bien. También recordaba lo que le dijo el jardinero sobre el supuesto embarazo de

la condesa. Ellos se fueron porque la gente aquí los conocía y una hija soltera no podía parir a un hijo de nadie.

—Tiene sentido, pues son casi veintiocho años de diferencia con Rosalie, no creo que fuesen capaces de concebir... —declaró al fin.

—Exactamente. Necesitamos destruir esto y pensar en cómo recuperar a tu hijo, a tu heredero, a quien debes educar. No puedes dejarlo aquí, él tiene que irse contigo y lady Rosalie porque es hijo de ambos. Oh, Christopher, ¿cuántas veces te dije que tengas cuidado con el lugar en el que dejas las semillas? Esta familia no querrá liberar al niño con facilidad, es una garantía para ellos y más para las damas.

Esa era la razón de la paz en casa de lord Torton. Debía asegurarse que Robert fuese su hijo y eso solo podría darse enfrentando a Rosalie, pero primero quería averiguar más sobre lo que ocurrió en el pasado y Chester lo averiguaría por él.

—Hablaré con Chester. Saldré de esta casa por unas horas, necesito despejarme después de lo que descubrió.

—Puede que me equivoque y todos los niños se parezcan, pero esos rasgos no están presentes en los padres de tu prometida, pero sí en ti. Estos ojos los veo todos los días en mí, en ti y también los noté en ese niño.

—Pronto sabremos la verdad, madre, y aquí comenzará el dilema. Si Robert es mi hijo, acudiré a todas las instancias posibles para que esté a mi lado. Con permiso, madre.

Él salió de esa habitación con la mente dando vueltas. No sentía que pisara el suelo, solo parecía flotar, porque su cuerpo caminaba por mera inercia, Christopher no daba ninguna orden, solo pensaba en Rosalie y en Robert.

Capítulo 29

Se alejó de la casa hacia una colina alejada. Necesitaba pensar solo, sin cuatro paredes que parecían asfixiarlo después de lo que su madre había dicho, ni siquiera podría llamarlo insinuación. No pensó que sus ojos fuesen tan agudos. Él no había visto nada, pero no podía pasar por alto el tiempo, la desaparición y el niño. ¿Milagrosamente había ocurrido el embarazo de la condesa después de más de veintiséis años? No, era evidente que algo fallaba estrepitosamente en los cálculos. Se fueron del condado porque debían ocultar lo que ocurría: el embarazo de una mujer soltera.

Christopher tapó su rostro al pensar en lo que había pasado Rosalie estando sola y embarazada, creyendo que era un verdadero sinvergüenza que se había aprovechado para después abandonarla. Si ella hubiese seguido su consejo de buscarlo, quizá estarían casados, con Robert nacido dentro del matrimonio con todos sus derechos hereditarios. En ese instante debía pensar en qué hacer para que pudiese heredar lo que le correspondía a su hijo, él no sería un usurpador de ningún título ajeno. Un letrado y sus buenas relaciones con la corte podrían ayudar a que su hijo fuese reconocido como lo que era. Se hubiesen ahorrado dolores de cabeza si las cosas no fueran lo que en realidad son.

Chester se acercó al duque que estaba sentado en la hierba, lejos de la casa.

—Excelencia, su madre dijo que quería hablar conmigo...

—Sí, necesito que averigües por medio de los criados de la casa si el niño es hijo de mi prometida.

El sirviente bajó la cabeza y en lugar de aceptar la orden, decidió contar lo que había oído el día en que fueron a esa casa.

—Su excelencia, debo decirle que he oído cosas aquí. Cuando llevé el lechón a la casa, unas doncellas hablaban emocionadas sobre que había vuelto el verdadero padre, después callaron al darse cuenta de que debían guardar silencio, pues habían recibido mucho dinero por guardar el secreto. No quería decirle nada porque no entendía a lo que se referían con exactitud, pero ahora que lo dijo todo tiene sentido.

No esperaba que Chester tuviese la respuesta en la punta de la lengua. Su sirviente acababa de desbaratar su mundo de tranquilidad con esta confirmación. No podía hacer oídos sordos sobre lo que pasaba. Debía enfrentar a Rosalie. Quería saber por qué no le decía la verdad. ¿Cuál era la razón por la que callaba sobre su paternidad?

Con las dudas casi despejadas en su totalidad, Christopher regresó a la residencia. Vio a Robert en el suelo con el caballo y la rienda que él le había hecho. Se acercó sin hacer ruido y se agachó a su altura.

—¿Cómo va ese caballo? ¿Es más obediente? —preguntó al niño que estaba distraído.

Robert fijó sus ojos en Christopher, le sonrió y asintió.

—Corre veloz... —dijo Robert golpeando las patas de madera del caballo sobre el suelo.

—¿Qué pasa si quiero comprar tu caballo?

El niño negó con vehemencia.

—¿Y si lo cambio por uno real? Puedo enseñarte a cabalgar. Soy un jinete experimentado.

—Sí —Hizo una pausa para seguir—, pero mi padre no me deja...

—Pues eso cambiará muy pronto, Robert. Es probable que viajes conmigo y Rosalie. ¿Quieres mucho a Rosalie?

Aquel pequeño asintió con vehemencia.

—Me casaré con ella y estaremos siempre juntos...

Rosalie los vio jugando en el salón y se acercó dándoles una sonrisa.

—Gracias a ti Robert dejó de torturar a los caballos de madera. Ha sido una bendición para nosotros, porque era casi intolerable su frustración —comentó acariciando el cabello del niño.

—Él aprenderá mucho conmigo, Rosalie. Iré a descansar, te veré en la cena...

El duque no podía mirar mucho tiempo a Rosalie, al menos no sin reprenderla por ocultarle cosas. De ese día no pasaba que terminara sabiendo la verdad. Necesitaba escucharlo todo de su boca, quería saber cómo vivió ese tiempo tempestuoso de su vida sin él.

Una vez en sus aposentos, se acostó en la cama buscando un poco de descanso para su mente que no paraba de hacer conjeturas y de armar escenarios pasados. Estaba cansado de imaginar y no conocer la verdad.

La joven se quedó junto a Robert para verlo jugar y la niñera de le acercó.

—El duque dijo algo muy extraño, milady. Mencionó que el niño podría irse de viaje con ustedes.

—¿Qué tiene de extraño eso? Considero que él le ha cogido cariño a Robert, es simplemente eso. Mis padres tal vez se opongan a algo así, pero a mí me encantaría.

A ella no le pareció descabellado lo que había mencionado Christopher, de hecho, le ilusionaba pensar que eso podía ocurrir: ir los tres juntos a cualquier lugar.

La condesa pidió a la señora Hunter que avisara a las visitas sobre la hora del té, pero tanto la doncella de la duquesa como el ayuda de cámara del duque confirmaron que estos no se presentarían, ya que descansarían hasta la hora de la cena. Entonces la dama decidió hacerlo con su familia, sería el último tiempo de intimidad que pasarían con Rosalie, puesto que pronto se casaría y tendría que ir al lugar que su esposo deseara.

—La duquesa parece ser una mujer un tanto frívola —opinó la condesa sirviendo el té a su esposo y después a Rosalie.

—No considero que sea de esa manera, madre. Creo que estaba cansada por el largo viaje. Nadie está de buen humor después de tantas horas sentada en un asiento incómodo.

—Lo que noté es que miraba a Robert como si lo hubiese visto antes —musitó el conde.

—Solo estaba comparando al niño. Ninguno de nosotros tiene ojos azules y él parece que tiene dos zafiros. Dudo que crea que salió de nosotros... —replicó la madre de Rosalie.

—Se ahogan en un vaso de agua. Considero que están llenándose la cabeza con ideas absurdas. Estoy pensando en cómo impresionar a mi futura suegra. Entiendo que ella es importante para el duque y quiero dejar la mejor impresión. He pensado en el pianoforte y un poco de canto. Usted nos entretendrá con sus juegos de mesa cuando acabe con eso. —Rosalie sorbió su té y sonrió sin darse cuenta de lo que se gestaba a su alrededor.

Capítulo 30

Cuando llegó la hora de la cena, Christopher bajó en compañía de su madre después de que le avisaran que estaba lista. Esa noche festejarían el compromiso entre todos ellos como lo que serían en el futuro: familia.

Christopher luchaba con sus ganas de decirle a Rosalie lo que ocurría. Estaba a punto de enloquecer y no sabía si podría guardar silencio por un par de horas más.

—Ve y acompaña a tu prometida, querido. Es así como deben ser las cosas, no quiero que piensen que soy una madre sobreprotectora y, peor aún, castradora.

—No sé si pueda evitar el tema del niño, madre. Me temo que puedo ser muy indiscreto en este asunto. Lo tengo aquí, en la punta de la lengua.

—Trata de no pensar en eso y disfruta. Sabes que no son malas personas y si hicieron pasar al niño por su hijo es porque era conveniente. No puedo juzgar a esos padres. En la posición en la que se encuentra su hija mayor, hubiese hecho lo mismo que ellos si es que en nuestras teorías conspirativas son correctas.

—Son correctas después de lo que dijo Chester. Los criados lo saben y lo ocultan porque es conveniente.

—Entonces los criados entienden mejor que tú. No arruines el momento y habla después con lady Rosalie. No la espantes y compórtate como el enamorado que eres, supongo que no se te fue el amor por ella, ¿o sí?

—No, madre, por supuesto que no. Mis sentimientos son fuertes, pero quiero acabar con esta farsa y estar con Rosalie y mi hijo. No puedo soportar esto por mucho tiempo. Soy impulsivo.

—Es tiempo de que pienses antes de actuar. El impulso no hará nada bueno por ti si lo usas mal. Piensa con la cabeza fría.

Él asintió y se alejó para sentarse junto a Rosalie, quien esa noche se veía más arreglada que de costumbre. Antes de que su madre llegara, los condes lo invitaban a cenar, no se negaba a ninguna invitación que lo incluyera porque estaba feliz con su compromiso y con la familia de ella en general. Siempre se vestía bien, pero en ese momento se había puesto un vestido más elegante y joyas más ostentosas, quizá unas que le prestó su madre. Era evidente que deseaba el visto bueno de la duquesa.

—¿Descansaste bien? —preguntó Rosalie con tranquilidad.

—Sí, un poco. Estaba ansioso por esta noche...

—Yo también. ¿Crees que impresionaré a tu madre?

—Si no la impresionas, sin duda lograste impresionarme, te ves hermosa y hueles a lavanda. Creo que este aroma está en mi mente y es como una adicción. Cada vez que penetra mis fosas nasales pienso en ti... —Él colocó su mano sobre la de ella y la observó buscando algo. Alegría, sufrimiento, culpa, lo que fuese, pero solo la veía tranquila, sin transmitir nada, o quizá estaba demasiado abatido para reconocer expresiones.

—¿Estás bien? Te noto extraño... —dijo Rosalie que sí había percibido algo en su intrépido prometido. No estaba hablando hasta por los codos. Estaba más callado de lo usual.

—Sí, quizá un poco preocupado por los preparativos de la boda...

—Esperaste dos años para esto, puedes hacerlo unas semanas más, Christopher.

—Eso es egoísta de tu parte, no sabes que mi soldado está agonizando por tu culpa, pero como eres un ser sin sentimientos...

—bromeó en un segundo en el que pudo despejarse.

—Solo soy realista. Tu realidad cambiará más adelante y también la mía. Prometo ser como deseas en nuestro lecho —afirmó con coquetería.

—Esto es una provocación alevosa, lady Rosalie —la acusó con humor, aunque en tono bajo, pues su madre y los padres de la joven estaban hablando entre ellos.

Rosalie agitó su abanico para esconder detrás de él una sonrisa de satisfacción. Esta forma era lo único que tenía permitido hasta que pudiesen casarse. Sus padres estaban muy estrictos con ella, por lo que debía respetar las normas y cerrar las piernas al menos hasta el matrimonio, querían asegurar que estaría casada.

Cuando pasaron al comedor conversaron sobre el lugar en el que vivirían, las propiedades que tenían y los viajes que harían por negocios que tenía Christopher. A Rosalie le gustaba la idea de viajar porque nunca había salido de Inglaterra.

Durante la conversación no faltaron los consejos de la duquesa para cuando Rosalie tuviese ese título. Estuvo a punto de asustarla con sus expectativas, pero con una sonrisa apaciguó el temor que sentía. Después de brindar por el compromiso oficial, fueron al salón en donde Rosalie tenía pensado hacer un pequeño concierto para agasajar a su visitante.

Sus dedos se fundían con las teclas y su voz en las notas que salían del pianoforte. Christopher en verdad adoraba la voz y la habilidad de su prometida, era el más entusiasta, tanto que había olvidado por ese tiempo lo que le tenía preocupado.

Todos la ovacionaron de pie pidiendo más números como ese.

—Mi hijo siempre estará deleitado por su esposa. Él tenía razón sobre lady Rosalie, ella es la única mujer que puede hacerlo feliz,

créanme, me he dedicado a buscarle esposa y ha rechazado a todas. Su convicción es fuerte.

—Madre, me estoy avergonzando —alegó sonrojándose.

—Christopher me ha contado sus desamores, excelencia. Si no nos hubiésemos encontrado otra vez, quizá los dos seríamos solteros.

—Oh, no lo dudo, querida. Mi hijo se enamoró y eso no se puede cambiar...

Una vez que la duquesa se retiró, Christopher se acercó al conde.

—Milord, ¿me permitiría una conversación privada con milady?

—Solo si mantiene al pájaro en la jaula.

—El pájaro está encerrado bajo siete llaves, lo prometo.

—No me decepcione otra vez, excelencia.

—Se lo prometo. ¿Puede prestarme su despacho?

—La biblioteca, prefiero que ese lugar huela a pecado y no mi santo refugio.

—Entiendo...

El duque se acercó a Rosalie y le tocó el brazo.

—Iremos a leer, Rosalie... —anunció con serenidad. Había llegado el momento de enfrentarse a su prometida.

Ella lo siguió y después se adelantó, ya que era la dueña de casa y debía llevarlo hasta ahí. Abrió la puerta y con una lata de yesca encendió una lámpara al tiempo que Christopher cerraba la puerta a su espalda.

—¿En verdad leeremos? —curioseó mal pensando sobre las intenciones de aquel.

—No. Rosalie, quiero que me digas, ¿qué pasó después de que me fui? No quiero la versión que le vendes al mundo, quiero la verdad.

Capítulo 31

Rosalie se sorprendió con la pregunta, pero sonrió.

—No sé de qué hablas. Te he contado todo lo que ocurrió.

—Cada mentira es un golpe. ¿Prefieres que encare el problema?

Al notar que el tono de su prometido era uno que no era convencional al igual que su seriedad, comenzó a pensar en qué podría desear.

—Dime, ¿qué quieres que te responda y sobre qué? —enfrentó la joven.

—Bien, lo haré tan fácil como lo hizo mi madre. Robert...

Cuando oyó el nombre del niño, su pecho comenzó a subir y bajar de forma agitada.

—¿Q... Qué tiene Robert? —tartamudeó.

—No es tu hermano, ¿verdad?

La pregunta rompió la compostura de Rosalie y comenzó a sollozar. Christopher dejó el tono serio y se acercó a ella.

—Calma. Dime la verdad, solo quiero eso.

—No quiero que me juzguen —habló entre lágrimas.

—Soy el menos indicado para hacerlo. Si mis sospechas son ciertas, tengo tanta responsabilidad como tú en la existencia de Robert...

—Al poco tiempo de que te fuiste, no sangré y la señora Hunter contó lo que estaba pasando a mis padres. Comenzaron los gritos, el

llanto y la impotencia, más por parte de mi padre que de mi madre. Dejaron de hablarme por días hasta encontrar una solución. Vivía encerrada, nadie sabía nada de mí, ya no iba a ningún evento—. Rosalie se abrazó a sí misma—. Una noche me pidieron hablar y me dieron opciones. Si era una niña la dejarían en un orfanato, porque me dijeron que cuando falleciera mi padre nadie se ocuparía de mí ni de la bebé. Sin embargo, si era un niño, lo tendrían como suyo, siendo la salvación para el título y también para mí. Inventaron que mi madre estaba embarazada para poder irnos y todo parecía sencillo, si regresábamos con las manos vacías se diría que la pequeña falleció y casi era varón, solo nos esperaba un gran arcoíris. Cada día rezaba para que fuese un niño. El trato con el conde era tan triste y desolador que solo pensaba en que no podía fallar con el sexo, que necesitaba esa bendición.

—¿Por qué no acudiste a mí? A estas alturas estaríamos casados y con Robert siendo nuestro hijo de forma oficial.

—Mis padres me persuadieron y dijeron que solo fui algo de una noche y que me humillarías echándome a la calle, que ni siquiera creerías en mí. Fueron los meses más duros de mi vida, porque me mantenía en pie gracias al recuerdo de ti que vivía en mi vientre. Lloraba en silencio al pensar que podría ser una niña y tener que entregarla. Fueron meses de castigo silencioso hasta que, en un parto largo y doloroso, nació Robert. Mis padres y yo lloramos de alivio al ver lo que era. Mi futuro estaba asegurado gracias a eso. Mi padre dejó de mirarme con reproche y siempre me agradecía por darle la luz a su vida. Él es hijo de ellos y no mío porque no puedo tenerlo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Para qué? No sabía que Robert te interesaría.

—Pues me interesa demasiado, tanto que cuando nos casemos se irá con nosotros.

—¿Qué dices? —increpó, pálida.

—Lo que oíste. Es nuestro hijo. Hablaré con un letrado y tengo a muchos amigos en la corte de Su Majestad.

—¡No puedes hacer eso, es el heredero de mi padre! —discutió con vehemencia.

—¿Puedes seguir defendiendo este fraude, este engaño? Sabes que es mi heredero, es mi hijo y lo ocultaste. Tu padre no necesita a Robert porque tú te casarás conmigo. El niño era solo una garantía para ti. ¿Qué dirá la gente cuando él crezca y vean que se parece a su cuñado y no al que dice ser su padre? No lo soportaré, no puedo ser cómplice y callar esto. Robert es idéntico a mí y mi madre lo notó apenas llegó. Ella te descubrió. No podrás ocultar esto, porque es pura sangre, ¿lo entiendes?

—Robert puede acostumbrarse como mi padre a estar aquí. No es malo estar solo y no ir a muchas fiestas. Por favor, Christopher, no puedo quitarle la alegría a mi padre.

—Pero eres capaz de arrebatarle a tu propio hijo sus orígenes. ¿Qué dirá cuando se dé cuenta de que debió ser duque? ¿Crees que te querrá o respetará? Decapita caballos de juguete, Rosalie. No te perdonará y menos a mí. Estuve pensando en esto todo el día. No hay otra negociación, nuestro hijo es nuestro y no existe ninguna discusión posible que me haga cambiar de opinión.

Rosalie se ahogaba en lágrimas porque no quería romper el corazón de su padre arrebatándole al niño que criaba como su hijo. Él le devolvió la vida al viejo y desganado conde. No era capaz de hacerle tanto daño, pero pensaba en lo que decía Christopher y también tenía razón. Estaba en una terrible encrucijada, ella tampoco quería dejar a su hijo, pero durante esos años se convenció de que sus padres lo necesitaban para ser felices. Ella les había dado muchos dolores de cabeza y era su forma de retribuir y disminuir su culpa.

—Pero...

—Para mí no hay ningún pero. No nos iremos sin Robert.

—Tendremos más hijos, Christopher, por favor, considéralo.

—Tus padres me agradan, pero no les dejaré a ningún hijo nuestro. No es un cachorro que puedas obsequiar, Rosalie. Sé que para ti puede ser difícil tomar la decisión, mas debes comprender que ya no tienes que ocultarlo. Encontraremos la forma de que Robert pueda acceder al lugar que merece como mi heredero, no me queda duda al respecto.

Ella negó con la cabeza y salió de la biblioteca hecha un mar de lágrimas. Corrió hacia la habitación de su padre y golpeó con desesperación.

—¡Abra la puerta, padre! —pidió la joven.

El conde, preocupado, se apresuró a abrir.

—¿Qué pasa, Rosalie? —indagó con tono paternal.

—¡Lo sabe! ¡Lo sabe! —Ella se abrazó a él buscando consuelo.

—¿Quién sabe qué cosa, querida?

—¡El duque sabe que Robert es su hijo y quiere reclamarlo!

Capítulo 32

La histeria estaba consumiendo a Rosalie, mientras que lord Torton sopesaba lo que su hija acababa de decir.

—¿Qué ocurre? —curioseó la condesa saliendo de su habitación —. ¿Por qué Rosalie está llorando?

—El conde sabe que Robert es su hijo y quiere reclamarlo, madre.

—¿Tú se lo dijiste? —increpó el conde con seriedad.

Rosalie sorbió su nariz varias veces antes de responder.

—Dijo que su madre se había dado cuenta porque Robert es idéntico a Christopher a esa edad.

—¿No lo negaste con suficiente vehemencia? —preguntó la condesa con la mano en el pecho.

—Por supuesto que lo hice, pero no se rindió hasta que tuve que confesarlo. —El sollozo seguía siendo histérico. No encontraba consuelo y sus padres en lugar de darle palabras de aliento parecían querer condenarla por haber contado cómo ocurrieron los hechos.

—No pueden llevarse a Robert de ninguna manera, Rosalie. No lo permitiremos. Él nació fuera del matrimonio, nos pertenece porque nadie sabe este secreto —alegó lord Torton tratando de calmar la situación.

—Él dijo que acudirá con un letrado y que tiene gente influyente en la corte...

—Debemos hacer algo, Torton.

—No hay mucho que puedan hacer —anunció Christopher que se acercaba junto a ellos. Los sollozos de Rosalie lo había llevado hasta ahí para oír la conversación.

—Otra vez le abrimos las puertas de nuestra casa y nos ha vuelto a traicionar —acusó el conde molesto por la intromisión.

—No. No sabía que les hice un favor. Rosalie pudo haber acudido a mí. Jamás me hubiese negado a responsabilizarme por mi hijo. Su nieto pudo haber tenido la vida que merecía. No digo que su forma actual sea inapropiada, pero está siendo criado bajo mentiras, engaños y patrañas. Como personas que aman a ese niño, deberían pensar en su bienestar real, no en el de ustedes.

—¿Quería que fuésemos adivinos para creer que se haría cargo de ella? No somos tontos. Una mujer de pueblo no se convertiría en duquesa de la nada. No fuimos a buscarlo porque no queríamos que nuestra hija fuese humillada —masculló el conde.

—Estuve buscándola por dos años enteros hasta encontrarla... ¿creen que la hubiese rechazado y humillado? Amo a Rosalie como nunca que he amado nada. No quería vivir sin ella, prefería invertir tiempo y dinero en encontrarla que casarme con otra mujer. Si hay algo aquí que es equivocado es el razonamiento de todos ustedes respecto a mí.

La joven miraba a su prometido mientras seguía abrazada a su padre, temerosa de lo que podría ocurrir.

—Escuche, excelencia, nos complace conocer sus buenas intenciones; sin embargo, nosotros le dimos un nombre, un techo y un título a su bastardo, es nuestro hijo y no suyo solo porque lo está reclamando. Todos saben que es nuestro.

—Lord Torton, todos sabrán que es mío mientras siga creciendo. No tiene que temer, siempre tendrá acceso a él, nunca se lo negaría y más aún por haber sido generosos con él, interesados, pero

generosos. Sé que para fortuna de Rosalie fue un varón, de lo contrario, hubiese terminado en un orfanato.

—¿Por qué no deja que Robert se quede con el título de mi esposo, excelencia? Deje que tenga su heredero, es sangre de su sangre...

—Milady, tal como su esposo quiere un heredero que sea sangre de su sangre, yo también lo deseo. Robert es mi hijo y desde que lo supe, me siento atado a un sentimiento desconocido. Desde que lo conocí siempre hubo algo en él, ahora entiendo que la sangre llama con mucha fuerza. Rosalie dice que podemos tener más hijos, pero como le dije a ella, ¿qué le diremos cuando crezca y las indiscreciones lleguen a sus oídos y, aún peor, note su parecido conmigo? ¿Cómo le diré que sus abuelos le arrebataron su lugar como mi sucesor? No quisiera estar vivo para darle esa explicación. Si tiene un espejo sabrá toda la verdad, es su derecho.

—Déjenos pensarlo, excelencia. Entra a la habitación, Rosalie —pidió su padre que la ayudó con un ligero empujón para que entrara.

Los ojos de Rosalie estaban rojos y transmitían desconfianza. Su mirada se rehusaba a encontrarse con la de Christopher. Lo que estaba pasando dolía y le carcomía el alma. ¿Qué decisión tomarían sus padres? ¿Ella haría caso a su prometido por el riesgo de perderlo o estaría del lado de sus padres con el mismo riesgo? Era una decisión difícil. Tenía a las personas que la apoyaron toda su vida y al hombre que amaba y padre de su hijo. Quería vivir a su lado como su esposa y tener lo que siempre había anhelado. Cuando el conde cerró la puerta detrás de sí, dirigió sus ojos a ella.

—¿Qué viene ahora, Torton? Él es su prometido, ¿qué puede hacer? —preguntó la condesa con la mano en el pecho.

—No lo sé, querida. Solo entiendo que si lo que el duque dice sale a la luz, el señor Rochester me acusará de farsante por el fraude con Robert. Es una situación vergonzosa. Sabrá sobre mis

intenciones de no querer que fuese mi heredero. ¿Qué quieres hacer, Rosalie? Este hombre nos tiene en la palma de su mano, si quiere destruirnos únicamente debe poner las palabras correctas en los oídos correctos.

—No quiero quitarles a Robert, padre... —confesó tratando de encontrar un poco de paz a su agitación—, pero el duque tiene las cartas ganadoras. Lo amo y quiero pasar el resto de mi vida a su lado. Estuve equivocada al pensar que con otro hijo podría reemplazar al que ya tuve. Me hice a un lado por ustedes, quise ser una hermana, mas no he podido, siempre lo miro como lo que es: mi hijo. Él es tan afortunado sin saberlo, porque todos lo aman; sin embargo, necesito saber si lo quieren por lo que es o solo porque se presume que heredará el título. Sé que Robert representa mucho para usted, padre, lo es todo. Su vida cambió desde que llegó, ahora creo que me ama después de mucho tiempo.

Capítulo 33

El padre de Rosalie derramó un par de lágrimas antes de poder decir algo. Se dio cuenta de cuánta presión había puesto sobre ella por su error y mucho antes de que lo cometiera.

—Perdóname, Rosalie. Te hice más daño que bien con mi comportamiento. No supe cómo enfrentar mis frustraciones. Prefería que murieras para no sufrir, que parieras a un niño para estar segura. Mis temores siempre fueron mayores a mis esperanzas. Te amé desde que te vi cuando te pusieron en mis brazos al nacer y siempre estuve asustado por tu futuro, quería lo mejor para ti...

La madre de Rosalie lloraba entre sollozos ahogados. Tener una hija que no se había casado era una preocupación demasiado grande para ellos.

—No solo ustedes han fallado, yo también lo hice, obligándolos a pensar en cómo solucionar mis errores. Debí ser obediente y nunca sucumbir ante la desesperación de no poder experimentar algo que para las mujeres casadas era normal. Tal vez fue la envidia por mi estatus, pero de no haberlo hecho, no estaría comprometida con este hombre. Fue la jugada más arriesgada de mi vida. Puse en riesgo a todos, mi reputación y la de ustedes. Los insté a mentir para que mi hijo no fuese un bastardo...

—No, no lo hiciste, Rosalie. No te di opciones con el niño porque creí que estaba haciendo lo mejor para todos, no solo para ti, sino también para nosotros como tus padres, por fin tenía a mi heredero, pero no puedo tapar el sol con un dedo. El padre de Robert quiere tenerlo en su vida y eso es inevitable, más aún porque se van a casar. Debemos acatar lo que decidas por más que nos duela.

Con las confesiones de su padre, Rosalie se sintió reconfortada. El peso de sus hombros se fue desvaneciendo y eso le permitía

tomar la decisión que anhelaba.

—Hablaré con Christopher, padre.

—Y yo tendré que enviar una carta al señor Rochester para decirle que venga a hacerme una visita para conversar sobre el título... —Lord Torton mostró una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

La joven asintió, le dio un abrazo a su padre y otro a su madre antes de salir de la habitación. Caminó con determinación hacia la habitación del duque, golpeó la puerta con un poco de temor y esperó a que este le abriera.

Al oír los toques en la puerta, Christopher no podía imaginar quién era, puesto que Rosalie había huido de él. Al abrir se dio cuenta de que era su prometida quien lo buscaba.

—¿Podemos hablar? —preguntó ella con la voz que él adoraba.

—Por supuesto...

Ella bajó la cabeza al entrar y se agarró ambas manos buscando fuerza en ellas.

—Hablé con mis padres. Hemos sido egoístas, lo sabemos ahora. Pensé más en lo que deseaba mi padre que en lo correcto, él creyó más en lo que era conveniente para mí que en lo correcto y tú nos hiciste ver que lo correcto es el camino que debemos seguir. Quiero una vida contigo, Christopher. Tú, Robert y yo. Solo espero que él me vea como lo que soy: su madre.

El corazón de Christopher consiguió una paz inesperada con lo que oía. Cogió las manos de Rosalie y las besó con afecto.

—Ni siquiera puede hablar correctamente. Créeme, él se acostumbrará a nosotros pronto. Tus padres no tienen razones para no estar presentes en la vida de Robert.

—Ellos ahora están más preocupados por la mentira, al igual de todo lo que dirá el pueblo. El señor Rochester no estará muy feliz al saber que fue engañado junto con otras miles de personas.

—Tus padres pueden irse con nosotros. Tenemos mucho espacio y nuevos aires para ofrecer.

—Mi padre prefiere la muerte antes que la caridad. Puedes sugerirlo, pero debes saber que serás rechazado.

—Espero que él sepa disculparme alguna vez por esto, pero no quiero ver a mi hijo como mi cuñado, no podría tolerarlo y menos sabiendo la verdad. En algún momento me enteraría y es mejor temprano que tarde. Este timo se terminó y todos viviremos de acuerdo con la verdad.

El duque atrajo a Rosalie hacia sus brazos para abrazarla y darle su calor. Cuando la vio huir por un momento pensó que la perdería, pero no fue así. Lo que ambos sentían era capaz de superar el tiempo y los desafíos, cualquier tormenta sería una bella travesía a su lado.

Una vez que conversaron sobre lo que harían, la joven se retiró, pero antes de ir a su habitación pasó a la de Robert. Se acercó a la cuna y acarició su cabello como siempre lo hacía.

—Ahora sí podré llamarte hijo y tú podrás decirme madre... Sé que tu vida cambiará, cariño, pero será lo que mereces y que casi perdiste. No fue por maldad, fue por temor. Cuando seas mayor te contaré toda la historia o quizá tu padre lo haga.

Ella sigue después de acariciar su mejilla y se acostó a dormir en sus aposentos.

A la mañana siguiente, la casa tenía un aura diferente. Existía cierta tensión entre el duque y su futuro suegro. Aquel hombre parecía no haber dormido demasiado, pero Christopher quería

conversar con él sobre lo ocurrido y dejar clara su postura que para nada era algo desagradable.

La madre de él habló con la condesa y Rosalie sobre lo que había notado. En ningún momento reprochó nada, solo comentaba sobre la situación y escuchaba las razones que, la misma dama consideró válidas, viendo la situación de la familia con una dama soltera embarazada y sin un heredero que pudiese ocuparse de ella. Las cosas habían cambiado y Robert era el blanco de todo aquello.

Una vez que la niñera llevó a Robert al salón, la duquesa no dudó en hablarle para que se conocieran. Llevaba dos años sin saber que tenía un perfecto y precioso nieto.

Robert todavía se sentía confundido por la cantidad de personas nuevas en la casa, pero no le desagradaba, todos eran buenos con él.

Epílogo

Veinte años después...

Rosalie corría hacia la entrada de su casa en Londres. Los sirvientes le avisaron que Robert estaba regresando de su viaje a Francia, mientras tanto, Christopher esperaba con paciencia en compañía de lord Torton que aún vivía pese a los achaques de la edad. No podía perderse el que sería su último recibimiento de su nieto.

—¿En dónde está mi hermano? —preguntó Christine que tenía quince años.

—Tu hermano estará aquí pronto, está a pocas millas —dijo la condesa abrazando a su nieta. Aquella era tan bonita que confiaba en que no fuese una solterona, puesto que era una verdadera beldad.

Cuando el carruaje entró por el portón para pasar por el caminero de la entrada, las expectativas eran altas. Llevaban casi un año y medio sin ver a Robert, pues aquel quería hacer un viaje sin su familia para enfrentarse solo a la vida.

La figura alta, atlética y casi idéntica de su padre, descendió del carruaje.

La duquesa miró con orgullo a su nieto y le susurró a Rosalie las siguientes palabras:

—¿Te das cuenta de que nunca se hubiese podido callar lo evidente?

Ella asintió dándole la razón a su suegra. No podía negar el parecido entre ambos, de hecho, le recordaba mucho a Christopher cuando lo conoció en aquellas fiestas.

Robert sonrió al ver a su familia completa. Su madre fue la primera en abrazarlo y llenarlo de besos.

—Ha sido demasiado tiempo sin ti —confesó Rosalie entre lágrimas.

—Estoy aquí para quedarme, madre. Me divertí lo suficiente para no querer salir en un buen tiempo. ¿Christine? —preguntó al ver a su hermana—. Creciste demasiado.

Su hermana fue a abrazarlo con fuerza.

—Te fuiste cuando sabía menos cosas, ahora sé más —dijo sonriente.

Después llegó el turno de sus abuelas que lo llenaban de atenciones como si fuese un recién nacido, siguió su abuelo, lord Torton, con quien era bastante apegado.

—Jovencito, cada vez te ves más grande. —Lord Torton lo golpeó con cariño en los hombros.

—Usted se está haciendo pequeño, abuelo. ¿A qué hora revisaremos esos libros que tanto le preocupan?

—Apenas estas damas dejen de abusar de tu tiempo nos encerraremos por horas.

El joven se fijó que su padre estaba cerca, le sonrió y fue a abrazarlo con mucha fuerza.

—Padre...

—Robert, ya no te irás, ¿no es así?

—No, padre. Un ave llegó a mí con un mensaje. Me dijo que había un nuevo caballo en la propiedad.

—Mataré a esa ave en cuanto comience la temporada de caza por arruinar mi sorpresa para ti.

—Vayamos todos juntos a ver al caballo, padre. Tengo suficiente energía para eso... —Robert estaba entusiasmado con el obsequio. Su padre sabía cómo escoger bien un caballo.

—¿Se irá sin comerse sus galletas favoritas, su señoría? —curioseó la señora Hunter.

—¡Por supuesto que no, señora Hunter! No sabe cómo extrañé estas delicias...

Todos sonrieron al ver cómo Robert cogía las galletas que todavía estaban un poco calientes y se las llevaba a la boca sin educación o decencia alguna.

—¡Déjame una! —Christine empujó a su hermano para coger alguna de las que quedasen en la bandeja—. ¿Puedo subir a tu caballo?

—Esa clase de caballo no es para ti...

—¡Padre! —se quejó la joven con la boca llena haciendo un tierno mohín para que Christopher la defendiera.

—Tu hermano es el dueño, querida. No olvides presumirle tu yegua nueva.

—¿Le compró una yegua? —interpeló Robert con la boca llena.

—Vayan a ver. Lord Torton los acompañará.

Christine fue la primera en coger a su abuelo del brazo para ir a las caballerizas. Las abuelas de los jóvenes también lo siguieron, mientras que Christopher y Rosalie se quedaban frente a la casa.

Ella abrazó a su esposo por detrás, apenas alcanzándole el cuello para besarlo.

—Todavía no puedo creer que tengamos esta hermosa familia —comentó Christopher.

—Mucho menos yo que comenzaba a acumular polvo a mis veintiséis años. La vida fue generosa, todo llega a su tiempo.

—A veces el amor llega tarde, Rosalie, pero llega de formas que no imaginamos.

—Sí, en ocasiones en forma de un tal señor Bellamy que me sedujo.

Él se carcajeó y se dio vuelta para abrazarla por la cintura.

—No pensé encontrar a una mujer tan ardiente en un rincón alejado de Inglaterra. No podría vivir sin ti y sin nuestros hijos. Me alegra que Robert jamás supiera sobre los acontecimientos que rodearon su nacimiento.

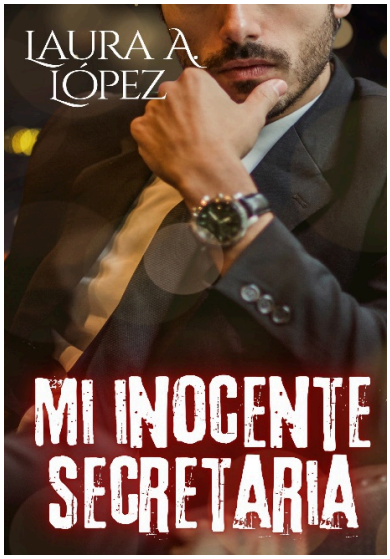
—Luchamos para que pudiese tener el lugar que le corresponde gracias a tus conocidos en la corte.

—Te amo, Rosalie. Eres la mujer de mi vida.

—Y tú mi forastero, al que conquisté con un villancico... Te amo, Christopher...

Fin.

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…



Disponible en Amazon.

«Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.

—Mmm... Señor...

—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.

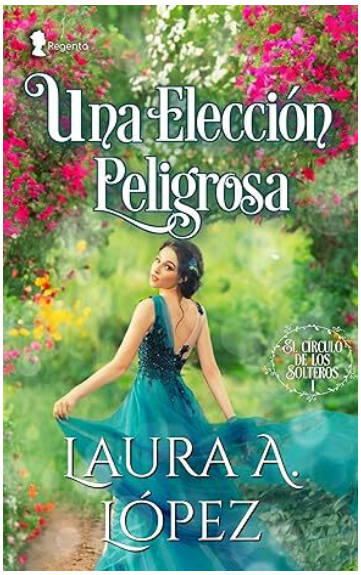
—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.

—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.

—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...

Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.»

Si te gustó Cuando el amor llega tarde podría gustarte…



Toda historia tiene un comienzo...

George Mountbatten, marqués de Blister*,* al igual que sus amigos, sabía que el matrimonio estaba a la vuelta de la esquina y que era más inminente que la muerte. El problema, era la elección de la mujer adecuada. Cuando creyó haberla conseguido algo ocurrió.

Lady Brianne Scott, ahijada de su fallecido padre llegó a su vida para ponerla de cabeza. Delicada, bella y brillante, amenazaba con destruir sus planes, puesto que él debía conseguirle un esposo.

El mayor pecado era meter a dos solteros solos bajo un mismo techo. ¡A quién se le ocurría!

¿Cómo hará el marqués para evitar caer en la tentación y ceder la mano de su pupila?

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real,* y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor.*

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés, Una elección peligrosa, Una casadera incorregible, Una decisión imperturbable, Mi*

inocente secretaria, Una situación escandalosa, Un duque codiciado, La dama adecuada, El último soltero, La promesa de un majadero, El amor de un granuja, Las dotes de un calavera, Las argucias de un sinvergüenza, Los juegos de un disoluto y Cuando el amor llega tarde.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford*.